Boletín Oficial del Obispado de Santander

AÑO CXLIV NÚM. 1 ENERO - MAYO 2020

INDICE

IGLESIA EN SANTANDER

OBISPO

Carta de la Nunciatura 1

Decretos

Decreto de ratificación de la erección canónica y aprobación de estatutos de la asociación Real Hermandad y Cofradía de Nazarenos de Nuestra Señora de la Esperanza y san Juan apóstol 2
Decreto de ratificación de la elección de la Junta de Gobierno de la Real Hermandad y Cofradía de Nazarenos de Nuestra Señora de la Esperanza y san Juan apóstol 3
Decreto de ratificación de la erección canónica y aprobación de estatutos de la asociación Real Hermandad y Cofradía de Nazarenos del Sagrado Descendimiento del Señor y san Felipe apóstol 4
Decreto de ratificación de la elección de la Junta de Gobierno Real Hermandad y Cofradía de Nazarenos del Sagrado Descendimiento del Señor y san Felipe apóstol 5
Decreto por el que se convocan Sagradas Órdenes del Diaconado en la Diócesis 6
Decreto de constitución del Tribunal Eclesiástico de Santander 7
Decreto sobre la Solemnidad de San José 8
Decreto sobre medidas preventivas por el Covid-19 9
Decreto sobre medidas en las fases de desescalada 11

Cartas Pastorales

Los Consagrados luces de esperanza 13
Quien más sufre el maltrato al planeta no eres tú 15
Convertíos a mí de todo corazón 17
Ayudar a vivir, no a morir 18
Cuaresma 220. Miércoles de Ceniza 20
Las dificultades actuales son nuevas oportunidades 23
Revestíos de las entrañas de Cristo Buen Pastor 25
En mayo rezar el Santo Rosario en familia 26

Homilías

Buscar a Dios superando dificultades 29
San Sebastián nos invita a confesar la fe con valentía 30

San Francisco de Sales. Maestro de la paz del corazón 32
Santo Tomás de Aquino o el modo correcto de hacer teología 34
San Simeón y Santa Ana. Patronos de la Vida Ascendente 36
Homilía en la oredenación de diácono de Fernando Remón 38
Fiesta de San Juan de Dios 40
Solemnidad de la Anunciacion del Señor 42

SERVICIOS PASTORALES

Cancillería
Nombramientos 45

Vida diocesana

Actividades del Sr. Obispo 47
En la Paz del Señor 51

IGLESIA EN ESPAÑA

CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA
Nota y rueda de prensa final de la Comisión Permanente 54
CXV Asamblea Plenaria
Discurso inaugural del Cardenal Blázquez 56
Saludo del Sr. Nuncio Apostólico 66
Orientaciones de la Comisión Ejecutiva ante el Coronavirus Covid-19 69
Nota de la Comisión Ejecutiva ante el inicio de la salida del confinamiento 73
Medidas de prevención para la celebración del culto público en los templos católicos durante la desescalada de las medida restrictiuvas en tiempo de pandemia 74
COMISIÓN EPISCOPAL PARA LAS COMUNICACIONES SOCIALES
Mensaje. Los comunicadores sois garantes de esperanza ante el Covid-19 78

IGLESIA UNIVERSAL

FRANCISCO

Mensajes
Mensaje para la LIV Jornada Munidal de las Comunicaciones Sociales 80
Mensaje para la XXVIII Jornada Mundial del enfermo 85
Mensaje para la 57 Jornada Mundial de oración por las vocaciones 88
Mensaje para la XXV Jornada Mundial de la Juventud 91
Mensaje en la Jornada Mundial de la enfermería 96

Homilías

Solemnidad de la Epifanía del Señor 99
Fiesta del bautismo del Señor 101
Domingo de la Palabra de Dios 102
Fiesta de la Presentación del Señor 104
Santa Misa, Bendición e imposición de la ceniza 107
Domingo de Ramos 109
Misa in Coena Domini 112
Vigilia Pascual en la Noche Santa 113
Santa Misa de la Divina Misericordia 116

Iglesia en Santander
OBISPO

CARTA DE LA NUNCIATURA

Madrid, 10 de enero de 2020

Excelencia Reverendísima:

Al llegar a España para dar comienzo a la tarea que el Santo Padre me ha confiado, Vuestra Excelencia me ha hecho llegar un amable mensaje de bienvenida, mediante su apreciada carta del pasado 14 de diciembre, junto con su apreciada felicitación de Navidad y Año Nuevo.

Mucho le agradezco, Excelencia, sus bondadosas palabras a las que correspondo manifestándole mi total disponibilidad, como representante del Papa, al servicio de la Iglesia que peregrina en esta querida Nación. Asimismo, le ruego haga llegar mi saludo a su presbiterio, a los religiosos, a los religiosas y seglares, a cuyas oraciones encomiendo el éxito de mi misión y a quienes correspondo con el cotidiano recuerdo en mi plegaria ante el Señor.

Con la esperanza de poder hacer una visita a esa querida Diócesis en un próximo futuro, aprovecho esta oportunidad para expresar a Vuestra Excelencia los sentimientos de mi más sincero afecto en Cristo con un cordial y fraternal saludo, con mis mejores deseos de un venturoso Año Nuevo.

Mons. Bernardito C. Auza
Nuncio Apostólico

Excelentísimo y Reverendísimo
Monseñor Manuel Sánchez Monge
Obispo de Santander
Plaza José Eguino y Trecu,
39002 SANTANDER

Decretos

DECRETO DE RATIFICACIÓN DE LA ERECCIÓN CANÓNICA Y APROBACIÓN DE ESTATUTOS DE LA ASOCIACIÓN REAL HERMANDAD Y COFRADÍA DE NAZARENOS DE NUESTRA SEÑORA DE LA ESPERANZA Y SAN JUAN APÓSTOL

MANUEL SÁNCHEZ MONGE, por la gracia de Dios y de la Sede Apostólica, Obispo de Santander**.**

El 15 de marzo de 2006 nuestro predecesor, Mons. José Vilaplana Blasco, erigió la Asociación "REAL HERMANDAD Y COFRADÍA DE NAZARENOS DE NUESTRA SEÑORA DE LA ESPERANZA Y SAN JUAN APÓSTOL", con lo cual fue constituida en Asociación Pública de Fieles de la Iglesia de esta Diócesis y le concedió personalidad jurídica canónica pública. Asimismo, el 20 de Septiembre de 2005, Mons. José Vilaplana Blasco aprobó los Estatutos presentados que constaban de 29 artículos.

Al no haberse realizado a su tiempo los trámites para el reconocimiento de esta Asociación, en este día

DECRETO

La ratificación de la erección canónica en los términos antes citados de la Asociación "REAL HERMANDAD Y COFRADÍA DE NAZARENOS DE NUESTRA SEÑORA DE LA ESPERANZA Y SAN JUAN APÓSTOL", y la aprobación de sus Estatutos.

Dado en Santander, a catorce de enero de dos mil veinte.

+ Manuel Sánchez Monge
Obispo de Santander

Por mandato de S.E.Rdvma.
Isidro Pérez López
Canciller Secretario General

DECRETO DE RATIFICACIÓN DE LA ELECCIÓN DE LA JUNTA DE GOBIERNO DE LA REAL HERMANDAD Y COFRADÍA DE NAZARENOS DE NUESTRA SEÑORA DE LA ESPERANZA Y SAN JUAN APÓSTOL

MANUEL SÁNCHEZ MONGE, por la gracia de Dios y de la Sede postólica, Obispo de Santander**.**

La ASOCIACIÓN "REAL HERMANDAD Y COFRADÍA DE NAZARENOS DE NUESTRA SEÑORA DE LA ESPERANZA Y SAN JUAN APÓSTOL", nos ha comunicado la elección de la junta de gobierno, que quedó conformada de la siguiente manera:

Hermana Mayor: Doña Pilar Fuentes Ganzo
Vice Hermana Mayor y Mayordomo: Doña Cristina Fuentes Ganzo.
Secretaria: Doña María Jesús Sisniega Pérez
Tesorero: Don Carlos Cordero Huecas
Vocal: Don Jesús Gómez Gandarilla
Vocal de Culto: Doña Charo Callo Castanedo
Mayordomo de Pasos: Don Jorge Rivero Celis
Vocal de Juventud: Don Ángel Ramón Saiz Sánchez
Consiliario: Don Pedro Miguel Sisniega Pérez

DECRETO

La ratificación de esta elección, que seguirá en vigor hasta la fecha de unas nuevas elecciones realizadas según sus Estatutos.

Que la representante legal de la Asociación "REAL HERMANDAD Y COFRADÍA DE NAZARENOS DE NUESTRA SEÑORA DE LA ESPERANZA Y SAN JUAN APÓSTOL", es su Hermana Mayor: Doña Pilar Fuentes Ganzo,

Dado en Santander, a catorce de enero de dos mil veinte

+ Manuel Sánchez Monge
Obispo de Santander

Por mandato de S.E.Rdvma.
Isidro Pérez López
Canciller Secretario General

DECRETO DE RATIFICACIÓN DE LA ERECCIÓN CANÓNICA Y APROBACIÓN DE ESTATUTOS DE LA ASOCIACIÓN REAL HERMANDAD Y COFRADÍA DE NAZARENOS DEL SAGRADO DESCENDIMIENTO DEL SEÑOR Y SAN FELIPE APÓSTOL

MANUEL SÁNCHEZ MONGE, por la gracia de Dios y de la Sede Apostólica, Obispo de Santander**.**

El 20 de septiembre de 2005 nuestro predecesor, Mons. José Vilaplana Blasco, erigió la Asociación "REAL HERMANDAD Y COFRADÍA DE NAZARENOS DEL SAGRADO DESCENDIMIENTO DEL SEÑOR Y SAN FELIPE APÓSTOL", con lo cual fue constituida en Asociación Pública de Fieles de la Iglesia de esta Diócesis y le concedió personalidad jurídica canónica pública. Asímismo aprobó los Estatutos presentados que constaban de 31 artículos.

Al no haberse realizado a su tiempo los trámites para el reconocimiento de esta Asociación, en este día

DECRETO

La ratificación de la erección canónica en los términos antes citados de la Asociación "REAL HERMANDAD Y COFRADÍA DE NAZARENOS DEL SAGRADO DESCENDIMIENTO DEL SEÑOR Y SAN FELIPE APÓSTOL", y la aprobación de sus Estatutos.

Dado en Santander, a catorce de enero de dos mil veinte.

+ Manuel Sánchez Monge
Obispo de Santander

Por mandato de S.E.Rdvma.
Isidro Pérez López
Canciller Secretario General

DECRETO DE RATIFICACIÓN DE LA ELECCIÓN DE LA JUNTA DE GOBIERNO DE LA REAL HERMANDAD Y COFRADÍA DE NAZARENOS DEL SAGRADO DESCENDIMIENTO DEL SEÑOR Y SAN FELIPE APÓSTOL

MANUEL SÁNCHEZ MONGE, por la gracia de Dios y de la Sede Apostólica, Obispo de Santander**.**

La ASOCIACIÓN "REAL HERMANDAD Y COFRADÍA DE NAZARENOS DEL SAGRADO DESCENDIMIENTO DEL SEÑOR Y SAN FELIPE APÓSTOL", nos ha comunicado la elección de la junta de gobierno realizada el 11 de septiembre de 2019, que quedó conformada de la siguiente manera:

Hermana Mayor: Doña María de los Ángeles Rovira González
Vice-Hermano Mayor: Don Manuel Agüeros Obeso
Secretario: Don Francisco Javier Fernández Martínez
Tesorero: Don José María San Emeterio Ortega
Mayordomo: Don Rafael Rovira González
Vocal: Don Ángel Marina Haya
Vocal: Don Juan José González Sáinz
Vocal Don Javier Pérez de la Vega
Vocal: Doña María Eulalia González Sáinz
Vocal: Don José Manuel Torralvo Lamillar
Vocal: Don Rafael Rovira Arenal
Vocal: Doña Lucía Rovira González

DECRETO

La ratificación de esta elección, que seguirá en vigor hasta la fecha de unas nuevas elecciones realizadas según sus Estatutos.

Que la representante legal de la Asociación "REAL HERMANDAD Y COFRADÍA DE NAZARENOS DEL SAGRADO DESCENDIMIENTO DEL SEÑOR Y SAN FELIPE APÓSTOL", es su Hermana Mayor: Doña María de los Ángeles Rovira González.

Dado en Santander, a catorce de enero de dos mil veinte

+ Manuel Sánchez Monge
Obispo de Santander

Por mandato de S.E.Rdvma.
Isidro Pérez López
Canciller Secretario General

DECRETO
POR EL QUE SE CONVOCAN
SAGRADAS ÓRDENES DEL DIACONADO
EN LA DIÓCESIS.

MANUEL SÁNCHEZ MONGE, POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTÓLICA, OBISPO DE SANTANDER.

Por la presente y a tenor de la normativa eclesial anunciamos que el próximo día veintidós de febrero de dos mil veinte, conferiremos, D.m., en nuestra Santa Iglesia Catedral Basílica de la Asunción de Nuestra Señora de Santander el sagrado Orden del Diaconado a aquellos candidatos, que reuniendo las condiciones de la ley canónica, tras haber cursado los estudios eclesiásticos y haberse preparado humana y espiritualmente, bajo la orientación y guía de sus formadores y la autoridad del Obispo, aspiren a la recepción de este Sacramento del Diaconado.

Dichos candidatos deberán dirigir a nuestra Cancillería la correspondiente solicitud, acompañada de la documentación pertinente en cada caso, de conformidad con lo que establece el canon 1050, a fin de comenzar las encuestas y, una vez realizadas las proclamas en las parroquias de origen y domicilio, otorgar, si procede, la autorización obligada para que puedan recibir el sagrado Orden del Diaconado.

Dado en Santander, a tres de febrero de dos mil veinte

+ Manuel Sánchez Monge
Obispo de Santander

Por mandato de S.E. Rvdma.
Isidro Pérez López
Canciller Secretario General

DECRETO DE CONSTITUCIÓN DEL TRIBUNAL ECLESIASTICO DE SANTANDER

MANUEL SANCHEZ MONGE, POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SEDE APOSTÓLICA, OBISPO DE SANTANDER.

Debiendo renovar el Tribunal Eclesiástico de la Diócesis de Santander, conforme a los cánones 1420§1, 1420§1, 1421§1 y 1422 del Código de Derecho Canónico

DECRETO

La constitución del Tribunal Eclesiástico de Santander por cinco años, que queda conformado por:

Ilmo. Sr. D. Prudencio Cabrero Gómez, Vicario Judicial.
Ilmo. P. Crescencio Palomo Iglesias OP, Juez diocesano.
Ilmo. Sr. D. Oscar Mario Ugalde Vargas, Juez diocesano.
Ilmo. Sr. D. Daniel de las Cuevas Lamborena, Juez diocesano.
Rvdo. Sr. D. Adrián Sainz Itúrbide, Defensor del Vínculo.
D. Carlos Álvaro Martínez García, Notario Actuario.

Santander a veintiocho de febrero de dos mil veinte.

+ Manuel Sánchez Monge
Obispo de Santander

Por mandato de S.E. Rvdma.
Isidro Pérez López
Canciller Secretario General

DECRETO SOBRE LA SOLEMNIDAD DE SAN JOSÉ

MANUEL SANCHEZ MONGE, POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SEDE APOSTÓLICA, OBISPO DE SANTANDER.

San José tiene una gran importancia en la historia de nuestra salvación. La Iglesia ha reconocido este hecho proponiendo su fiesta como día de precepto (cf. canon 1246).

Tradicionalmente el pueblo cristiano ha secundado esta norma dando un significativo realce religioso, familiar y social a su fiesta el 19 de marzo. En el presente año de 2020, este día ha sido declarado laborable en la Comunidad Autónoma de Cantabria. Ante la necesidad de fijar claramente el tratamiento que dicha fiesta debe tener por parte de la comunidad católica,

DISPONGO:

1. **Mantener** el 19 de marzo, solemnidad de San José, fiesta de precepto, con la obligación de participar en la Santa Misa, aunque sea laborable.

2. **Dispensar** del descanso laboral y del precepto a aquellos fieles que tengan jornada laboral ordinaria, pero les recomiendo, si pueden, participar en la Eucaristía de ese día de fiesta dedicado a San José, Esposo de la Virgen.

3. **Pido,** igualmente, a los Párrocos y Rectores de iglesias que informen a los fieles con antelación de estas decisiones y acomoden en lo posible los horarios de misas a las posibilidades y necesidades de los fieles.

4. **El Día del Seminario.** En nuestra diócesis la jornada del Seminario se celebrará el 22 de marzo. Se usarán, en las misas vespertinas y del día, los textos litúrgicos correspondientes al IV Domingo de Cuaresma "Laetare"; alusión en la monición de entrada y en la homilía; intención en la oración universal. La colecta, en todas las iglesias de la diócesis se destinará al Seminario Diocesano.

Santander 12 de marzo de 2020.

+ Manuel Sánchez Monge
Obispo de Santander

Por mandato de S.E. Rvdma.
Isidro Pérez López
Canciller Secretario General

DECRETO SOBRE MEDIDAS PREVENTIVAS POR EL COVID-19

MANUEL SÁNCHEZ MONGE, por la gracia de Dios y de la Sede Apostólica, Obispo de Santander

La situación excepcional que se está produciendo con la pandemia del coronavirus Covid-19, nos llama de un modo especial a la responsabilidad de todos los ciudadanos. En cumplimiento de la resolución publicada en la tarde-noche del día de ayer por el Consejo de Sanidad de Cantabria, publicada en el BOC extraordinario n. **11,** pp. 272-729 (CVE-2020-2428), en el que se establecen **medidas preventivas de carácter obligatorio,** he tomado la decisión de decretar las siguientes medidas excepcionales.

En virtud de las competencias que como Obispo me otorga el Código de Derecho Canónico (cc. 48 — 58)

DECRETO

– Que se supriman las celebraciones Eucarísticas **con presencia de fieles,** así como otros sacramentos, sacramentales y celebraciones litúrgicas con participación de pueblo, **durante el tiempo que permanezcan vigentes las medidas extraordinarias** adoptadas por la autoridad civil en materia sanitaria. Esto no priva del derecho particular de cada fiel que, solicitándolo oportunamente, precise de la Confesión, la Unción de los Enfermos o el Viático (Resolución Primera, 1° y 4°).

– Que en este tiempo se supriman todas las procesiones, aun cuando sean en espacios abiertos (Resolución Primera, 4°).

– "Se restringe concentración de personas en bodas, bautizos, comuniones, velatorios, funerales y entierros a un máximo de diez personas" (Resolución Primera, 9°).

En virtud de las competencias que me otorgan los cánones 85-93:

– Concedo **dispensa** del **cumplimiento del precepto dominical** a todos los fieles que se encuentren en el territorio de la Diócesis, así como a quienes estén de tránsito en nuestra Diócesis (c. 91).

Hay que agradecer en primer lugar a todos los profesionales del mundo de la salud, por su dedicación y cuidados. Es también una ocasión que puede servir para que los jóvenes, dando testimonio cristiano, ayuden a ancianos y mayores que viven solos.

Los templos pueden permanecer abiertos para la oración personal, y aunque muchos fieles se verán privados de la Comunión sacramental, esta situación ha de despertar en nosotros el hambre de Cristo, Pan de vida.

Los medios de comunicación son también una oportunidad, ya que se puede seguir por radio, televisión e internet la celebración de la Santa Misa, así como otros actos religiosos (Sto. Rosario, rezo de Laudes y Vísperas, Viacrucis, lecturas bíblicas, etc.) para que se puedan vivir en familia. Han de aprovecharse también las aplicaciones de dispositivos portátiles que facilitan estas oraciones.

Pido a todos los fieles mantener el domingo como día del Señor, aprovechando estas circunstancias especiales para que sea un día más dedicado a la oración, a la lectura y contemplación de la Palabra de Dios, y a la oración en familia.

Este decreto entra en vigor en el momento inmediato de su publicación, cesando en el momento que he indicado en la primera disposición de este decreto.

Dado en Santander, a 14 de marzo de 2020

+ Manuel Sánchez Monge
Obispo de Santander

Por mandato de S.E. Rvdma.
Isidro Pérez López
Canciller Secretario General

DECRETO SOBRE MEDIDAS EN LAS FASES DE DESESCALADA

MONS. MANUEL SÁNCHEZ MONGE, por la gracia de Dios y **de la Sede Apostólica, Obispo de Santander**

El pasado 14 de marzo, decreté una serie de medidas excepcionales, a consecuencia de la situación de pandemia por el coronavirus Covid-19, que venimos sufriendo a nivel local, nacional e internacional. Debido a las restricciones impuestas por el estado de alarma decretado por el Gobierno nacional, además de las medidas también decretadas por el autonómico, se nos obligaba a no poder celebrar la liturgia con presencia de pueblo, y a que los ciudadanos permanecieran confinados en sus casas y limitando sus desplazamientos. A lo largo de este tiempo el Gobierno ha ido emitiendo otra serie de decretos que en algunos aspectos han limitado más los derechos y libertades de todos los ciudadanos.

El día 30 de abril, a raíz del "plan de desescalada por fases" que ha programado el Ministerio de Sanidad, la Conferencia Episcopal Española, por medio del Comité Ejecutivo, ha hecho llegar a todas las Diócesis unas medidas a tomar, recordando las fechas y los plazos de dicho plan, en el que se contemplan las celebraciones religiosas con participación de pueblo, pero con aforos restringidos.

Por todo ello, y una vez conocidos los plazos establecidos por el Gobierno, y las medidas adoptadas por la Conferencia Episcopal, y en virtud de las competencias que como Obispo diocesano me otorga el Código de Derecho Canónico, en los cánones 48 - 58:

DECRETO

- Que a partir del día 11 de mayo vuelvan a restablecerse las celebraciones de la Eucaristía con presencia de fieles, así como otros sacramentos y sacramentales y otras celebraciones litúrgicas que se realizan con participación de pueblo.

- Que cuiden los párrocos, rectores de iglesias, y cualesquiera otras personas designadas para el buen orden en las celebraciones, que se cumplan las normas civiles respecto a los aforos en las iglesias, así como las medidas de higiene y distancia interpersonal. A partir del 11 de mayo comienza la llamada "fase 1" y se limita un máximo de 1/3 del aforo completo, y a partir del 25 de mayo la llamada "fase 2" con un máximo de la mitad del aforo completo.

- Que los párrocos y rectores de iglesias hagan un esfuerzo por tener horarios más amplios para las celebraciones de la Eucaristía, de tal modo que, a pesar de las limitaciones de aforo, no se vean los fieles privados de la gracia sacramental.

- Que todas las manifestaciones públicas de culto y de piedad que se realicen al aire libre se hagan con las medidas de **distanciamiento entre las personas, hi-**

giene, y limitación de aforo, que se establecen civilmente para los acontecimientos culturales y deportivos.

- En virtud de las competencias que me otorgan los cánones 85-93, concedo la dispensa del cumplimiento del precepto dominical a todos los fieles que por circunstancias conexas a las restricciones del Gobierno y por razones de riesgo para su salud no puedan participar presencialmente de la Eucaristía.

Este decreto entra en vigor en el momento inmediato de su publicación, anulando cualquier disposición contraria que haya dispuesto en decretos anteriores.

Dado en Santander, a 2 de mayo de 2020.

+ Manuel Sánchez Monge
Obispo de Santander

Por mandato de S.E. Rvdma.
Isidro Pérez López
Canciller Secretario General

Cartas Pastorales

LOS CONSAGRADOS LUCES DE ESPERANZA
Día de la Vida Consagrada
2 de febrero de 2020

"Observáis que cuando vino la tormenta los discípulos estaban muy angustiados. Pensaban que alguna gran calamidad se les aproximaba. Por esta razón, Cristo les dijo: ¿Por qué teméis? Esperanza y miedo son opuestos; temían porque no esperaban: Esperar es no solo creer en Dios, sino creer y estar ciertos de que nos ama y desea nuestro bien; y por esto es una gran gracia cristiana. Pero la fe sin esperanza no basta para llevarnos a Cristo. Los diablos creen y tiemblan (Sant 11). Creen, pero no van a Cristo porque no esperan, sino desesperan (Card. J. H. NEWMAN, Sermón para el Domingo IV después de Epifanía; Cat. de S. Chaud 1848).

1. Luces de esperanza

El último capítulo de la encíclica de Benedicto XVI "Spe salvi" está dedicado a María Santísima, Estrella de la esperanza, al hilo de una hermosa expresión acuñada por la Iglesia hace ya más del millar de años: "Ave, stela maris".

"La vida es como un viaje por el mar de la historia, a menudo oscuro y borrascoso, un viaje en el que escudriñamos los astros que nos indican la ruta. Las verdaderas estrellas de nuestra vida son las personas que han sabido vivir rectamente. Ellas son luces de esperanza. Jesucristo es ciertamente la luz por antonomasia, el sol que brilla sobre todas las tinieblas de la historia. Pero para llegar hasta Él necesitamos también luces cercanas, personas que dan luz reflejando la luz de Cristo, ofreciendo así orientación para nuestra travesía. Y ¿quién mejor que María podría ser para nosotros estrella de esperanza?" (SpS 60).

La luz de Cristo Resucitado es, pues, la luz por antonomasia, el sol que ilumina siempre toda oscuridad de la existencia humana. La esperanza atraviesa el espesor de las tinieblas y llega a penetrar en las moradas eternas, Hacia allí peregrinamos, superando el cansancio, el fracaso, el pecado, la muerte.

María también es para nosotros estrella de esperanza. Con su "sí" abrió la puerta de nuestro mundo a Dios mismo. Ella se convirtió en el Arca viviente de la Alianza, en la que Dios se hizo carne, se hizo uno de nosotros, plantó su tienda entre nosotros y se hizo, fue, es y será por los siglos la esperanza que salva y no defrauda para toda la humanidad. Ella es la Madre de la Esperanza porque fue humilde esclava del Señor, porque vivió en el contacto íntimo y permanente con la Palabra de Dios, por-

que se fio de Dios, porque con su "sí" en la Anunciación, en sus entrañas purísimas se encarnó el Dios de la Vida y de la Esperanza.

2. ¿Por qué es María, Madre de esperanza?

María es "vida, dulzura y esperanza nuestra" porque en Caná cumple la misión de acercar el Salvador a los necesitados de salvación (cf. Jn 2, 1ss). Por una parte, muestra al Padre por medio de Jesús la necesidad del mundo: «No tienen vino», es decir, son incapaces de amar porque les falta el Espíritu. Y, por otra, dirige la mirada de los hombres hacia el dador de la vida y autor de la salvación: «Haced lo que él os diga». De este modo, propicia y provoca el encuentro salvador convirtiéndose en intercesora, en «Madre de misericordia».

María es mujer de esperanza porque supo "estar a la altura" confiando en Dios, iluminando todo dolor, toda tribulación, toda Cruz. La Virgen María es la mujer que espera en Dios, también cuando fallan los fundamentos humanos para la esperanza. Confió tan plenamente en Dios respondiendo a la llamada divina, y llegó a ser la Madre de Dios por obra y gracia del Espíritu Santo. Supo esperar en Dios incluso cuando el Hijo moría en la cruz, abandonado de todos, víctima de la más terrible de las injusticias y cuando parecía que las promesas de salvación, en vez de cumplirse, se desvanecían definitivamente. No olvidemos que la esperanza madura en el sufrimiento y en la dificultad.

3. Con María, los consagrados son luces de esperanza

Con María miles de personas consagradas en todo el mundo atienden a madres con dificultades y luchan por la vida del no nacido, cuidan a los ancianos abandonados, a enfermos y personas vulnerables.

Con María, los consagrados se dedican con mucha frecuencia al servicio de la educación de niños y jóvenes. Con ella, los consagrados están cerca de los encarcelados, de los que sufren violencia, persecución o explotación.

También las personas consagradas llevan aliento y consuelo a quienes sufren tristeza, incomprensión, rechazo, angustia y desesperación.

Y, sobre todo, con María, los consagrados son fuente de esperanza en todas esas situaciones porque entregan al mundo a Jesucristo, Aquel que vino a vencer y dar sentido al sufrimiento y a la muerte. María y las personas consagradas anuncian que el mal no tiene la última palabra

En los lugares donde se ha producido una 'desertificación' espiritual, "estamos llamados a ser personas-cántaros para dar de beber a los demás. A veces el cántaro se convierte en una pesada cruz, pero fue precisamente en la cruz donde, traspasado, el Señor se nos entregó como fuente de agua viva. ¡No nos dejemos robar la esperanza!", nos reclama el papa Francisco (EG 86). Y añade no olvidemos que "el triunfo cristiano es siempre una cruz, pero una cruz que al mismo tiempo es ban-

dera de victoria, que se lleva con una ternura combativa ante los embates del mal" (EG 85).

"La actitud fundamental de la esperanza, nos recordó S. Juan Pablo 11, de una parte, mueve al cristiano a no perder de vista la meta final que da sentido y valor a su entera existencia y, de otra, le ofrece motivaciones sólidas y profundas para el esfuerzo cotidiano en la transformación de la realidad para hacerla conforme al proyecto de Dios" (TMA 46).

+ Manuel Sánchez Monge,
Obispo de Santander

QUIEN MÁS SUFRE EL MALTRATO AL PLANETA NO ERES TÚ
Campaña Manos Unidas 2020

Padecemos un grave deterioro medioambiental acompañado de una profunda crisis humana y social. Las alteraciones del clima global y el ciclo del agua, la destrucción de ecosistemas, la pérdida de la biodiversidad, la contaminación, las inundaciones y sequías extremas, la desertificación, la extinción de especies y la aniquilación de bosques son sus efectos más visibles. "Destruir un bosque tropical para obtener beneficios económicos es como quemar una pintura del Renacimiento para cocinar" (Edward O. Wilson). Las causas nos resultan conocidas: la tecnocracia, el consumismo y el relativismo nos llevan a esta situación. Nuestro afán de mantener un estilo de vida basado en la adquisición y el disfrute indiscriminado del mayor número de bienes posible, acarrea estas consecuencias.

Ahora bien, no todos nos vemos afectados por igual. Son los más pobres los que más sufren estos desequilibrios. Esta es la llamada de atención que nos pone delante la Campaña de Manos Unidas este año: "Quien más sufre el maltrato al planeta no eres tú", son los empobrecidos de la tierra. Por eso se nos invita a escuchar el grito de los pobres. Son ellos los que sufren más duramente por estos desequilibrios porque viven en lugares donde más afectan el calentamiento global y su subsistencia depende fuertemente de la agricultura, la pesca y los aprovechamientos forestales. Hemos de tomar dolorosa conciencia de todo lo que está pasando y convertir en sufrimiento personal lo que les pasa a los más pobres, como nos pide el papa Francisco (LS 9). También nos recuerda que son inseparables la preocupación por la naturaleza, la justicia con los pobres, el compromiso con la sociedad y la paz interior.

Bien sabemos que la inquietud por el cuidado de la tierra no es exclusiva de la Iglesia. Pero los cristianos creemos que la tierra ha sido creada por Dios y dada a los hombres para que se beneficien de sus frutos sin exclusión ninguna. No somos propietarios de la tierra y no podemos realizar actividades que impidan a otros seres humanos que tengan lo imprescindible para poder vivir. Todos y cada uno de los seres humanos tienen derecho a una vida digna, también las generaciones futuras. Por todo esto hemos de comprometernos seriamente en adquirir una conciencia ecológica, "una mirada distinta, un pensamiento, una política, un programa educativo, un estilo de vida y una espiritualidad" (LS 111). Podemos promover un desarrollo sostenible que evite o aminore el cambio climático causado por la explotación desmesurada de las riquezas naturales del planeta.

Siempre podemos hacer algo más. Por ejemplo, colaborar con los proyectos de cooperación al desarrollo que impulsa Manos Unidas, promover la agricultura familiar y ecológica. "Nuestra tarea, dijo Albert Einstein, debe ser vivir libres, ampliando nuestro círculo de compasión para abarcar a todas las criaturas vivientes y la totalidad de la naturaleza y su belleza"

Animo a la Delegación de Manos Unidas y a los socios y el voluntariado que la sostiene en la diócesis de Santander a que sigan financiando proyectos concretos para erradicar el hambre y favorecer el auténtico desarrollo en el Tercer Mundo. Poco a poco esta organización de la Iglesia se va extendiendo por diversos lugares de nuestra diócesis y va encontrando nuevos colaboradores. Y sed generosos en la colecta del próximo domingo porque todavía son 815 millones de personas las que pasan hambre en el mundo.

+Manuel Sánchez Monge,
Obispo de Santander

CONVERTIOS A MÍ DE TODO CORAZÓN
25 de febrero de 2020

Comenzamos un nuevo camino cuaresmal, un camino que nos conduce al gozo de la Pascua del Señor, a la victoria de la vida sobre la muerte. El Señor nos propone de nuevo, en primer lugar: "convertíos a mí de todo corazón". ¿Qué significa «de todo corazón? Pues que no se trata de algo superficial. Hemos de coinvertirnos a Dios desde el centro de nuestros pensamientos y sentimientos, desde la raíz de nuestras decisiones, elecciones y acciones. Pero, ¿es posible este retorno a Dios? Sí, porque las fuerza no las sacamos de nosotros mismos, sino de la misericordia de Dios. Escuchamos la invitación del profeta: «Convertíos al Señor, Dios vuestro, porque es compasivo y misericordioso, lento a la cólera, rico en piedad; y se arrepiente de las amenazas». El retorno al Señor es posible porque es obra de Dios y fruto de la fe que ponemos en su misericordia. Así podremos «rasgar el corazón y no las vestiduras».

«Convertíos a mí de todo corazón», es además una llamada que no solo se dirige al individuo, sino también a la comunidad. La dimensión comunitaria es un elemento esencial en la fe y en la vida cristiana. Cristo ha venido «para reunir a los hijos de Dios dispersos» (*Jn* 11,52). El "nosotros" de la Iglesia es la comunidad en la que Jesús nos reúne (cf. *Jn* 12,32): la fe es necesariamente eclesial. Y esto es importante recordarlo y vivirlo en este tiempo de Cuaresma: que cada uno sea consciente de que el camino penitencial no se afronta en solitario, sino junto a tantos hermanos y hermanas, en la Iglesia.

«Ahora es tiempo favorable, ahora es día de salvación» (*2 Cor* 6,2). Las palabras del apóstol Pablo resuenan también para nosotros con una urgencia que no admite abandonos o apatías. No podemos desperdiciar este momento, que se nos ofrece como una ocasión única e irrepetible. Cristo ha querido compartir todo lo humano hasta el punto de cargar con el pecado de los hombres y morir en la cruz. Retornar a Dios con todo el corazón en nuestro camino cuaresmal pasa a través de la cruz, el don total de sí. Es un camino interior en el que cada día aprendemos a vencer nuestro egoísmo y nuestra cerrazón, para acoger a Dios que nos abre y nos transforma.

La Iglesia, basándose en el Sermón de la Montaña de Jesús, recomienda tres prácticas fundamentales: la limosna, la oración y el ayuno para «retornar a Dios con todo el corazón». Jesús subraya que lo que caracteriza la autenticidad de todo gesto religioso es la calidad y la verdad de la relación con Dios. Por esto denuncia la hipocresía religiosa, el comportamiento que quiere aparentar, las actitudes que buscan el aplauso y la aprobación. El verdadero discípulo no se sirve a sí mismo ni al "público", sino a su Señor. Y en la sencillez y en la generosidad: «Y tu Padre, que ve en lo escondido, te recompensará» (*Mt* 6, 4.6.18). Nuestro testimonio, entonces, será más

eficaz cuanto menos busquemos nuestra propia gloria y seamos conscientes de que la recompensa del justo es Dios mismo, el estar unidos a él, aquí abajo, en el camino de la fe, y al final de la vida, en la paz y en la luz del encuentro cara a cara con él para siempre (cf. *1 Cor* 13,12).

+Manuel Sánchez Monge,
Obispo de Santander

AYUDAR A VIVIR, NO A MORIR
25 de febrero de 2020

Las cuestiones suscitadas ante el final de esta vida, el drama de la eutanasia y el suicidio asistido son asuntos profundamente humanos, que afectan a la dignidad y no se reducen únicamente a una cuestión religiosa o para las personas que profesan la fe cristiana. Se habla mucho del 'derecho a morir con dignidad'. Pero ¿qué supone ese morir con dignidad? Para la mayoría de las personas, «morir con dignidad» significa morir a su tiempo natural, sin que se acorte o se prolongue de forma innecesaria la vida y, sobre todo, morir rodeado del cariño de la familia y los amigos. Quien se encuentra ante el final de su vida necesita ser acompañado, protegido y ayudado a abordar con esperanza su situación, recibir los cuidados médicos con competencia técnica y calidez humana, sin verse privado de recibir el consuelo espiritual y la ayuda de Dios, si es creyente. Nunca puede el médico perder de vista que cada paciente es único, con su dignidad y su fragilidad. Se trata de un hombre o una mujer que debe acompañarse con conciencia, inteligencia y corazón, especialmente en las situaciones más graves, como ha recordado el papa Francisco.

Frecuentemente se aduce la compasión con el enfermo terminal para practicar la eutanasia. Pero la auténtica compasión es otra cosa bien distinta. La experiencia nos dice que, cuando se percibe el cariño y cuidado de la familia, cuando uno se siente respetado como persona tanto en la salud como en la enfermedad y se reciben los cuidados paliativos adecuados, si son necesarios, un porcentaje muy bajo de pacientes pide explícitamente la eutanasia. Sembrar esperanza verdadera, aliviar la soledad con una compañía afectiva y efectiva, aliviar la angustia y el cansancio, hacerse cargo del enfermo son expresiones de una verdadera compasión.

¿Cuáles son las necesidades que presentan los enfermos en situación terminal? Son necesidades físicas, psíquicas, espirituales, familiares y sociales. Las necesidades físicas derivan de las limitaciones corporales y principalmente del dolor. Las necesidades psíquicas son evidentes. El paciente necesita sentirse seguro y querido,

tener la seguridad de la compañía de familiares y seres queridos que lo apoyen y no lo abandonen, necesita confiar en el equipo de profesionales que le trata, necesita amar y ser amado: tiene necesidad de ser escuchado, atendido, valorado y considerado, lo que afianza su autoestima. Las necesidades espirituales son indudables. El creyente necesita a Dios, experimentar su cercanía y compañía, recibir su fortaleza y consuelo, acoger su misericordia llenándose de esperanza y de paz. Por eso, sería una irresponsabilidad y una injusticia que la atención religiosa de los pacientes no estuviera asegurada en las instituciones hospitalarias, siendo una dimensión fundamental de la vida de las personas.

Las necesidades familiares y sociales del paciente terminal no son menos importantes. La enfermedad terminal también supone para quien la padece y para su familia, un desafío emocional, un esfuerzo económico importante y no pocos desgastes familiares de diverso calado. Toda la atención de los componentes de la familia se concentra generalmente en el miembro enfermo y, si la situación de enfermedad se alarga, el desajuste puede ser duradero. El paciente lo ve y también lo sufre. Por ello es muy importante no solo asegurar el sostenimiento del enfermo, sino también el soporte adecuado para que la familia pueda hacer frente al desafío que supone la enfermedad de uno de sus miembros.

Para la Iglesia, la verdadera alternativa a la eutanasia es la humanización de la muerte, es decir, ayudar al enfermo, no a morir, sino a vivir lo mejor posible en la etapa final de su vida. Reconocer el 'derecho a morir' (cuando uno quiera y como uno quiera) es rendirse social y profesionalmente ante la realidad de la enfermedad y de la muerte.

Conviene hacer todo lo posible para disminuir el sufrimiento de todos los enfermos terminales, pero especialmente de los inocentes. Es un deber tanto de la justicia como del amor. Pero cuando no se puede curar, aún se puede y se debe cuidar y aliviar. La actitud de los médicos y sanitarios ante las enfermedades se resume en el adagio: «Curar a veces, aliviar a menudo, consolar siempre». Los cuidados paliativos son una nueva especialidad de la atención médica al enfermo en situación terminal y a su entorno. Teniendo muy presente su dignidad como persona en medio del sufrimiento físico, psíquico, espiritual y social que el fin de la existencia humana suele llevar consigo. Supone un cambio de mentalidad ante el paciente en situación terminal. Ahora bien, la medicina paliativa no está suficientemente desarrollada en la organización sanitaria española, y sería deseable que los poderes públicos reconocieran con mayor sensibilidad esa necesidad y la impulsaran decisivamente.

Para ayudar al enfermo y a su familia a cuidar estas dimensiones, la medicina paliativa se propone humanizar el proceso de la muerte. Acompañar hasta el final. Esta dimensión de la medicina intenta que los enfermos pasen los últimos momentos conscientes, sin dolor, con los síntomas controlados, de modo que

transcurran con dignidad, rodeados de las personas que aman y si fuera posible, considerando su estado clínico y las atenciones que pudiera precisar, en su propio domicilio.

Debemos hacer todo lo posible para superar el sufrimiento, pero extirparlo del mundo por completo no está en nuestras manos, simplemente porque no podemos somos frágiles y limitados.

La introducción de la eutanasia en el panorama de acciones que puede realizar un médico socava la relación entre médico y paciente, fundamento de todo acto médico que se basa siempre en la confianza. Cuando no existe posibilidad de eutanasia, el paciente tiene confianza en que el médico está intentando ayudarle en su problema de salud, y hará todo lo razonablemente posible en ese sentido, y aceptará con gusto sus consejos.

+Manuel Sánchez Monge
Obispo de Santander

CUARESMA 2020. Miércoles de Ceniza

Queridos hermanos y hermanas:

Hoy, marcados por el austero símbolo de la Ceniza, entramos en el tiempo de Cuaresma, o lo que es lo mismo comenzamos un itinerario espiritual que nos prepara para celebrar con alegría desbordante la Pascua del Señor. La vida cristiana es un «camino» por recorrer, y no consiste tanto en una ley que debemos observar, sino en encontrar, acoger y seguir a Jesucristo mismo. Pero de hecho Jesús nos dice: «Si alguno quiere venir en pos de mí, que se niegue a sí mismo, tome su cruz cada día y me siga» (Le 9, 23). O sea, que, para llegar con él a la luz y a la alegría de la resurrección, a la victoria de la vida, del amor, del bien, hemos de acompañarlo cuando sube a Jerusalén, en su misterio de pasión, muerte y resurrección. Nos recuerda, pues, que también nosotros debemos tomar la cruz de cada día. Pues si morimos con él, viviremos con él y como él. Si lo acompañamos en el sufrimiento, lo acompañaremos también en la gloria. En la santa misa del Primer Domingo de Cuaresma rezaremos: «Al celebrar un año más la santa Cuaresma, signo sacramental de nuestra conversión, concédenos, Dios todopoderoso, avanzar en la inteligencia del misterio de Cristo y vivirlo en plenitud» (Colecta). Sabemos que sólo él puede convertir nuestro corazón. Y es sobre todo en la liturgia, en la participación en los santos misterios, donde somos impulsados a recorrer este camino con el Señor. Entremos en la escuela de Jesús, recorramos los acontecimientos que nos trajeron la salvación, pero no como una simple conmemoración, no como un recuerdo de he-

chos pasados. En las acciones litúrgicas Cristo se hacen presente y actuales, a través del Espíritu Santo, los acontecimientos de nuestra salvación.

La ceniza bendita impuesta sobre nuestra cabeza es un signo que nos recuerda nuestra condición de criaturas, nos invita a la penitencia y a intensificar el compromiso de conversión para seguir cada vez más al Señor.

En los domingos de Cuaresma, y de modo muy particular en este año litúrgico del ciclo A, se nos introduce a vivir un itinerario bautismal, casi a volver a recorrer el camino de los catecúmenos, de quienes se preparan a recibir el Bautismo, para reavivar en nosotros este don y para hacer que nuestra vida recupere las exigencias y los compromisos de este sacramento, que está en la base de nuestra vida cristiana. Hay un nexo particular que une el tiempo de Cuaresma al Bautismo. Las lecturas que escucharemos en los próximos domingos y a las que os invito a prestar especial atención, son el gran anuncio de lo que Dios realiza en el bautismo, una estupenda catequesis bautismal dirigida a cada uno de nosotros.

El Primer Domingo presenta las tentaciones de Jesús en el desierto, nos invita a renovar nuestra decisión definitiva por Dios y a afrontar con valentía la lucha contra el mal. En el Segundo Domingo como a Abraham, padre de los creyentes, se nos invita a partir, a salir de nuestra tierra, a abandonar las seguridades que nos hemos construido, para poner nuestra confianza en Dios. La meta se vislumbra en la transfiguración de Cristo, el Hijo amado, en el que nosotros nos convertimos en «hijos de Dios». El Tercer Domingo nos presenta la figura de la Samaritana (cf. Jn 4, 5-42). Como Israel en el Éxodo, también nosotros en el Bautismo hemos recibido el agua que salva; Jesús tiene el agua de vida, que apaga toda sed; y esta agua es su mismo Espíritu. El Cuarto Domingo nos hace meditar en la experiencia del «ciego de nacimiento» (cf. Jn 9, 1-41). En el Bautismo somos liberados de las tinieblas del mal y recibimos la luz de Cristo para vivir como hijos de la luz. Por último, el quinto Domingo nos presenta la resurrección de Lázaro (cf. Jn 11, 1-45). En el Bautismo pasamos de la muerte a la vida y nos hicimos capaces de agradar a Dios, de hacer morir al hombre viejo para vivir del Espíritu del Resucitado.

Este itinerario que estamos invitados a recorrer en la Cuaresma se caracteriza, en la tradición de la Iglesia, por algunas prácticas: el ayuno, la limosna y la oración. El ayuno significa la abstinencia de alimentos, pero comprende también otras formas de privación para una vida más sobria. Todo esto, sin embargo, no es aún la realidad plena del ayuno: es el signo externo de una realidad interior, de nuestro compromiso, con la ayuda de Dios, de abstenernos del mal y de vivir del Evangelio. No ayuna de verdad quien no sabe alimentarse de la Palabra de Dios.

El ayuno, en la tradición cristiana, está estrechamente unido a la limosna. San León Magno enseñaba en uno de sus discursos sobre la Cuaresma: «Lo que cada cristiano está obligado a hacer en todo tiempo, debe practicarlo ahora con más solici-

tud y devoción, para que se cumpla la norma apostólica del ayuno cuaresmal, que consiste en la abstinencia no sólo de los alimentos, sino también y sobre todo de los pecados. A estos necesarios y santos ayunos, por lo demás, ninguna obra se puede asociar más útilmente que la limosna, la cual, bajo el nombre único de "misericordia" abarca muchas obras buenas. Es inmenso el campo de las obras de misericordia. No sólo los ricos y acaudalados pueden beneficiar a los demás con la limosna, sino también los de condición modesta y pobre. Así, aunque sean desiguales en sus bienes, todos pueden ser iguales en los sentimientos de piedad del alma» (Discurso 6 sobre la Cuaresma, 2: PL 54,286). San Gregario Magno, en su Regla Pastoral, recordaba que el ayuno se hace santo gracias a las virtudes que lo acompañan, sobre todo a la caridad, a todo gesto de generosidad, que da a los pobres y necesitados el fruto de una privación nuestra (cf. 19, 10-11).

La Cuaresma, además, es un tiempo privilegiado para la oración. San Agustín dice que el ayuno y la limosna son «las dos alas de la oración», que le permiten tomar más fácilmente su impulso y llegar hasta Dios. Afirma: «De este modo nuestra oración, hecha con humildad y caridad, con ayuno y limosna, con templanza y perdón de las ofensas, dando cosas buenas y no devolviendo las malas, alejándose del mal y haciendo el bien, busca la paz y la consigue. Con las alas de estas virtudes nuestra oración vuela segura y más fácilmente es llevada hasta el cielo, adonde Cristo nuestra paz nos ha precedido» (Sermón 206, 3 sobre la Cuaresma: PL38, 1042). La Cuaresma invita a una oración más fiel e intensa y a una prolongada meditación sobre la Palabra de Dios. San Juan Crisóstomo exhorta: «Embellece tu casa con la modestia y la humildad mediante la práctica de la oración. Haz espléndida tu habitación con la luz de la justicia; adorna sus paredes con las obras buenas como con una capa de oro puro y, en lugar de las paredes y de las piedras preciosas, coloca la fe y la magnanimidad sobrenatural, poniendo sobre cada cosa, en lo más alto, la oración como adorno de todo el conjunto. Así preparas para el Señor una digna morada; así lo acoges en un espléndido palacio. Él te concederá transformar tu alma en templo de su presencia» (Homilía 6 sobre la oración: pg 64,466).

Queridos hermanos: en este camino cuaresmal estemos atentos a captar la invitación de Cristo a seguirlo de modo más decidido y coherente, renovando la gracia y los compromisos de nuestro Bautismo, para abandonar el hombre viejo que hay en nosotros y revestirnos de Cristo, para llegar renovados a la Pascua y poder decir con san Pablo «ya no soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí» (Ga 2, 20). ¡Feliz camino cuaresmal para todos!

+Manuel Sánchez Monge
Obispo de Santander

LAS DIFICULTADES ACTUALES SON NUEVAS OPORTUNIDADES
16 de marzo de 2020

Queridos fieles de la diócesis de Santander

En este momento de confusión, preocupación y hasta miedo que estamos viviendo debido a los estragos que produce entre nosotros la pandemia del coronavirus hemos de aprender a transformar las dificultades en oportunidades.

Cuando tenemos muy vivo el sentido de nuestra propia fragilidad y vulnerabilidad, pongamos nuestra confianza y nuestra vida en las manos de Dios, que no es ajeno a nada de cuanto nos pasa. Digamos con el salmista: "En tus manos están mis azares" (Sal 35,15) y recobraremos la esperanza para seguir en el camino. Si el amor humano es más fuerte que la enfermedad y que la muerte, mucho más lo es el amor de Dios. Por otra parte, recordemos que, como decía san Juan Pablo II, "el sufrimiento está presente en el mundo para provocar amor, para hacer nacer obras de amor al prójimo" (*Saluifici Doloris 30*). También el sufrimiento del coronavirus se ha hecho presente para que crezcamos en amor creativo. Nos da ánimos y alegría ver cómo jóvenes se ofrecen voluntarios para ayudar a los ancianos, especialmente si padecen soledad.

El momento presente nos presenta la muerte como algo real para el ser humano. No podemos ni ocultarla ni disimularla, por mucho que lo intentemos. Nos creíamos dioses y un virus microscópico nos ha sacado de nuestra monotonía y nos produce pánico. Pero como creyentes nos fiamos del Dios de la vida, que no sólo nos ha traído a este mundo, sino que nos ha hecho ya partícipes de la vida eterna por la fe y el bautismo.

El virus desenmascara la mentira del individualismo: no estamos llamados a vivir aislados como lo estamos de alguna manera ahora. Las relaciones humanas nos permiten vivir y crecer como personas y disfrutar de la belleza del vivir en común. El aislamiento forzado por el virus puede ayudar a ahondar en la gran pregunta sobre el "para qué" de todo esto. ¿Cuál es el origen y el destino de nuestro amor? ¿Amamos por casualidad y no estamos destinados a amar para siempre? Si nos tomamos estas preguntas en serio seguramente llegaremos a descubrir el rostro de ese Dios que nos ama incondicionalmente y que ha querido responder al sufrimiento, no con una teoría, sino sufriendo con nosotros y por nosotros para que tengamos vida abundante y eterna.

Vivimos tiempos duros para muchas familias, para los ancianos, para los más frágiles. Pero el dolor nos une. Y el dolor acrecentará entre nosotros las obras de amor al prójimo. La dificultad del contacto físico requiere un amor creativo,

que invente nuevas formas de manifestar el amor. Los medios tecnológicos actuales (teléfono, wasap, correo electrónico, redes sociales...) nos ayudan a expresar esa cercanía y apoyo afectivo que tantos necesitan, especialmente los que viven solos.

No tenemos fuerzas para vencer el mal por nosotros mismos. Por eso acudimos a la oración. Con ella contribuimos a que los afectados superen la prueba, los científicos encuentren la vacuna necesaria, el personal sanitario resista en las dificultades, la unión y la cooperación crezcan, el amor se expanda y la esperanza no se apague.

Ahora tenemos la oportunidad de experimentar la familia como verdadera Iglesia doméstica: podemos rezar en familia, ayudarnos unos a otros en el seno del hogar, y especialmente preocuparnos por los ancianos y por los niños. Si nos vemos privados de la comunión sacramental, hagamos frecuentemente una comunión espiritual avivando nuestro deseo de Cristo, verdadero pan de vida.

Por nuestra condición de ciudadanos, y más aún por ser cristianos, tenemos obligación de poner en práctica las normas que nos han dado las autoridades sanitarias. Porque estar seguros de que Dios nos protege, no nos permite mirar para otro lado o quebrantar disposiciones que pueden perjudicar a otros gravemente.

Nos encomendamos a nuestra Madre, la Virgen de la salud, y su poderosa intercesión.

De corazón os bendigo

+Manuel Sánchez Monge,
Obispo de Santander

REVESTÍOS DE LAS ENTRAÑAS DE CRISTO BUEN PASTOR

26 de marzo de 2020

Queridos hermanos sacerdotes:

Vivimos con especial dureza nuestra fraternidad en un momento en que hemos tenido que dejar a un lado nuestra actividad pastoral y no podemos vernos ni trabajar juntos. Pero sobre todo nos resulta particularmente doloroso celebrar la Eucaristía en soledad, en ausencia del pueblo santo de Dios. Celebremos la Eucaristía con el rostro de nuestros fieles en los ojos y en el corazón. Pidamos especialmente por los que han muerto, por los enfermos y sus familiares, por los que los curan y los que los cuidan y por todos aquellos que trabajan, a veces poniendo en peligro sus vidas, para evitar la propagación del contagio.

Queridos hermanos sacerdotes a todos os tengo muy presentes en mi afecto y mi oración, pero especialmente a los ancianos, a los enfermos, a los que vivís solos. Ya que sé que algunos de vosotros habéis tenido que observar la cuarentena por atender pastoralmente a vuestros fieles. Tened ánimo y permaneced cercanos todo lo que las restricciones permiten siguiendo las huellas de Cristo, Pastor bueno. También quiero acompañar con mi cariño y oración a los padres, madres o hermanas que viven con vosotros.

Se acerca una Semana Santa que nos va a resultar muy extraña. No podremos vivir juntos la Misa Crismal como otros años. La celebraremos el miércoles santo y dejaremos la renovación de las promesas sacerdotales para la fiesta de San Juan de Ávila o la de Cristo Sumo y Eterno Sacerdote. El Jueves Santo, Viernes Santo, la Vigilia pascual y el Domingo de Resurrección tendremos que celebrar sin la acostumbrada presencia de fieles. Os ruego que ofrezcáis el dolor de vuestro corazón de pastores para que nuestras comunidades salgan de esta pandemia con más hambre de Eucaristía y más ganas de ser discípulos misioneros. Animad a vuestra gente a participar a través de las emisiones de Tv Popular Cantabria desde la Catedral y a través de otras retransmisiones de televisiones y radios.

La Pascua del Señor será para nosotros este año de una manera especial fuente de alegría y esperanza. Como bien sabemos, por la resurrección Jesús no recupera la vida en las condiciones que la perdió. Cristo resucitado pertenece a un orden nuevo, es Señor de vivos y muertos y el mal ya no tiene poder alguno sobre El. Cuantos creemos en El estamos seguros de que el bien y el sentido acabarán triunfando. Tenernos la convicción de que todo aquello por lo que vivimos, las penas y las alegrías, revelarán al final haber valido la pena.

"La esperanza, dijo Vaclav Havel, no es la convicción de que algo va a salir bien, sino la certeza de que algo tiene sentido, independientemente de cómo salga". La esperanza es algo más que dar por seguro que la bondad triunfará sobre el

mal. Es creer que Dios acoge un acto de suprema oscuridad como fue la muerte violenta de su propio Hijo y lo vuelve fructífero. El vuelve a acoger los dolores y las dificultades que estamos viviendo y lo devuelve convertido en algo provechoso para nosotros.

Recibid un saludo fraterno en el Señor juntamente con mi bendición.

+Manuel Sánchez Monge,
Obispo de Santander

EN MAYO REZAR EL SANTO ROSARIO EN FAMILIA

Queridos hermanos y hermanas:

"Se aproxima el mes de mayo, en el que el pueblo de Dios manifiesta con particular intensidad su amor y devoción a la Virgen María. En este mes, es tradición rezar el Rosario en casa, con la familia. Las restricciones de la pandemia nos han "obligado" a valorizar esta dimensión doméstica, también desde un punto de vista espiritual", así comienza la carta que el papa Francisco nos ha escrito a todos, el día 25, fiesta de san Marcos evangelista.

Es una devoción sencilla y bella a la vez. Y muy arraigada en el pueblo cristiano. Muchos la venimos practicando desde niños en las casas de nuestros padres y abuelos. Es una forma magnífica de honrar y alabar a nuestra Madre del cielo. Pero no es sólo una devoción a la Virgen, sino también la contemplación de la historia de la salvación a través de los misterios de la vida, muerte y resurrección del Señor Jesucristo. Toda la vida de la Virgen María está orientada hacia su Hijo. Vivió asociada a Él desde su Concepción inmaculada hasta su Asunción al Cielo. Y desde allí donde intercede por nosotros para siempre.

"Si la contemplación cristiana, dijo el Papa Ratzinger en Pompeya el 19 de octubre de 2008, no puede prescindir de la Palabra de Dios, también el Rosario, para ser oración contemplativa, debe siempre emerger del silencio del corazón como respuesta a la Palabra, sobre el modelo de la oración de María. Bien mirado, el Rosario está todo entretejido de elementos sacados de la Sagrada Escritura. Hay ante todo la enunciación del misterio, hecha preferiblemente, como hoy, con palabras tomadas de la Biblia. Sigue el Padrenuestro: al imprimir a la oración un movimiento "vertical", abre el alma de quien recita el Rosario en una justa actitud filial, según la invitación del Señor: "Cuando rezáis decid: "Padre..." (Lc 11, 2). La primera parte del Avemaría, tomada también del Evangelio, nos hace cada vez volver a es-

cuchar las palabras con que Dios se ha dirigido a la Virgen a través del Ángel, y las bendiciones de la prima Isabel. La segunda parte del Avemaría resuena como la respuesta de los hijos que, dirigiéndose suplicantes a la Madre, no hacen otra cosa que expresar su propia adhesión al diseño salvífico revelado por Dios. Así el pensamiento de quien reza está siempre anclado en la Escritura y en los misterios que en ella se presentan".

El cardenal vietnamita Van Thuan, que pasó 18 años en las cárceles comunistas, escribió en su libro 'El camino de la esperanza' (nº 918): "El rosario es una cadena de oraciones que te une a María. Es también la película que te recuerda todas las etapas del camino de la esperanza que ella recorrió: su amor tierno en Belén, su angustia durante la huida a Egipto, el silencio y el trabajo en el taller de Nazaret, su fervor en el templo, su emoción cuando oía predicar a su Hijo, su vida con san Juan. En una palabra, la historia de dos vidas que fueron una sola, pues el Señor vivía en ella y ella en él. No dejes el rosario que te ha dado tu Madre, María, pidiéndote que vivas como ella, con ella, por ella y en ella".

El Rosario, por otra parte, es un camino de contemplación del rostro de Cristo realizado --por así decir-- con los ojos de María. "Pero para ser apóstoles del Rosario, dijo Benedicto XVI, es necesario tener experiencia en primera persona de la belleza y profundidad de esta oración, sencilla y accesible a todos. Es necesario ante todo dejarse conducir de la mano de la Virgen María a contemplar el rostro de Cristo: rostro alegre, luminoso, doloroso y glorioso. Quien, como María y junto a Ella, custodia y medita asiduamente los misterios de Jesús, asimila cada vez más sus sentimientos, se conforma a Él".

Que el rezo especial del santo rosario durante este mes de mayo nos ayude a avanzar como discípulos de Cristo, como testigos y enviados suyos, en la peregrinación de nuestra fe, precedidos por la Santísima Virgen.

Os saludo y os bendigo con todo afecto en el Señor Resucitado.

+Manuel Sánchez Monge,
Obispo de Santander

ORACIÓN A MARIA (PAPA FRANCISCO)

«Bajo tu amparo nos acogemos, Santa Madre de Dios».

En la dramática situación actual, llena de sufrimientos y angustias que oprimen al mundo entero, acudimos a ti, Madre de Dios y Madre nuestra, y buscamos refugio bajo tu protección.

Oh Virgen María, vuelve a nosotros tus ojos misericordiosos en esta pandemia de coronavirus, y consuela a los que se encuentran confundidos y lloran por la pérdida de sus seres queridos, a veces sepultados de un modo que hiere el alma.

Sostiene a aquellos que están angustiados porque, para evitar el contagio, no pueden estar cerca de las personas enfermas. Infunde confianza a quienes viven en el temor de un futuro incierto y de las consecuencias en la economía y en el trabajo.

Madre de Dios y Madre nuestra, implora al Padre de misericordia que esta dura prueba termine y que volvamos a encontrar un horizonte de esperanza y de paz. Como en Caná, intercede ante tu Divino Hijo, pidiéndole que consuele a las familias de los enfermos y de las víctimas, y que abra sus corazones a la esperanza.

Protege a los médicos, a los enfermeros, al personal sanitario, a los voluntarios que en este periodo de emergencia combaten en primera línea y arriesgan sus vidas para salvar otras vidas. Acompaña su heroico esfuerzo y concédeles fuerza, bondad y salud.

Permanece junto a quienes asisten, noche y día, a los enfermos, y a los sacerdotes que, con solicitud pastoral y compromiso evangélico, tratan de ayudar y sostener a todos. Virgen Santa, ilumina las mentes de los hombres y mujeres de ciencia, para que encuentren las soluciones adecuadas y se venza este virus.

Asiste a los líderes de las naciones, para que actúen con sabiduría, diligencia y generosidad, socorriendo a los que carecen de lo necesario para vivir, planificando soluciones sociales y económicas de largo alcance y con un espíritu de solidaridad.

Santa María, toca las conciencias para que las grandes sumas de dinero utilizadas en la incrementación y en el perfeccionamiento de armamentos sean destinadas a promover estudios adecuados para la prevención de futuras catástrofes similares.

Madre amantísima, acrecienta en el mundo el sentido de pertenencia a una única y gran familia, tomando conciencia del vínculo que nos une a todos, para que, con un espíritu fraterno y solidario, salgamos en ayuda de las numerosas formas de pobreza y situaciones de miseria. Anima la firmeza en la fe, la perseverancia en el servicio y la constancia en la oración.

Oh María, Consuelo de los afligidos, abraza a todos tus hijos atribulados, haz que Dios nos libere con su mano poderosa de esta terrible epidemia y que la vida pueda reanudar su curso normal con serenidad.

Nos encomendamos a Ti, que brillas en nuestro camino como signo de salvación y de esperanza. ¡Oh clementísima, oh piadosa, oh dulce Virgen María! Amén.

Homilías

BUSCAR A DIOS SUPERANDO DIFICULTADES
Homilía en la Epifanía del Señor, S.I.C.B. de Santander
6 de enero de 2020

1. Los Magos representan a los hombres en busca de Dios

El Niño, nacido de la Virgen María en Belén, vino no sólo para el pueblo de Israel, representado en los pastores de Belén, sino también para toda la humanidad, representada por los Magos de Oriente. Estos Magos que vienen de Oriente son los primeros de esa gran procesión de la que habla el profeta Isaías en la primera lectura (cf. 60,1-6). Una procesión que desde entonces no se ha interrumpido jamás, y que en todas las épocas reconoce el mensaje de la estrella y encuentra el Niño que nos muestra la ternura de Dios.

Los Magos representan a los hombres en busca de Dios en las religiones y filosofías del mundo entero, una búsqueda que no acaba nunca. Los Magos nos indican el camino que debemos recorrer en nuestra vida. Ellos buscaban la Luz verdadera: Siguiendo una luz, la de una estrella, ellos buscan la luz que no conoce ocaso. Buscaban a Dios y emprendieron un largo viaje. El Espíritu Santo es el que los impulsó a ponerse en camino, y al final tuvo lugar su encuentro personal con el Dios verdadero.

2. En su camino, los Magos encuentran muchas dificultades

En su camino, los Magos encuentran muchas dificultades. Cuando llegan a Jerusalén van al palacio del rey, porque consideran algo natural que el nuevo rey nazca en un palacio. Y allí pierden de vista la estrella. Cuántas veces se pierde de vista la estrella. Y encuentran una tentación: el engaño de Herodes. El rey Herodes muestra interés por el niño, pero no para adorarlo, sino para eliminarlo. Herodes sólo consigue ver en el otro a un rival y también considera a Dios como un rival, más aún, como el rival más peligroso. En el palacio los Magos atraviesan un momento de oscuridad, de desolación, que consiguen superar gracias a la moción del Espíritu Santo, que les habla mediante las profecías de la Sagrada Escritura. Éstas indican que el Mesías nacerá en Belén, la ciudad de David.

3. La gran tentación: rechazar la pequeñez

En este momento, retoman el camino y vuelven a ver la estrella. El evangelista apunta que experimentaron una «inmensa alegría» (Mt 2,10), una verdadera consolación. Llegados a Belén, encontraron «al niño con María, su madre» (Mt 2,11). Después de lo ocurrido en Jerusalén, ésta será para ellos la segunda gran tentación: rechazar esta pequeñez. Y sin embargo: «cayendo de rodillas lo adoraron», ofreciéndole sus dones preciosos y simbólicos. La gracia del Espíritu Santo, mediante la

estrella, ahora los introduce en el misterio. Así llegan a reconocer que los criterios de Dios son muy distintos a los de los hombres, que Dios no se manifiesta en la potencia de este mundo, sino que nos habla en la humildad de su amor. El amor de Dios es grande, sí. El amor de Dios es potente, sí. Pero el amor de Dios es humilde, muy humilde. De ese modo, los Magos son modelos de conversión a la verdadera fe porque han dado más crédito a la bondad de Dios que al aparente esplendor del poder.

SAN SEBASTIÁN NOS INVITA A CONFESAR LA FE CON VALENTÍA
Reinosa
20 de enero de 2020

Celebramos la memoria de San Sebastián, mártir, militar de profesión, miembro de la guardia pretoriana del emperador Diocleciano, que dio su vida por Cristo en el siglo tercero. Fue un militar romano al que los emperadores Diocleciano y Maximiano, que persiguieron cruelmente a los cristianos, pusieron al frente de la guardia imperial. No conocían ellos su condición de cristiano y él se distinguió por su ayuda a los cristianos hacinados en las cárceles romanas. Sus reiterados auxilios a los cristianos cautivos fueron al fin descubiertos y Sebastián fue denunciado al emperador Maximiano. Ante él confesó abiertamente su fe en Jesucristo y fue condenado a morir acribillado por saetas. Le dieron por muerto y abandonaron su cuerpo.

Pero Irene, una matrona cristiana, lo recogió moribundo y lo escondió en su casa. Cuando terminó de curar sus heridas, aconsejaron al valiente soldado que abandonase Roma. Pero el soldado de Cristo optó por quedarse en la Ciudad eterna confesando públicamente su fe. Cuando se enteró el emperador Diocleciano le condenó a morir azotado y ser arrojado en un lugar inmundo. Pero los cristianos recogieron su cuerpo y lo sepultaron donde él quería: en un lugar subterráneo de las catacumbas que posteriormente se llamarán de San Sebastián, en la Via Apia de Roma.

¿Cómo vivimos la fe cristiana en nuestros días? ¿Qué luz nos aporta el testimonio de S. Sebastián?

Es verdad que hay minorías formada y comprometidas. Un grupo no despreciable de cristianos ha ido purificando y consolidando su adhesión a

Dios, descubriendo con más lucidez y responsabilidad las exigencias y promesas de la fe cristiana. Entre nosotros no pocos creyentes viven gozosamente su fe, como la experiencia de un Dios vivo presente en sus vidas. Acuden a él con confianza. Se ven sostenidos por su fuerza en medio de las dificultades.

Hay, sin embargo, muchos bautizados que viven al margen de la fe. Han caído de lleno en las redes del consumismo y bajo la influencia de la cultura postmoderna. La fe cristiana es percibida por no pocos únicamente como un conjunto de complejas doctrinas, prácticas rituales y normas morales, que no les dicen nada. Y todos en general vivimos una fe frágil y debilitada, sin entusiasmo, oscurecida por la vacilación y la duda.

Para ser una Iglesia misionera, tal como nos pide el papa Francisco en el momento presente, necesitamos obispos, sacerdotes y fieles profundamente entregados al servicio de Cristo y de su Iglesia, dispuestos a dar la vida día a día en un exigente servicio a los hermanos más necesitados. La fe en un Dios que es amor y la proclamación del amor como norma suprema de vida constituyen el corazón de la fe cristiana. El amor al prójimo, enraizado en el amor a Dios, es una tarea de cada fiel cristiano y de la Iglesia entera. La Iglesia no puede prescindir del servicio del amor y de la caridad, como no puede prescindir del anuncio de la Palabra ni de la celebración de los sacramentos. Este servicio de caridad es la continuación en el mundo de las acciones de Jesús con las que anunciaba de hecho el Reino y la presencia de Dios.

Al cumplirse el mes de las inundaciones que ha vivido recientemente Reinosa y su comarca han sido muchas las pérdidas ocasionadas a las familias y a las personas que vivís aquí. De la noche a la mañana el agua se ha metido en vuestras casas y ha echado a perder ropas, paredes, enseres incluso automóviles. Las pérdidas han sido cuantiosas. Pero también ha surgido una oleada de solidaridad y caridad. Personas e instituciones civiles y religiosas se prestaron enseguida a echar una mano. Las Cáritas del arciprestazgo y diocesana siguen estando atentas para concurrir a solucionar las necesidades más urgentes. Ahora se están dando pasos eficaces por parte de las instituciones para que desastres como éste que comentamos no vuelvan a suceder. Sigamos todos en esta tarea y que San Sebastián nos ayude a dar un buen testimonio de fe y de caridad aquí en nuestro ambiente.

SAN FRANCISCO DE SALES (1567-1622), MAESTRO DE LA PAZ DEL CORAZÓN. Monasterio de la Visitación. Santander 24 de enero de 2020

Vivimos una época de confusión e inquietud. Esta tendencia se manifiesta incluso en nuestra vida espiritual: nuestra búsqueda de Dios, de la santidad y del servicio al prójimo es muchas veces agitada y angustiada, en lugar de ser confiada y pacífica. Pero ¿qué hacer para superar los momentos de agitación y de temor, conservando la confianza y el abandono en las manos de Dios? San Francisco de Sales se nos presenta como maestro de la paz del corazón.

1. Dios es el Dios de la paz

Como el amor sólo mora en la paz, cuidad de conservar la santa tranquilidad de corazón que os recomiendo con tanta frecuencia.

Todos los pensamientos que nos causan inquietud y agitación del alma no son en absoluto de Dios, que es el Príncipe de la Paz. Son tentaciones del enemigo y, por consiguiente, hay que rechazarlas y no tomarlas en cuenta.

Sobre todo, es preciso vivir pacíficamente. *Aunque nos llegue el dolor, interior o exterior,* debemos recibirlo pacíficamente. *Si nos llega la alegría*, es preciso recibirla pacíficamente sin estremecernos de gozo. ¿*Hay que huir del mal? Hay que hacerlo pacíficamente,* sin preocuparnos, porque, de otro modo, al huir podríamos caer y proporcionar al enemigo el placer de matarnos. *Hay que hacer el bien*, hay que hacerlo pacíficamente, pues afanándonos, cometeríamos numerosas faltas. Hay que vivir pacíficamente incluso la mortificación (Carta a la Abadesa del Puy d'Orbe).

2. Cómo conseguir la paz

Hagamos tres cosas, muy querida hija, -le recomienda a la Abadesa d´Orbe- y conseguiremos la paz: 1ª) tengamos la completa y pura intención de buscar en todas las cosas la honra de Dios y su gloria; 2ª) hagamos lo poco que podamos con este objeto siguiendo los consejos de nuestro padre espiritual, y 3ª) dejemos que Dios se encargue del resto. ¿Por qué se angustia el que tiene a Dios como objeto de sus intenciones y hace lo que puede? ¿Qué tiene que temer? No, no; Dios no es tan terrible con los que ama; se contenta con poco porque sabe muy bien que no tenemos mucho. Sabed, querida hija, que en la Sagrada Escritura el Señor recibe el nombre de Príncipe de la Paz, y que, por lo tanto, donde es el dueño absoluto reina

la paz, antes de poner paz en un lugar, es preciso luchar, separar el corazón y el alma de los afectos más queridos, familiares y ordinarios, es decir el amor desmesurado de uno mismo, la confianza en uno mismo, la complacencia en uno mismo y afectos semejantes.

Ahora bien, cuando el Señor nos separa de esas pasiones tan amables y queridas, parece que nos destroza el corazón, y surgen sentimientos de amargura; el alma se debate hasta casi no poder más, pues tal separación es dolorosa. Pero toda esa lucha del alma es pacífica, pues en definitiva, aunque abrumados por esa aflicción, no por ello dejamos de depositar nuestra voluntad resignada en la de Nuestro Señor y la mantenemos allí, clavada en ese divino deseo, sin abandonar nuestras obligaciones y su cumplimiento, sino realizándolas animosamente (Carta a la Abadesa del Puy d'Orbe).

"El auténtico combate espiritual, más que la lucha por una victoria definitiva o por una infalibilidad totalmente fuera de nuestro alcance, consiste sobre todo en aprender a aceptar nuestros ocasionales fallos sin desanimarnos, a no perder la paz del corazón cuando caemos lamentablemente, a no entristecernos en exceso por nuestras derrotas, y a saber aprovechar nuestros fracasos para saltar más arriba... Eso es siempre posible, a condición de que no nos angustiemos y conservemos la paz..."

3. Paz y humildad

La paz nace de la humildad. Nada nos altera como el amor propio y la estima que tenemos de nosotros mismos. ¿Qué significa si no el hecho de que nos sorprendamos, nos sintamos confusos e impacientes cuando caemos en alguna imperfección o en algún pecado? Indudablemente, creíamos ser buenos, firmes y sólidos; y, en consecuencia, cuando comprobamos que no hay nada de eso y que hemos dado con nuestros huesos en el suelo, nos sentimos engañados, y en consecuencia alterados, ofendidos e inquietos. *Si supiéramos bien quiénes somos, en lugar de sentirnos sorprendidos por vernos por los suelos, nos sorprenderíamos de poder permanecer en pie.*

4. Todo coopera al bien de los que aman a Dios

Todo coopera al bien de los que aman a Dios. Y en realidad, si Dios puede y sabe sacar el bien del mal, ¿por quién lo haría, sino por los que se han entregado a Él sin reservas? Sí, incluso los pecados, de los que Dios en su bondad nos defiende, contribuyen al bien de los suyos. David no hubiera estado nunca tan lleno de humildad si no hubiera pecado, ni Magdalena tan amante de su Salvador, si Él no la hubiera perdonado tantos pecados, y nunca se los hubiera perdonado si ella no los hubiera cometido.

Ved, querida hija, a ese gran hacedor de misericordia: convierte nuestras miserias en gracia y fabrica la medicina que cura nuestra alma de la víbora de nues-

tras iniquidades. Decidme, os lo ruego, ¿qué no hará de nuestras penas, de nuestros trabajos, de las persecuciones que sufrimos? Si, pues, en alguna ocasión os afecta algún disgusto, de la clase que sea, asegurad a vuestra alma que, si ama a Dios, todo se convertirá en bien. Y aunque no veáis los caminos por los que ese bien ha de llegaros, tened la completa seguridad de que llegará. Si Dios os arroja a los ojos el barro de la ignominia, es para daros una vista magnífica y ofreceros un espectáculo de honor. Si Dios os hace caer, como tiró a San Pablo por tierra, es para elevaros hasta su gloria.

SANTO TOMÁS DE AQUINO O EL MODO CORRECTO DE HACER TEOLOGÍA
28 de enero de 2020

El papa Benedicto XVI en la audiencia general del 2 de junio de 2010 hizo una bella presentación de santo Tomás de Aquino que voy a extractar en el día de su fiesta.

La vida y las enseñanzas de santo Tomás de Aquino se podrían resumir en un episodio transmitido por los antiguos biógrafos. Mientras el Santo oraba ante el crucifijo por la mañana temprano en la capilla de San Nicolás, en Nápoles, Domenico da Caserta, el sacristán de la iglesia, oyó un diálogo. Tomás preguntaba, preocupado, si cuanto había escrito sobre los misterios de la fe cristiana era correcto. Y el Crucifijo respondió: «Tú has hablado bien de mí, Tomás. ¿Cuál será tu recompensa?». Y la respuesta que dio Tomás es la que también nosotros, amigos y discípulos de Jesús, quisiéramos darle siempre: «¡Nada más que tú, Señor!» (ib., p. 320).

Tomás nació entre 1224 y 1225 en el castillo que su noble familia poseía en Roccasecca, junto a Aquino y cerca de la célebre abadía de Montecassino, donde recibió la primera instrucción. Algunos años más tarde se trasladó a Nápoles, donde Federico III había fundado una prestigiosa universidad. En ella se enseñaba el pensamiento del filósofo griego Aristóteles, cuyo gran valor Tomás intuyó inmediatamente. En aquellos años nació su vocación dominicana. Pero cuando vistió el hábito, su familia se opuso y le obligó a dejar el convento y pasar algún tiempo con ella.

En 1245, ya mayor de edad, retomó su camino de dominico. En París estudió teología bajo la dirección de san Alberto Magno. Alberto y Tomás entablaron una verdadera y profunda amistad. Y Alberto quiso que Tomás lo siguiera también a Colonia para fundar un estudio teológico. En ese tiempo Tomás entró en contac-

to con todas las obras de Aristóteles y de sus comentaristas árabes. Eran escritos sobre la naturaleza del conocimiento, sobre las ciencias naturales, sobre la metafísica, sobre el alma y sobre la ética, ricas en informaciones e intuiciones. Se trataba de una visión completa del mundo desarrollada antes de Cristo, con la pura razón, y a los jóvenes les resultaba sumamente atractivo conocer esta filosofía. Muchos acogieron con entusiasmo, pero sin crítica, este enorme bagaje del saber antiguo, que abría nuevos horizontes. Sin embargo, otros temían que el pensamiento pagano de Aristóteles se opusiera a la fe cristiana, y se negaban a estudiarlo. Se confrontaron dos culturas: la cultura pre-cristiana de Aristóteles, con su racionalidad radical, y la cultura cristiana clásica. Tomás de Aquino, siguiendo a san Alberto Magno, realizó una labor fundamental para la filosofía, la teología y la cultura: estudió a fondo a Aristóteles y a sus intérpretes árabes y logró nuevas traducciones latinas de los textos originales en griego. Así podía ya apoyarse en los textos originales. Comentó muchas de las obras de Aristóteles, distinguiendo en ellas lo válido de lo que era dudoso o de lo completamente rechazable. En definitiva, Tomás de Aquino mostró que entre fe cristiana y razón existe una armonía natural.

Por sus excelentes dotes intelectuales, Tomás fue llamado a París como profesor de teología. Allí comenzó también su enorme producción literaria: comentarios a la Sagrada Escritura, a los escritos de Aristóteles; obras sistemáticas influyentes, entre las cuales destaca la *Suma Teológica*; tratados y discursos sobre varios temas.

No permaneció mucho tiempo ni establemente en París. En 1259 participó en el capítulo general de los dominicos en Valenciennes. De 1261 a 1265 Tomás estuvo en Orvieto. El papa Urbano IV le encargó la composición de los textos litúrgicos para la fiesta del Corpus Christi, instituida a raíz del milagro eucarístico de Bolsena. Los bellísimos himnos que la Iglesia canta para celebrar el misterio de la presencia real del Cuerpo y de la Sangre del Señor en la Eucaristía se atribuyen a su fe y a su sabiduría teológica.

Desde 1265 hasta 1268 Tomás residió en Roma. En 1269 fue de nuevo a París para un segundo ciclo de enseñanza. Los estudiantes seguían entusiasmados sus clases, hasta el punto que apenas cabían en las aulas. No todos aceptaban la interpretación de Aristóteles que daba Tomás, pero incluso sus adversarios, admitían que la doctrina de fray Tomás era superior a otras por utilidad y valor. Quizá también por apartarlo de los vivos debates de entonces, fue enviado de nuevo a Nápoles para que estuviera a disposición del rey Carlos I, que quería reorganizar los estudios universitarios.

Tomás no sólo se dedicó al estudio y a la enseñanza, también fue un gran predicador. Y el pueblo de buen grado le escuchaba. Es una gran gracia que los teólogos hablen con sencillez y fervor a los fieles. El ministerio de la predicación ayu-

da a los estudiosos de teología a un sano realismo pastoral, y enriquece su investigación con fuertes estímulos.

Se cuenta que al final de su vida, en 1273, llamó a su amigo y secretario Reginaldo y le comunicó que había comprendido, mediante una revelación sobrenatural, que lo que había escrito hasta entonces era sólo «un montón de paja» y quería quemar todos sus escritos. Este episodio nos enseña que lo que pensamos y decimos sobre la fe, es superado infinitamente por la grandeza y la belleza de Dios, que se nos revelará plenamente en el cielo. Unos meses después, Tomás murió mientras estaba de viaje hacia Lyon para participar en el concilio ecuménico convocado por el Papa Gregorio X. Su vida se apagó en la abadía cisterciense de Fossanova, después de haber recibido el viático con sentimientos de gran piedad. A santo Tomás se le llama *Doctor Angelico*, por sus grandes virtudes, en particular la sublimidad del pensamiento y la pureza de vida.

SAN SIMEÓN Y SANTA ANA
Patronos de Vida Ascendente. S.I.C de Santander
31 de enero de 2020

1. Simeón representa a la Ley

Simeón era 'una persona justa y piadosa' (Lc. 2,25), lleno de ilusión y esperanza. El Espíritu Santo habitaba en él y le hizo una confidencia: 'No vas a morir sin ver al Mesías'. Fue escogido entre tantos ancianos como había entonces en Jerusalén por ser justo, o sea lleno de piedad, comprensivo, amable. Acogedor de lo débil. Su fe era sencilla y profunda y estaba seguro de que la promesa que Dios le había hecho se iba a cumplir. De pocas personas se han pronunciado unos elogios tan hermosos como los que a Simeón dedica el relato del evangelio de San Lucas. Tres notas lo hacen memorable: era un hombre justo y piadoso, esperaba la consolación de Israel y en él estaba el Espíritu Santo (Lc 2, 25). He ahí unas palabras que, inevitablemente, nos asoman al misterio.

«Había en Jerusalén un hombre llamado Simeón; este hombre era justo y piadoso, y esperaba la consolación de Israel; y estaba en él el Espíritu Santo. Le había sido revelado por el Espíritu Santo que no vería la muerte antes de haber visto al Cristo del Señor. Movido por el Espíritu, vino al Templo; y cuando los padres introdujeron al niño Jesús, para cumplir lo que la Ley prescribía sobre él, le tomó en brazos y bendijo a Dios.,

Seguramente no es una casualidad la triple mención del Espíritu Santo (Lc 2, 25.26.27). Simeón es como el gozne sobre el cual giran las dos puertas de un gran díptico. Una mira al pasado y la otra al presente. En él se encuentran la promesa y el cumplimiento. En él se encuentran la alianza antigua y la nueva. Con él parece

retornar el Espíritu de Dios que se creía extinguido. Su subida al templo da lugar a la gran epifanía del Mesías.

Simeón se presenta, pues, como el que acoge al Hijo de Dios. En la fiesta de la Presentación del Señor (*2 de febrero),* la Liturgia de las Horas nos ofrece un sermón de San Sofronio, en el que aquel patriarca de Jerusalén nos invita a recibir la luz de Cristo como lo hizo Simeón:

"Ha llegado ya aquella luz verdadera que viniendo a este mundo alumbra a todo hombre. Dejemos, hermanos, que esta luz nos penetre y nos transforme.

"Ninguno de nosotros ponga obstáculos a esta luz y se resigne a permanecer en la noche. Al contrario, avancemos todos llenos de resplandor. Todos juntos, iluminados, salgamos a su encuentro y, con el anciano Simeón, acojamos aquella luz clara y eterna.

"Imitemos la alegría de Simeón y, como él, cantemos un himno de acción de gracias al Engendrador y Padre de la luz, que ha arrojado de nosotros las tinieblas y nos ha hecho partícipes de la luz verdadera.»

Cuando Jose y María entraron en el tempo con el Niño para rescatar a su primogénito cumpliendo la ley de Moisés, Simeón lo tomó en sus brazos y dijo: "Ahora, Señor, puedes dejar a tu siervo irse en paz porque mis ojos han visto a tu Salvador, luz para alumbrar las naciones y gloria de tu pueblo, Israel". No viene el Mesías a imponerse por la fuerza, sino manso y humilde para rescatar a su pueblo. Los mayores ven con el corazón y así perciben lo que hay dentro de las personas. Por eso dijo a su Madre: "Una espada te atravesará el alma" (Lc 3,5). ¡Pobre madre! ¿Por qué se lo dijiste, Simeón? Quería el Señor prepararla desde bien pronto para asimilar el dolor inmenso que le esperaba viendo morir a su Hijo al pie de la cruz.

2. Ana representa a los profetas

Pero Simeón no está solo. Junto a él aparece la figura simpática y atrayente de Ana, que es descrita con unos pocos rasgos que no tienen desperdicio: Había también una profetisa, Ana, hija de Fanuel, de la tribu de Aser, de edad avanzada; después de casarse había vivido siete años con su marido, y permaneció viuda hasta los ochenta y cuatro años; no se apartaba del Templo, dando culto a Dios noche y día en ayunos y oraciones (Lc 2, 36-37). Así pues, Ana representa a los profetas, mientras que Simeón representaba a la Ley. Aquellos dos pilares de la fe y de la comunidad de Israel se unen ahora para testificar la llegada del Mesías. Cuando entró en el templo la familia formada por José, María y el niño Jesús, aparentemente insignificante, ella captó de inmediato que traían un tesoro escondido y empezó a alabar a Dios y a hablar del Niño.

Ana alaba a Dios y habla del Niño a todos los que esperaban la redención de Israel. El análisis del texto sugiere, además, que la buena anciana no se limitó a ha-

blar aquel día de Jesús, sino que “sus palabras sobre el Niño siguieron difundiéndose más allá de los muros del santuario” (Fitzmyer, 266). Así pues, Ana descubre al Salvador y proclama la hora de la salvación, es decir, de la redención y del “rescate”, que evoca la antigua liberación de su pueblo del poder opresor de los egipcios.

HOMILÍA EN LA ORDENACIÓN DE DIÁCONO DE FERNANDO REMÓN
Domingo 7º del TO,
23 de febrero de 2020

1. Amad a vuestros enemigos

Jesús opone a la ley del talión el mandamiento del amor. Sus discípulos no deben pagar con la misma moneda, no deben responder con mal a los que les hacen mal. Esto es lo que quiere decir cuando les enseña a no hacer frente a los que les agravian. Su lenguaje es duro y tremendamente exigente. El mal sólo puede superarse con el bien, no con el equilibrio de la ley sino con el desequilibrio del amor. Olvidarse de esto es caer en el círculo vicioso de la venganza y de la violencia, en la trampa de una ley entendida como trampa del amor, en donde éste quedaría atrapado.

2. ¿Cómo es posible llegar a amar incluso de los enemigos?

Porque así se comporta nuestro Padre del cielo: Dios derrama su gracia sobre buenos y malos, y manda la lluvia sobre justos y pecadores. Tolera que se le acuse, que se le insulte o que se le niegue sin más. Pero no lo tolera en virtud de una indiferencia sublime, como si no le afectaran. La adhesión o la aversión humanas le afectan hasta lo más profundo. Cuando un hombre rechaza seriamente el amor de Dios, no es Dios el que le condena, sino que es el propio hombre el que se condena a sí mismo, porque no quiere conocer y practicar lo que Dios es: el amor. La justicia de Dios no es la del "ojo por ojo y diente por diente"; más bien hay que decir que cuando el hombre no supera la justicia penal de este mundo (que es necesaria), ni comprende a Dios ni quiere estar a su lado. Dios nunca ama parcialmente, sino totalmente.

Porque así ha amado Jesús, su Hijo. Jesús es el primero que extiende el amor a todos los hombres sin excepción alguna abrazando con él hasta a los enemigos. Murió en la personando a sus verdugos: “Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen”. Jesús proclama que Dios no hace distinciones y manifiesta predilección por los pecadores arrepentidos. Por eso los hijos de Dios deben amar también sin fronteras.

3. ¿Cómo es posible para nosotros?

¿No nos parece superior a nuestras fuerzas? Si nos cuesta tanto perdonar a los amigos, ¿cómo vamos a ser capaces de perdonar a nuestros enemigos? Efectivamente perdonar a los enemigos es superior a nuestras fuerzas, pero el Señor nos da su Espíritu para que podamos amar con el amor con que Dios nos ama. El Señor se ha hecho nuestro siervo (Flp 2,7), «no ha venido para ser servido, sino para servir» (Mc 10,45). «Se ha hecho diácono de todos», escribía un Padre de la Iglesia (San Policarpo, Ad Phil. V,2). Como ha hecho él, del mismo modo están llamados a actuar sus anunciadores. El discípulo de Jesús, y muy especialmente quien ejerce el ministerio de diácono, no puede caminar por una vía diferente a la del Maestro, sino que debe imitarlo. Servir es el estilo mediante el cual se vive la misión, el único modo de ser discípulo de Jesús. Su testigo es el que hace como él: el que sirve a los hermanos, sin cansarse de Cristo humilde, sin cansarse de la vida cristiana que es vida de servicio. Cuando dentro de poco te entregue el libro de los Evangelios te diré: "Recibe el Evangelio de Cristo, del cual has sido constituido mensajero; convierte en fe viva lo que lees, y lo que has hecho fe viva enséñalo, y cumple aquello que has enseñado". Leer, creer, enseñar y practicar estos verbos describen muy bien el itinerario que debe recorrer un diácono fiel al Evangelio.

4. Necesitamos sacerdotes

Algunos de los jóvenes aquí presentes podéis ser llamados a ser sacerdotes. Es una aventura que merece la pena. Cuando uno se deja seducir por el Señor se dejan fácilmente por El la familia y el trabajo, los parientes y la profesión, el futuro que pudo ser cuajada realidad matrimonial y familiar. Tu experiencia vocacional, querido Fernando, y la nuestra, queridos sacerdotes, es el resultado de aquel gozo inefable de haber sido llamados por Cristo para seguirle de cerca y no disponer sino sólo de su amor, dejándolo todo por Él.

En nuestra pastoral vocacional necesitamos la especial colaboración de las familias católicas. La familia es la iglesia doméstica donde los niños han de ser iniciados en la fe y han de percibir el respeto y el apoyo de los padres a los adolescentes que sienten la inclinación hacia la vocación sacerdotal. Sin familias verdaderamente inquietas por vivir la fe y transmitirla, difícilmente surgirán vocaciones, y si surgen, no podrán sostenerse.

FIESTA DE SAN JUAN DE DIOS
Hospital Santa Clotilde,
8 de marzo de 2020

¿Ante qué situación nos encontramos?

Aumentan las personas con cáncer, está creciendo también el número de enfermos crónicos avanzados y las personas con enfermedades degenerativas. Todo esto representa un reto importante para las sociedades desarrolladas y para la Iglesia, de un modo especial para los cristianos que trabajan en el mundo de la salud. Y muchos de estos enfermos padecen al final de sus vidas un sufrimiento intenso y precisan una atención esmerada en la que debemos estar implicados todos. Porque cuando no se puede curar, se puede seguir cuidando a los enfermos. Cuando el enfermo comprende que la técnica ya no le es útil, tiene necesidad de las personas, de su familia, de sus amigos. Desde los cuidados paliativos, se humaniza el proceso de morir acompañando a vivir y cuidando con hospitalidad todas las dimensiones de la persona. La compañía es la mejor medicina que podemos ofrecer a los enfermos. Acompañar requiere tener en cuenta todas las dimensiones de la persona: la física, la psicológica, la social y también su dimensión espiritual.

Acompañar a morir es una oportunidad de estar cerca de quien camina hacia su destino antes que nosotros. El acompañamiento más íntimo que necesita quien se está muriendo es el de otro ser humano. El Dr. Marc Antoni Broggi, en su libro Por una muerte apropiada, afirma que quien va a morir agradecerá una escucha atenta y activa, una hospitalidad que valore quién es él y quién ha sido, y, sobre todo, agradecerá su compañía. ***E***l Dr. Jacinto Bátiz Cantera en su libro: *Cuidar a las personas en el proceso de morir*, Fundación S. Juan de Dios, Madrid 2019, sostiene que acompañar a un enfermo terminal implica:

1. HAY QUE TOCARLE

El tacto es uno de los primeros sentidos en desarrollarse y uno de los últimos que se pierde. Es una forma de comunicación que transmite al enfermo calor, apoyo y solidaridad. Es en el final de la vida cuando la persona aprecia más las expresiones físicas de afecto. No se puede valorar en toda su extensión el bien que le hace al enfermo al sujetar su mano, tocar su hombro, colocar bien su almohada, secar su frente y tratarle con amabilidad.

El tacto actúa eficazmente contra el temor y la ansiedad, facilita el compartir y, además, parece liberar el poder natural de su curación. La forma de mirar, de dar la mano, son importantes cuando la comunicación a través de las palabras se hace difícil, o imposible. La sonrisa, el tono de voz, los gestos de las manos... pue-

den significar calor e interés personal. No olvidemos que, en esta etapa final de la vida, el 80% de la comunicación se hace por medio del gesto y del tacto.

2. HAY QUE ESCUCHARLE

Con atención y con respeto. Sin juzgarle nunca. Escuchándole podremos apreciar su actitud ante la enfermedad y sus emociones. Es importante que el enfermo pueda hablar sin que lo interrumpamos y expresar sus pensamientos. Otras veces, lo que necesita el enfermo es que estemos a su lado en silencio, atendiéndole, acogiendo lo que expresa. No cambiemos la conversación ni demos consejos precipitadamente. La relación será más satisfactoria si se facilita que sea él quien llegue por sí mismo a sus propias conclusiones.

Tenemos que contestar a sus preguntas y responder a sus dudas, pero con respuestas realistas y dejando que el enfermo se exprese totalmente para que pueda encontrar soluciones. Una buena comunicación hace que se controle mejor el dolor, la ansiedad y la depresión. Si él se siente escuchado con atención, tal vez precise menos dosis de calmantes o de antidepresivos. Y, algo difícil pero posible, hemos de ponernos en el lugar del que sufre teniendo siempre en cuenta que el sufrimiento es lo que el enfermo dice que es y no lo que los demás pensamos que debe ser.

3. HAY QUE COMPRENDERLE

La mayor parte del sufrimiento en esta etapa terminal, aparte de ser provocado por el dolor físico, tiene que ver con otros temas emocionales y espirituales y con la propia incapacidad humana para resolver los interrogantes más profundos de la vida. El enfermo vive un momento crucial en el que puede llegar a distinguir entre lo verdaderamente esencial y lo que no lo es. Escuchar sus reflexiones sobre temas espirituales, el significado de la vida, la razón del sufrimiento y otros aspectos, a menudo le sirve para adquirir cierta paz interior.

Cuenta un médico de paliativos: Una ancianita que se estaba muriendo me hizo sentar en su cama, me entregó una hoja fotocopiada y me dijo: “Doctor, lea esta hoja y consérvela; ése es el concepto que tengo de Dios y el que me está dando fuerzas para morirme en paz”. En esa hoja se leía: “Si nadie te ama, mi alegría es amarte, si lloras, estoy deseando consolarte, si eres débil, te daré mi fuerza y energía, si nadie te necesita, yo te busco, si eres inútil, yo no puedo prescindir de ti, si tienes miedo, te llevo en mis espaldas, si quieres caminar, iré contigo, si me amas, vengo siempre, si te pierdes, no duermo hasta encontrarte, si quieres conversar, yo te escucho siempre, si no tienes a nadie, me tienes a mí, si quieres ver mi rostro, mira una flor, una fuente y un niño”. Para esta mujer, ya mayor, ése era su Dios.

El aspecto espiritual quizás sea la parte más desconocida para muchos hoy, pero es la que los pacientes demandan más en sus últimos días. El acompañamiento espiritual debe considerarse un aspecto esencial de la persona enferma, que exi-

ge una preparación básica, de la misma importancia que el control de síntomas o los cuidados generales. Este acompañamiento espiritual es la práctica de reconocer, acoger y dar espacio al diálogo interior del que sufre, para que él mismo pueda dar voz a sus preguntas y dar vida a sus respuestas. El acompañamiento espiritual es ayudar a la persona a despertar o a sacar a la luz el anhelo, la búsqueda interior que toda persona puede tener.

SOLEMNIDAD DE LA ANUNCIACIÓN DEL SEÑOR
S.I.C.B. de Santander
25 de marzo de 2020

1. El Dios con nosotros

Al celebrar hoy aquí y en presencia de su párroco tenemos un recuerdo muy especial para los fieles de la parroquia de la Anunciación que no pueden celebrar la fiesta como la celebraban otros años. Que el sacrificio que hacen redunde en favor de los que padecen las consecuencias del virus corona.

El misterio de la Encarnación es uno de los misterios centrales de nuestra fe. Veamos ante todo qué significa. En el evangelio de san Lucas hemos escuchado las palabras del ángel a María: «El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el Santo que va a nacer se llamará Hijo de Dios» (*Lc* 1,35). Sí, Jesús, el Verbo hecho carne, es el Dios-con-nosotros, que ha venido a habitar entre nosotros y a compartir nuestra misma condición humana. La expresión «se hizo carne» apunta a la realidad humana más concreta y tangible, pero también la más frágil y vulnerable.

Podemos aceptar al Señor que ha venido a vivir entre nosotros y entonces se cumple la íntima aspiración del ser humano: que el mundo sea realmente un hogar para el hombre. En cambio, cuando Dios es arrojado fuera, el mundo se convierte en un lugar inhóspito para el hombre, frustrando al mismo tiempo la verdadera vocación de la creación de ser espacio para la alianza, para el «sí» del amor entre Dios y la humanidad.

El misterio del Hijo de Dios hecho hombre nos muestra también la dignidad incomparable de toda vida humana. Por eso, en su proyecto de amor, Dios ha en-

comendado a la familia fundada en el matrimonio la altísima misión de ser célula fundamental de la sociedad y verdadera Iglesia doméstica. Con esta certeza, vosotros queridos esposos, habéis de ser, de modo especial para vuestros hijos, signo real y visible del amor de Cristo por la Iglesia. Ellos tienen necesidad de vuestro testimonio de su fidelidad, de unidad, de capacidad de acoger la vida humana, especialmente la más indefensa y necesitada.

2. Dios quiere contar con el consentimiento libre de María

Nuestro Dios, al entrar en el mundo, ha querido contar con el consentimiento libre de una criatura suya. Sólo cuando la Virgen respondió al ángel, «aquí está la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra» (*Lc* 1,38), a partir de ese momento el Verbo eterno del Padre comenzó su existencia humana. Resulta conmovedor ver cómo Dios no sólo respeta la libertad humana, sino que parece necesitarla. Y vemos también cómo el comienzo de la vida terrena del Hijo de Dios está marcado por un doble «sí» a la voluntad salvífica del Padre, el de Cristo y el de María.

Esta obediencia a Dios es la que abre las puertas del mundo a la verdad, a la salvación. En efecto, Dios nos ha creado como fruto de su amor infinito, por eso vivir conforme a su voluntad es el camino para encontrar la verdad de nuestro ser. La obediencia en la fe es la verdadera libertad que nos permite unirnos al amor de Jesús en su esfuerzo por conformarse a la voluntad del Padre.

Queridos hermanos, hoy alabamos a la Virgen Santísima por su fe y con santa Isabel le decimos también nosotros: «Bienaventurada la que ha creído» (*Lc* 1,45). Como dice san Agustín, María concibió antes a Cristo por la fe en su corazón que físicamente en su vientre; María creyó y se cumplió en ella lo que creía (cf. *Sermón* 215, 4: *PL* 38,1074). Pidamos nosotros al Señor que nos aumente la fe, que la haga activa y fecunda en el amor. Pidámosle que sepamos como ella acoger en nuestro corazón la palabra de Dios y llevarla a la práctica con docilidad y constancia.

2. María imagen y modelo de la Iglesia

La Virgen María, por su papel insustituible en el misterio de Cristo, representa la imagen y el modelo de la Iglesia. También la Iglesia, al igual que hizo la Madre de Cristo, está llamada a acoger en sí el misterio de Dios que viene a habitar en ella y a prolongar en la tierra la presencia salvífica de Dios, es decir, abrir el mundo a algo más grande que sí mismo, al amor y la luz de Dios. Vale la pena, queridos hermanos, dedicar toda la vida a Cristo, crecer cada día en su amistad y sentirse llamados a anunciar la belleza y bondad de su vida a todos los hombres, nuestros hermanos.

Así lo hacen las Hijas de la Caridad de nuestra diócesis y del mundo entero que hoy renuevan sus compromisos de pobreza, castidad y obediencia. Estos días les

tenemos muy especialmente presentes porque ellas, como otras muchas consagradas y consagrados, siguen atendiendo a personas de alto riesgo: pensemos en los usuarios de la Cocina Económica, del piso de rehabilitación de mujeres, etc... Al terminar la homilía haremos un rato de silencio uniéndonos a ellas y pidiendo la fortaleza del Señor y de Nuestra Señora la Virgen María para que sigan dándonos testimonio de cercanía a los más pobres por amor de Dios.

Queridos hermanos, ante la mirada de la Virgen en el misterio de la Anunciación pido para vosotros un nuevo vigor en la fe. Que viváis de Cristo y para Cristo. Y con las armas de la paz, el perdón y la comprensión, luchéis para construir una sociedad mejor, más digna del hombre, que refleje más la bondad de Dios. Cercana ya la Pascua, decidámonos sin miedos ni complejos a seguir a Jesús en su camino hacia la cruz. Aceptemos con paciencia y fe las contrariedades y aflicciones de momento actual con la convicción de que, en su resurrección, él ha derrotado el poder del mal que todo lo oscurece, y ha hecho amanecer un mundo nuevo, el mundo de Dios, de la luz, de la verdad y la alegría.

SERVICIOS PASTORALES

Cancillería

NOMBRAMIENTOS

CESES
20 de enero de 2020

Doña María del Pilar García Muela, como miembro del Consejo Pastoral Diocesano

23 de enero de 2020

Don Josué Fonseca Montes, como miembro del Consejo Pastoral Diocesano

6 de febrero de 2020

Rvdo. P. Pedro Sánchez Vega CP, como Vicario Parroquial de la Parroquia de San Miguel y Santa Gema.

11 de febrero de 2020

Rvdo. P. Francisco Javier González Ruis OCD, como Párroco de El Carmen y Santa Teresa.

12 de febrero de 2020

Rvdo. P. Crescencio Palomo Iglesias OP, como Vicario Judicial

Rvdo. D. Prudencio Cabrero Gómez, como Juez del Tribunal Eclesiástico Diocesano de Santander.

NOMBRAMIENTOS

9 de enero de 2020

Rvdo. D. Luis Manuel Gutiérrez González, como capellán de la Residencia San Cándido

Sr. D. Alejandro Rivas Márquez, como Presidente de la Cofradía de Ntra. Sra. de Valvanúz.

20 de enero de 2020

Sr. D. Jesús Blanco Oporto, como miembro del Consejo Pastoral Diocesano

23 de enero de 2020

Doña María Esperanza González Domínguez, como miembro de la Delegación para la protección de menores.

Don Antonio Nieto Gallego, como miembro del Consejo Pastoral Diocesano

3 de febrero de 2020

Rvdo. D. Pedro Cayón Cagigas, como Vicario Parroquial de Bádames, Secadura, San Mamés de Aras y Llánez, Nates, Rada, Padiérniga y Bueras, Carasa y Angustina, San Miguel de Aras, San Pantaleón de Aras, por un año

6 de febrero de 2020

Sr. D. Manuel María Moxo Soto, como miembro del Consejo de Asuntos económicos de la Diócesis de Santander, por cinco años

Rvdo. P. Kleber Guillermo Chacha Chamorro CP, como Vicario Parroquial de la Parroquia de San Miguel y Santa Gema, por seis años

11 de febrero de 2020

Rvdo. P. Dionisio Echebarría Goti OCD, como Párroco de El Carmen y Santa Teresa, por cuatro meses

12 de febrero de 2020

Rvdo. D. Prudencio Cabrero Gómez, como Vicario Judicial

Rvdo. D. Prudencio Cabrero Gómez, como miembro del Consejo Presbiteral

Rvdo. P. Crescencio Palomo Iglesias OP, como Juez del Tribunal Eclesiástico Diocesano de Santander.

Vida Diocesana

ACTIVIDAD DEL SR. OBISPO

ENERO

5/1/2020 Alocución con motivo de la Adoración de los S.M. Los Reyes Magos al niño Jesús en la Plaza del Ayuntamiento.

6/1/2020 Preside la Misa Estacional en la Epifanía del Señor en la S.I. Catedral de Santander.

7/1/2020 Recibe visitas. Vista enfermos

8/1/2020 Recibe visitas. Se reúne con el equipo directivo de Cáritas Diocesana.

9/1/2020 Vista las obras de la V Fase del Plan Director de la Catedral. Recibe visitas.

10/1/2020 Recibe visitas. Vistas a una comunidad de Vida Contemplativa.

11/01/2020 Preside la Eucaristía en la Iglesia de los PP. Jesuitas de Santander con motivo del 150º Aniversario del Nacimiento de la madre Genoveva Torres Morales, fundadora de las MM. Angélicas.

12/01/2020 Preside la Misa estacional en la solemnidad del Bautismo del Señor en la S.I. Catedral de Santander, bautizando a varios niños de la Unidad Pastoral.

13/01/2020 Preside la reunión permanente del Consejo de Arciprestes. Viaja a Madrid para asistir a la reunión de la Comisión Episcopal de Liturgia

14 y 15/01/2020 Asiste a las Jornadas Nacionales para Delegados de Liturgia en Madrid.

16/1/2020 Asiste al capítulo de elección de Superiora de las MM. Trinitarias en Suesa. Recibe visitas. Visita a la comunidad de religiosas Hospitalarias del Sagrado Corazón que trabajan en el Centro Hospitalario P. Benito Menni. Por la tarde recibe visitas.

17/01/2020 Recibe visitas.

18/1/2020 Preside la reunión de la permanente del Consejo Diocesano de Pastoral. Vista a la madre Federal de las Monjas de la Visitación de Sta. María (MM. Salesas) en el Monasterio de la Visitación.

19/01/2020 Preside la Eucaristía en los Votos perpetuos de Sor Ane..... Sierva de María Ministras de los enfermos en la Capilla de la Casa Provincia. Comparte el almuerzo con la Comunidad Religiosa.

20/01/2020 Preside la Eucaristía en la fiesta de S. Sebastián en la parroquia del mismo nombre en Reinosa. Por la tarde recibe a la M. Visitadora de las HH. De la Caridad de San Vicente de Paúl.

21/01/2020 Recibe visitas

22/1/2020 Preside la reunión de la Comisión de obras de la V fase del Plan director de la Catedral de Santander.

23/01/2020 Recibe visitas

24/01/2020 Preside la Eucaristía en el día de la fiesta de S. Francisco de Sales en el Monasterio de la Visitación de las MM. Salesas. Recibe visitas. Por la tarde asiste a la Charla con mitivo de la Semana por la unidad de los cristianos, en la Casa de la Iglesia.

25/01/2020 Preside la Eucaristía a los Seminaristas del Seminario Diocesano de Monte Corbán con motivo de la finalización de la tanda de ejercicios espirituales impartidos por el P. José Mª de Miguel OSST.

26/01/2020 Preside la Eucaristía en la S.I. Catedral de Santander con motivo del día de la Sta. Infancia Misionera. Por la tarde preside el encuentro de oración y festivo de la Vida Consagrada, organizado por la CONFER , en el colegio de Las Esclavas del Sagrado Corazón de Santander.

27/01/2020 Preside la reunión del Consejo de Arciprestes en el Seminario Diocesano de Monte Corbán.

28- 30/01/2020 Viaja a Roma a diferentes Congregaciones.

31/01/2020 Preside la Eucaristía en la S.I. Catedral de Santander con motivo de la celebración de los Stos. Patronos del movimiento Vida Ascendente.

FEBRERO

01/02/2020 Asiste a los actos del Parlamento de Cantabria en la conmemoración del 38º aniversario de vigencia del Estatuto. Por la tarde recibe vistas.

2/02/2020 Preside en la S.I. Catedral de Santander la Eucaristía con motivo del Día de la Vida Consagrada.

3/02/2020 Asiste a la reunión de Obispos y Vicarios de la Provincia Eclesiástica en el Seminario Diocesano de Monte Corbán.

4/02/2020 Recibe al Concejal de PRC en el Ayuntamiento de Santander D. José Mª Fuentes-Pila Estrada. Recibe visitas. Por la tarde recibe a la directiva de Fe y Vida.

5/2/2020Recibe visitas. Asiste a la presentación de la campaña de Manos Unidas Campaña contra el Hambre 2020 en la sala Casyc. Asiste en el Ateneo de Santander al acto de homenaje a D. Benito Madariaga de la Campa.

6/2/2020 Recibe visitas. Recibe al P. Provincia de los Carmelitas Descalzos P. Luis Aróstegui CD.

7/02/2020 Recibe a la directora de la Fundación CESCAN- Proyecto Hombre. Asiste en la sala Casyc a la Inauguración de la exposición Fuerzas Armadas organizada por la Delegación de Defensa. Vista a la comunidad de religiosos Carmelitas de Santander. Por la tarde preside la Eucaristía en el día del Ayuno Voluntario en la S.I. Catedral de Santander.

8/2/2020 Recibe a la presidenta de la Junta de Cofradías Penitenciales de Santander. Por la tarde preside en la parroquia de S. Ginés en Rada las Exequias por el Rvdo. D. Salustiano Gómez de la Garma (d.e.p).

10/02/2020 Preside el Plenario del Consejo Presbiteral Diocesano.

11/02/2020 Preside la permanente del Consejo de Arciprestes. Por la tarde preside la Eucaristía con enfermos en el día de la fiesta de Ntra. Sra. La Virgen de Lourdes en la S.I. Catedral de Santander.

12/02/2020 Por la mañana recibe visitas. Por la tarde comienza la Visita Canóniga a las Monjas del Monasterio de la Visitación (MM. Salesas).

13/02/2020 Recibe visitas. Por la tarde continúa la Visita Canóniga a las Monjas del Monasterio de la Visitación (MM. Salesas).

14 al 16/02/2020 Se traslada a Madrid para asistir al Congreso de Laicos 2020 “Pueblo de Dios en Salida”.

17/02/2020 Se traslada a León para asistir al homenaje del Excmo. Y Rvdmo. D. Julián López Martín(Obispo de León)

18/02/2020 Asiste a la Formación Permanente para el Clero en el Seminario de Monte Corbán.

Por la tarde recibe a la Madre General de las Religiosas del Sagrado Corazón de Jesús y de los Santos Ángeles (Angélicas).

19/02/2020 Asiste a la Formación Permanente para el Clero en el Seminario de Monte Corbán. Por la tarde visita a los miembros de la Fraternidad de los PP. Franciscanos de Santander.

20/02/2020 Asiste a la Formación Permanente para el Clero en el Seminario de Monte Corbán.

Recibe a la Sra. Alcaldesa y algún miembro de la Corporación Municipal del Excmo. Ayto. de Santander.

Por la tarde preside la elección de Priora de la Orden de la Visitación de Santa María (MM. Salesas).

21/02/2020 Asiste a la Formación Permanente para el Clero en el Seminario de Monte Corbán.

Recibe visitas

22/02/2020 Preside el Consejo Diocesano de Pastoral en el Seminario de Monte Corbán.

23/02/2020 Preside la Sta. Misa en la S.I.C.B. de Santander.

24/02/2020 Se reúne con el Sr. Presidente del Gobierno de Cantabria en la Sede de Peña Herbosa.

Recibe visitas.

25/02/2020 Recibe visitas. Por la tarde asiste a la Conferencia organizada por la Asociación Pro-Vida en el centro Casyc.

26/02/2020 Preside el Consejo de Asuntos Económicos. Por la tarde recibe a la directora del Proyecto Hombre.

Preside la Sta. Misa en imposición de la ceniza en la S.I.C.B. de Santander.

27/02/2020 Rueda de prensa para la presentación del gesto de cuaresma; Ayuna, Comparte y Ora.

Recibe al nuevo Dtor. Territorial del Banco Santander. Por la tarde rezo de vísperas y encuentro con la Comunidad de las MM. Mercedarias de Noja.

28/02/2020 Preside la reunión del Arciprestazgo de Ntra. Sra. del Carmen en las Presas para la preparación de la Visita Pastoral. Recibe Visitas.

29/02/2020 Viaja a Toledo

1/3/2020 Asiste a la toma de posesión de Mons. Francisco Cerro Chaves como Arzobispo Metropolitano de Toledo.

MARZO

2 al 6 /3/2020 Asiste en Madrid a la Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española.

7/3/2020Asiste al Encuentro con los Laicos en el Seminario de Monte Corbán.

Asiste al Encuentro de Catequista en el Seminario de Monte Corbán

8/3/2020Preside la Eucaristía en el Hospital de Sta. Clotilde en el día de la fiesta de San Juan de Dios.

9/3/2020Reunión de Vicarios. Asiste junto a la Sra. Alcaldesa a la presentación a los Medios de Comunicación del proyecto del nuevo Albergue de Peregrinos en la C/ Limón de Santander.

Saluda a los asistentes, y participa con motivo de las Jornadas Interdiocesanas de Pastoral de la Salud en el Seminario de Monte Corbán.

Por la tarde se traslada a los estudios de COPE Cantabria para una entrevista.

10/3/2020 Recibe Visitas. Por la tarde asiste a la Conferencia Organizada por la Delegación de Familia y Vida con motivo de la Semana de la Familia en la Casa de la Iglesia.

11/3/2020 Conferencia y preside la Sta. Misa con motivo de las Jornadas Interdiocesanas de Pastoral de la Salud en el Seminario de Monte Corbán.

Por la tarde asiste a la Conferencia Organizada por la Delegación de Familia y Vida con motivo de la Semana de la Familia en la Casa de la Iglesia.

12/3/2020 Por la mañana Bendice las nuevas Instalaciones (Cocina y Jardines) de la Fundación Asilo en Torrelavega.

Por la tarde asiste a la Conferencia Organizada por la Delegación de Familia y Vida con motivo de la Semana de la Familia en la Casa de la Iglesia.

Comienza el Estado de Alarma del COVID-19

Una vez comenzado el Estado de Alarma decretado por el Gobierno de España el Sr. Obispo mantiene diferentes actividades por Video-Conferencia. Preside la Sta. Misa desde la S.I. Catedral Basílica de Santander, retransmitido por Popular TV en Cantabria. A diario de lunes a sábado ha comentado el Evangelio de cada día, rezado el Ángelus, escrito cartas y grabado mensajes a sacerdotes y fieles, difundidos a través de las redes sociales

En la Paz del Señor

Rvdo. D. Bertín Gutiérrez López

Nació el 5 de septiembre de 1932 en La Puente del Valle. Estudios eclesiásticos en el seminario de Burgos. Ordenado presbítero el 17 de julio de 1955.

Las actividades pastorales realizadas han sido: Ecónomo de Arantiones y Sirviente de Quintasolmo (1955). Ecónomo de Arroyelos y Villaverde del Hito, Villaescusa de Ebro, Santa María del Hito (1956). Ecónomo San Martín de Elines, Villota y Arenillas, Villaescusa de Ebro, Santa María de Hito, Arroyuelos y Santa María de Valverde (1958). Subdelegado de Zona 1964--. Arcipreste de Valderredible (1978). Párroco de San Martín de Elines (1978) Vicario de la Vicaría Territorial Tercera (1978)-10-02. cesa de Arcipreste (1983). Cesa como Vicario Episcopal (1984). Arcipreste de Valderredible (1993). Miembro de Consejo Presbiteral (1994). Atiende San Martín de Elines, Villaescusa de Ebro, Arroyuelos y Villaverde del Hito, Santa María del Hito, Villota y Arenillas de Ebro, Ruanales, Quintanilla de Rucandio, Soto de Rucandio, y Rucandio de Bricia, Cejancas, Ruerrero y Cadalso, Repudio y Riopanero (1995). Arcipreste de Valderredible (1997). Deja Cejancas (1999). Miembro del Consejo Presbiteral y Arcipreste (1999). Deja las parroquias de Villaescusa de Ebro, Arroyuelos y Villaverde del Hito, Santa María del Hito, Villota y Arenillas de Ebro, Ruanales, Quintanilla de Rucandio, Soto de Rucandio, y Rucandio de Bricia, Ruerrero y Cadalso, Repudio y Riopanero (2012). Jubilado (2015).

Falleció el 2 de enero de 2020 en Torrelavega. Funeral el 3 de enero de 2020 en San Martín de Elines. Inhumado en el cementerio de Puente del Valle.

Rvdo. D. Salustiano Gómez de la Garma

Nació el 30 de enero de 1929 en Galdames (Vizcaya). Estudios eclesiásticos en el Seminario Monte Corbán. Ordenado presbítero el 5 de julio de 1953,

Las actividades pastorales realizadas han sido: Párroco de Rada, Padiérniga y Bueras (1953). Sirviente de Carasa (1960). Sirviente de Bueras (1961). Párroco de Carasa y Angustina (1964). Ecónomo además de Padiérniga, Bueras y Rada (1964).

Delegado de Zona y miembro del Consejo Presbiteral (1969). Arcipreste de La Bien Aparecida (1999). Miembro del Consejo Presbiteral (1999). Jubilado 2013.

Falleció el 7 de febrero de 2020 en Santander. Funeral el 8 de febrero de 2020 en Rada. Inhumado en el cementerio de Rada.

Rvdo. D. Nicanor Ibáñez Caballero

Nació el 10 de enero de 1924 de Cubillero de Lara (Burgos). Ordenado presbítero el 1 de marzo de 1947.

Las actividades realizadas han sido: Sochantre de la S.I. Catedral (1948). Administrador de Fundaciones del Obispado (1948). Profesor de Religión del Colegio Asilo San José (1948). Capellán del Sanatorio Madrazo (1950-1999). Canónigo de la S.I. Catedral (1970). Canónigo Emérito de la S.I. (2005).

Falleció el 27 de febrero de 2020 en Santander. Funeral en la S.I. Catedral de Santander el 28 de febrero de 2020. Inhumado en el cementerio de Ciriego.

Rvdo. D. Adolfo Torralbo Castillo

Nació el 31 de enero de 1926 en Isla. Estudios Eclesiásticos en el Seminario Monte Corbán. Humanidades en la Universidad de Comillas. Licenciado en Filosofía y Letras por la Universiad de Navarra. Ordenado presbítero el 22 de junio de 1952.

Las actividades realizadas han sido: cónomo de Helguera y Valles (1952). Capellán de las Carmelitas Descalzas. Director Espiritual del Instituto de Enseñanza Media de Torrelavega (1964). Coadjutor de Sierrapando (1969). Estudios en Pamplona (1971). Monje en Silos (1977). Ministerio en Tinajo-Las Palmas (1985). Párroco de Bárcena de Pie de Concha, Pie de Concha y Cobejo, y Pujayo y Media Concha (1993). Arcipreste del Arciprestazgo de Besaya (1997). Miembro del Consejo Presbiteral (1999). Miembro del Colegio de Consultores (2000). Jubilado (2005).

Falleció el 1 de mayo de 2020. Incinerado e enterrado el Isla el 3 de mayo de 2020.

Iglesia en España

CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

NOTA Y RUEDA DE PRENSA FINAL DE LA COMISIÓN PERMANENTE

La **Comisión Permanente** de la Conferencia Episcopal Española (CEE) se ha reunido en Madrid los días **28 y 29 de enero**. Con este encuentro se cierra el trienio 2017-2020. En la próxima **Asamblea Plenaria**, que tendrá lugar **del 2 al 6 de marzo de 2020**, se renovarán todos los cargos de la CEE, excepto el de secretario general. La renovación se hará conforme a los nuevos estatutos de la Conferencia Episcopal, que ya han recibido la Recognitio de la Santa Sede. Por ello, se ha estudiado en la Permanente el nuevo organigrama aprobado en la **Plenaria de noviembre de 2019**, sobre el que se realizarán las próximas elecciones.

El secretario general de la CEE, Mons. **Luis Argüello,** informa el miércoles 29 de enero en rueda de prensa sobre los trabajos realizados.

Columbarios en las Iglesias

Los obispos miembros de la Comisión Permanente han estudiado los Informes de la Junta Episcopal de Asuntos Jurídicos y del Servicio Jurídico Civil de la CEE sobre las condiciones que se requieren para construir columbarios en las Iglesias. Se ha acordado elaborar una Instrucción sobre la pastoral del acompañamiento de la muerte y la fe en la resurrección.

Congreso de Laicos 2020

También ha recibido información sobre los últimos preparativos del Congreso de Laicos "**Pueblo de Dios en salida**" que se celebrará del 14 al 16 de febrero de 2020. Este Congreso está planteado para 2.000 personas en las que estarán representadas las diócesis, movimientos y asociaciones laicales. Han trabajado previamente sobre el ***Instrumentum Laboris*** (IL) que recoge las aportaciones de 2.485 grupos, integrados por más de 37.000 personas de toda la geografía española. Los grupos han reflexionado conjuntamente y

han podido compartir ideas y propuestas en torno a la vocación y misión de los fieles laicos en el contexto de nuestra sociedad y nuestra Iglesia.

Otros temas del orden del día

Los obispos de la Comisión Permanente también han dialogado sobre la programación de la visita de una delegación de la Conferencia Episcopal Española a la sede de la **COMECE** en Bruselas. La Comisión Permanente ha decidido ofrecer esta posibilidad al ejecutivo resultante de las próximas elecciones.

Se completa el orden del día con la aprobación del temario de la próxima Asamblea Plenaria. Los obispos han recibido información sobre diversos asuntos de seguimiento, temas económicos y las actividades de las Comisiones Episcopales. Además del habitual capítulo de nombramientos.

Nombramiento de consultores de la Biblioteca de Autores Cristianos

La Comisión Permanente ha nombrado al nuevo Consejo editorial de la Biblioteca de Autores Cristianos (**BAC**). Los nombres han sido propuestos por el director de la editorial, **Jesús Pulido.**

El Consejo ha quedado constituido con los siguientes miembros, por un periodo de cuatro años:

- **D. Martín Gelabert Ballester**, sacerdote de la Orden de Predicadores. Catedrático de la Facultad de Teología de Valencia.
- **D. Armand Puig i Tàrrech**, sacerdote de la archidiócesis de Tarragona. Catedrático de la Facultad de Teología de Barcelona.
- **D. Gonzalo Tejerina Arias**, sacerdote de la Orden de San Agustín. Catedrático de Teología Fundamental de la Universidad Pontificia de Salamanca.
- **D. Gabino Uríbarri Bilbao**, sacerdote de la Compañía de Jesús. Catedrático de la Facultad de Teología de la Universidad Pontificia de Comillas.
- **D. Enrique Bonete Perales**, laico de diócesis de Salamanca. Catedrático de Filosofía Moral en la Universidad de Salamanca.

También se han aprobado los siguientes nombramientos:

- **Da. Esther Barba Parreño**, laica de la archidiócesis de Sevilla, como presidenta general del Movimiento de Acción Católica "Juventud Obrera Cristiana" (JOC).
- **D. Antonio Escolano Hernández**, laico de la diócesis de Cádiz y Ceuta, como presidente de la "Federación de Scouts Católicos de Andalucía".
- **D. David Baldoví Sánchez**, laico de la archidiócesis de Valencia, como presidente de la "Federación d'Escoltisme Valencià".
- **D. Pablo Garamendi Lecanda**, laico de la diócesis de Bilbao, como presidente de la Federación Española de Hospitalidades de Nuestra Señora de Lourdes.

CXV ASAMBLEA PLENARIA DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

DISCURSO INAUGURAL DEL CARDENAL BLÁZQUEZ

Discurso inaugural del arzobispo de Valladolid y presidente de la Conferencia Episcopal Española, cardenal **Ricardo Blázquez Pérez,** en la sesión inaugural de la Asamblea Plenaria que se celebra del 2 al 6 de marzo de 2020.

1. Saludos, recuerdos y agradecimientos

Saludo fraternalmente a los señores cardenales, arzobispos y obispos, miembros de la Conferencia Episcopal Española. Desde aquí, saludo cordialmente a los obispos eméritos, que hoy no pueden acompañarnos. Muestro mi gratitud a cuantos trabajan en la Conferencia Episcopal, sin cuya colaboración leal y competente no sería posible el cumplimiento de sus tareas pastorales. Manifiesto mi respeto y afecto a cuantos cubren la información de esta Asamblea y a los que conectan con nosotros por su mediación. A todos los aquí presentes doy la bienvenida.

Felicitamos a S. E. Mons. Francisco Cerro Chaves, nombrado arzobispo de Toledo el 27 de diciembre de 2019, que ha tomado posesión de la sede el pasado 29 de febrero de 2020, acompañado por numerosos obispos. Nos adherimos a la satisfacción de S. E. Mons. D. Vicente Juan Segura, recientemente trasladado desde la sede de Ibiza a la archidiócesis de Valencia como obispo auxiliar. Nos unimos en la oración para que el Señor los sostenga y ayude en esta nueva etapa de su ministerio episcopal.

Damos también la bienvenida a S. E. Mons. Bernardito Cleopas Auza, nombrado por el papa Francisco, el 1 de octubre de 2019, nuncio apostólico en España, que participa por vez primera en la inauguración de nuestra Asamblea Plenaria. Reciba nuestra felicitación cordial. A través de Vd., querido señor nuncio, expresamos nuestra comunión con el papa y nuestra gratitud por su servicio a la Iglesia y a la humanidad.

Saludo con afecto al Rvdo. Mons. D. Gian Luca Perici y al Rvdo. Mons. D. Daniele Liessi, consejeros de la Nunciatura Apostólica en nuestro país. Desde aquí, manifiesto nuestro agradecimiento a Mons. Michael F. Crotty, que ha sido hasta ahora consejero de la Nunciatura Apostólica y será consagrado arzobispo el próximo 21 de marzo de 2020, para tomar posesión de su nuevo cargo diplomático como nuncio apostólico en Burkina Faso.

Doy la bienvenida a los nuevos administradores diocesanos, concretamente al Rvdo. D. Vicente Ribas Prats, de la diócesis de Ibiza, así como al de la diócesis de Coria-Cáceres.

2. El don de la vocación presbiteral

El *Plan de formación sacerdotal. Normas y orientaciones para la Iglesia en España* fue aprobado, con satisfacción compartida, por la CIII Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal, reunida entre los días 1 y 5 de abril de 2019, y posteriormente recibió la *recognitio* de la Congregación para el Clero y los Seminarios, mediante decreto de 28 de noviembre de 2019.

Este *Plan*, que aplica a nuestras diócesis la *Ratio fundamentalis institutionis sacerdotalis* del 8 de diciembre de 2016, subraya la importancia de la pastoral vocacional para el sacerdocio ministerial, indispensable para la vida de la Iglesia. No queremos conformarnos con administrar la escasez; deseamos ser cauce de nuevas vocaciones a las que el Señor continúa invitando. Insiste en el cuidado del discernimiento y acompañamiento, en la formación inicial y permanente, en la salud humana y espiritual de los seminaristas y los sacerdotes, en la situación eclesial y social tan exigente que vivimos. El carácter comunitario y el sentido misionero del ministerio del futuro sacerdote impregnan todo el ca- mino de la formación del candidato en el don de sí mismo al Señor y a la Iglesia para el servicio de la humanidad, que es el contenido esencial de la caridad pastoral. La notable dimensión del documento facilita la asimilación de sus con- tenidos ricos y adecuados.

Dentro de pocos días celebraremos en nuestras diócesis el Día del Seminario, que este año, en sintonía con el nuevo *Plan de formación sacerdotal*, lleva como lema «Pastores misioneros». La dimensión misionera y evangelizadora caracterizó ya al Concilio Vaticano II, que los papas han recordado y promovido. El papa Francisco, desde el comienzo de su ministerio como obispo de Roma y sucesor de Pedro, la ha señalado como norte y faro de la Iglesia en nuestro tiempo. Acuñó la expresión

«Iglesia en salida» (cf. *Jn* 16, 28), que ha hecho fortuna. Un signo de este dinamismo evangelizador es el reciente «Congreso de Laicos. Pueblo de Dios en salida», que ha tenido lugar en Madrid entre los días 14 y 16 de febrero. Confiamos en el Señor que la generalizada satisfacción y la alegría compartida durante esos inolvidables días se traduzca también en celo apostólico y vocacional.

La *Ratio fundamentalis institutionis sacerdotalis se titula El don de la vocación presbiteral*, que pone de relieve el carácter gratuito de la vocación al ministerio sacerdotal. No somos espontáneos, sino llamados y enviados por el Señor. La penuria vocacional, que desde hace tiempo padecemos, nos impulsa a reconocer más aún cada día que toda vocación es un regalo por el que debemos diariamente pedir a Dios, que debemos recibir con gratitud, y que debe ser cultivado, acompañado y vivido como un tesoro.

Estamos convencidos de que este *Plan de formación sacerdotal* será una ayuda preciosa para formadores, seminaristas, así como para la Iglesia en su conjunto.

3. Pueblo de Dios en salida. Congreso de Laicos

En el Plan Pastoral 2016-2020 de la Conferencia Episcopal Española se expresaba la conveniencia e incluso la necesidad de llevar a cabo al final de los cinco años un Congreso Nacional de Evangelización, al que se convocaría a todo el Pueblo de Dios: obispos, presbíteros, consagrados y laicos. Pues bien, con satisfacción generalizada, este Congreso ha tenido lugar en Madrid entre los días 14 y 16 de febrero, con dos mil participantes en un ambiente gozoso y alentador.

La Conferencia Episcopal Española encomendó la organización del Congreso a la Comisión Episcopal de Apostolado Seglar, que lo ha realizado excelentemente. Fue planteado desde sus inicios, hace año y medio, como un proceso sinodal, del cual ha sido relevante el diálogo en las diócesis, movimientos y asociaciones, y no como un acontecimiento puntual. El diálogo, que es inherente a la sinodalidad, interviniendo las personas con libertad y escuchando con respeto, buscando todos los caminos de la evangelización en nuestro tiempo y en nuestro pueblo, ha sido la tónica dominante. El estilo de la comunicación ha unido bellamente la transmisión de los contenidos y la forma atractiva de expresarlos.

La reflexión en los grupos, con introducciones y experiencias, ha girado en torno a cuatro núcleos fundamentales para la evangelización: el primer anuncio, el acompañamiento, los procesos formativos y la presencia en la vida pública. Son cuatro itinerarios que se han venido diseñando en la fase precongresual, que han ocupado el centro en los trabajos del Congreso y que confiamos proseguir convertidos ya en acción en la fase post-congresual. Hemos podido constatar con sorpresa la riqueza y vitalidad que, en medio de la fragilidad, existe en nuestra Iglesia.

«Pueblo de Dios en salida» es pueblo enviado por el Señor. Todos, compartiendo la misma fe y disponibilidad apostólica, hemos experimentado el gozo de la fraterni-

dad de laicos, consagrados, presbíteros y obispos. Etapas anteriores marcadas por acentos reivindicativos y de pretensiones difíciles de conjugar han pasado ya; la experiencia de la debilidad nos ha hecho a todos más conscientes de la necesidad recíproca.

Las celebraciones bien preparadas, dignas, bellas y sencillas han sido participadas con hondura de fe convertida en escucha, canto y oración. Han sido ámbito de comunidad fraternal y de descanso en el Señor.

Queremos manifestar nuestro agradecimiento a los organizadores, a todos los participantes y a cuantos han desarrollado un servicio especial en el Congreso; también, por supuesto, a quienes han preparado las celebraciones litúrgicas y cuidado con esmero su realización.

Una exclamación ha sido repetida en muchas ocasiones, que por una parte refleja lo celebrado y por otra lo soñado:

«¡Hemos vivido un renovado Pentecostés!». ¡Que el Espíritu Santo conserve en todos el ardor apostólico, el gozo en la fraternidad y la decisión a salir a los caminos que se abren delante de nosotros!

4. Reforma de Estatutos y elecciones en la Conferencia Episcopal Española

Las conferencias episcopales son una de las más importantes y útiles instituciones creadas por el Concilio Vaticano II en el decreto *Christus Dominus* (nn. 37 y 38). Una conferencia episcopal es una asamblea formada por obispos de un determinado territorio, de España en nuestro caso, en comunión y bajo la autoridad del obispo de Roma y pastor de la Iglesia universal para ejercer conjuntamente algunas funciones pastorales respecto a los fieles de su territorio.

Los obispos españoles, que participaron en el Concilio, el mismo día en que fuera clausurado (8 de diciembre de 1965), escribieron una carta a los fieles de nuestras diócesis manifestando, entre otras cosas, la decisión de constituir enseguida la Conferencia Episcopal; y, efectivamente, a finales del mes de febrero y comienzos de marzo de 1966 fue constituida. Debemos agradecer la diligencia a quienes nos han precedido en el servicio pastoral de las diócesis, que ahora nosotros presidimos para activar la decisión conciliar. El año 2016 celebramos los cincuenta años de su erección, con memoria agradecida y con decisión apostólica para revisar lo que la experiencia con el paso del tiempo nos ha ido aconsejando en orden a su funcionamiento más adecuado y a su mayor eficacia. Esta renovación fue una propuesta importante del Plan de la Conferencia Episcopal para los años 2016-2020, que está llegando a su fin.

1. *Nuevos Estatutos de la Conferencia Episcopal*

Hace bastante tiempo, el año 1986, hubo un proyecto de reforma que no fue aprobado por la Asamblea Plenaria de los obispos. Hemos retomado la aspiración de

entonces con la convicción acrecentada de la conveniencia de reformar algunos aspectos de los Estatutos. Fue creada una Comisión *ad hoc*, que ha trabajado con inteligencia y perseverancia, en estrecha conexión con los obispos, que fuimos consultados en una encuesta amplia, y oportunamente informados de los pasos que iban dando; fue presentado y debatido el proyecto en varias sesiones de la Comisión Permanente y de la Asamblea Plenaria, y fue aprobado estatutariamente en Asamblea Plenaria.

La información, discusión y correspondiente votación de los obispos fue acompañando el íter diseñado por la Comisión creada con esta finalidad. Personalmente siento la satisfacción de comunicar cómo la discusión abierta, la comunión de los obispos y el respeto a las sugerencias indicadas en las diferentes sesiones episcopales han marcado el itinerario. Ha sido realmente una obra de "conferencia", de sinodalidad, de comunión en el ministerio episcopal. En esta oportunidad quiero agradecer la inestimable colaboración prestada por la Comisión para la reforma de los Estatutos, a la Junta Episcopal de Asuntos Jurídicos y a todos los obispos de la Conferencia Episcopal; agradecemos también a la Congregación para los Obispos que haya concedido la *recognitio* en el tiempo oportuno para proceder con los nuevos Estatutos ya en esta Asamblea Plenaria, que se caracteriza por las elecciones episcopales. Nos alegramos de que la reforma, después del itinerario cubierto, haya llegado a tiempo.

El papa Francisco ha expresado su convicción de que el estatuto de las conferencias episcopales debe avanzar en el desarrollo de sus posibilidades. No obstante, a diferencia del Sínodo de los Obispos, que ha experimentado una considerable maduración, no ha ocurrido aún con las conferencias. El Concilio las situó en la onda de las «antiguas Iglesias patriarcales» (*Lumen gentium*, n. 23). «Pero este deseo no se realizó plenamente, por cuanto todavía no se ha explicitado suficientemente un estatuto de las conferencias episcopales que las conciba como sujetos de auténtica autoridad doctrinal. Una excesiva centralización, más que ayudar, complica la vida de la Iglesia y su dinámica misionera» (*Evangelii gaudium*, n. 32). Las conferencias episcopales deben ser revisadas para ser cauce más eficaz de evangelización. La renovación es para la misión, ya que la Iglesia ha sido convocada para ser enviada. El faro del Evangelio debe guiar nuestra nave al puerto.

La reforma nunca estará definitivamente cumplida, ya que es reflejo de la situación peregrinante de la Iglesia. Somos, por ello, conscientes de que la revisión de los Estatutos, aunque ahora nos satisfacen, no son la obra perfecta y es probable que en el futuro se advertirá su limitación temporal. La Curia romana es el paradigma de nuestra revisión, pero aún no ha sido promulgada la constitución *Praedicate Evangelium.* Algunos dicasterios de la Curia, por ejemplo, «Laicos, Familia y Vida», «Clero y Seminarios», «Educación y Cultura», nos han proporcionado no solo el contenido, sino hasta la denominación de la correspondiente comisión episcopal

de nuestra Conferencia. Las delegaciones de las diócesis también se inspiran para distribuir sus tareas en los dicasterios romanos. Estamos, por supuesto, abiertos a las mejoras que aparezcan, ya que la vida de la Iglesia está sometida al paso del tiempo, con sus posibles envejecimientos o innovaciones. Otros obispos en su momento harán lo que juzguen oportuno.

- *La dimensión misionera de los Estatutos*

La dimensión misionera es fundamental en la reforma de la Curia romana y también en la reforma de los Estatutos de nuestra Conferencia Episcopal: «Sueño con una opción misionera capaz de transformarlo todo, para que las costumbres, los estilos, los horarios, el lenguaje y toda estructura eclesial se convierta en un cauce adecuado para la evangelización del mundo actual más que para la autopreservación. La reforma de estructuras que exige la conversión pastoral solo puede entenderse en este sentido: procurar que todas ellas se vuelvan más misioneras» (*Evangelii gaudium*, n. 27). La proyectada constitución apostólica *Praedicate Evangelium* afirma nítidamente de entrada: «En el contexto de la misionariedad de la Iglesia se sitúa también la reforma de la Curia romana». «Esta constitución apostólica se propone sintonizar con mayor decisión el ejercicio cotidiano de la Curia con el camino de la Iglesia en la nueva etapa de evangelización que está viviendo».

Claro indicio de la predominante perspectiva misionera es el título de la constitución apostólica que habla de la predicación del Evangelio, conectando con el comienzo de la narración evangélica y con su final (cf. *Mc* 1, 14-15; *Mt* 28, 19-20).

En medio de una sociedad y un mundo que en buena medida ha dado las espaldas a Dios, la misma constitución apostólica es una oportuna llamada a la Iglesia y a los evangalizadores sobre esta tarea fundamental e inaplazable. Recordemos las palabras del papa en el discurso a la Curia antes de Navidad (21.XII.2019): «No estamos ya en un régimen de cristianismo porque la fe –especialmente en Europa, pero incluso en gran parte de Occidente– ya no constituye un supuesto obvio de la vida en común; de hecho, frecuentemente es incluso negada, burlada, marginada, ridiculizada».

Otro signo de como destaca la clave misionera es el hecho de colocar en la reforma a la cabeza el *Dicasterio para la evangelización*, donde había precedido tradicionalmente la Congregación para la Doctrina de la Fe. La fe responde a la evangelización y la conversión al anuncio misionero, en todo momento, al inicio y cada día.

La experiencia, ya más que cincuentenaria de la Conferencia Episcopal Española, avala las indicaciones que la carta apostólica *Apostolos suos* del papa Juan Pablo II, escrita en 1998, sugiere como ayudas que pueden cumplir la acción conjunta de los obispos: «La promoción y tutela de la fe y las costumbres, la traducción de los libros litúrgicos, la promoción y formación de las vocaciones sacerdotales, la elaboración de los materiales para la catequesis, la promoción y tutela de las universida-

des católicas y de otras instituciones educativas, el compromiso ecuménico, las relaciones con las autoridades civiles, la defensa de la vida humana, de la paz, de los derechos, la promoción de la justicia social, el uso de los medios de comunicación» (*Apostolos suos*, n. 15). A la vista del servicio múltiple que la Conferencia Episcopal ha prestado a los obispos, podemos imaginar qué desguarnecidos hubiéramos estado sin esta preciosa colaboración; habría sido insuficiente la Junta de Metropolitanos, que se disolvió el mismo día en que fue constituida la Conferencia Episcopal, pasando de presidir la Junta de Metropolitanos el arzobispo de Toledo, Cardenal E. Plá y Deniel, a presidir la Conferencia Episcopal el arzobispo de Santiago de Compostela, cardenal F. Quiroga Palacios.

- *Organización de la Conferencia Episcopal*

Las 10 comisiones episcopales, en que ahora con los Estatutos renovados se articulan especialmente las funciones de la Conferencia Episcopal, sin establecer compartimentos estancos, ya que unas tareas confinan con otras, se estructuran con dos claves. Por una parte, ocupan el espacio mayor las comisiones dedicadas a actividades a través de las cuales la Iglesia vive y cumple su misión; y, por otra, a las personas, que han recibido de Dios vocaciones diversas para desempeñar en la Iglesia diferentes servicios y ministerios, se dedican algunas comisiones.

El Concilio Vaticano II enseñó de manera constante lo que implica la incorporación a Jesucristo, Profeta, Sacerdote y Rey, por el bautismo y el sacramento del orden. Jesucristo, «pontífice de la alianza nueva y eterna por la unción del Espíritu Santo, no solo confiere el honor del sacerdocio real a todo su pueblo santo, sino que también, con amor de hermano, elige a hombres de este pueblo para que, por la imposición de las manos, participen de su sagrada misión» (*Prefacio de ordenación*).

El triple ministerio, profético, sacerdotal y real corresponde a las tres realidades fundamentales y a su correspondiente servicio en la Iglesia: Palabra de Dios, sacramentos y caridad. La constitución sobre la Iglesia, que es como el eje vertebrador de los documentos del Concilio, desarrolla en su capítulo II cómo el Pueblo de Dios es profético, sacerdotal y real (nn. 10-13); en el capítulo III enseña cómo el ministerio de los obispos, de los presbíteros y de los diáconos, con la especificidad de cada uno, es profético, sacerdotal y real [sobre los obispos en los números 25-27; sobre los presbíteros (en el 28) y sobre los diáconos «que sirven al Pueblo de Dios en el ministerio de la liturgia, de la palabra y de la caridad» (en el 29)]. De modo semejante en el capítulo IV dedicado a los laicos se explicita su dignidad y misión en cuanto partícipes de la triple condición de Jesucristo (nn. 34-36).

Las comisiones episcopales tienen, según los Estatutos, la encomienda de ayudar a los obispos y por su medio a las diócesis y a la Iglesia entera. Su misión es el anuncio y la enseñanza de la Palabra de Dios, la celebración de los sacramentos y el

ejercicio de la caridad por medio de servicios caritativos y sociales, que el hombre concreto y todos los hombres necesiten. Las tres vías están estrechamente unidas e interaccionan entre sí. Deseo recordar la preciosa colaboración que proporcionan otros organismos y servicios a la Conferencia Episcopal, que regulan también los Estatutos a veces con bastante novedad.

Me permito descender a tres comisiones episcopales, que prestan una ayuda inestimable a los obispos y a las diócesis.

La Comisión para la Doctrina de la Fe custodia y promueve la fe cristiana; en el nuevo organigrama se le encomiendan también las Relaciones Interconfesionales y el Diálogo Interreligioso. El ecumenismo, con lo que implica, la comunión en la verdad y el amor, la búsqueda de la unidad plena y visible de todos los cristianos y las Iglesias, la profundización a través de las comisiones internacionales para el diálogo teológico entre la Iglesia católica y otras Iglesias, entran plenamente en la Comisión para la Doctrina de la Fe. La fe cristiana, eclesialmente profesada y enseñada, preside sus trabajos.

Así como en los tiempos en que presidió el cardenal J. Ratzinger la Congregación para la Doctrina de la Fe se acentuó expresamente junto a la función de la tutela de la fe la promoción de la misma, así puede nuestra comisión episcopal incorporar hoy el diálogo interreligioso. Con la ayuda de los teólogos (recordemos que la Comisión Teológica Internacional y la Pontificia Comisión Bíblica están integradas en la Congregación de Roma) también puede ayudarnos la Comisión en el diálogo interreligioso, en relación con la indiferencia, la increencia y el ateísmo. Esta ampliación del cometido confiado a la Comisión Episcopal para la Doctrina de la Fe tiene una perspectiva también misionera, ya que el eclipse de Dios, o, en palabras de Benedicto XVI, la fe en Dios «desaparece del horizonte cultural de los hombres» en vastas zonas del mundo, y la secularización incesante y cada vez más profunda de nuestra sociedad nos plantea a todos un reto básico que no podemos rehuir. La Comisión Episcopal para la Doctrina de la Fe, con estas ampliaciones progresivas en la línea de la evangelización, nos ofrece un servicio que requiere dedicación particular en nuestro tiempo. En todo caso la Comisión propondrá cómo articular los diversos servicios que se le confían.

La fe cristiana se prolonga en la oración; y la oración es como el aliento de la fe (R. Guardini). Iglesia en oración es ante todo la asamblea reunida para el culto y la piedad litúrgica; y también con otro alcance en la piedad popular. Son dos formas cristianas de oración y dos asambleas eclesiales, que durante algunos años en la primera fase de recepción del Concilio no estuvieron bien avenidas, pero desde hace tiempo se refuerzan recíprocamente: «En la piedad popular, por ser fruto del Evangelio inculturado, subyace una fuerza activamente evangelizadora que no podemos menos de apreciar: sería desconocer la obra del Espíritu Santo» (*Evangelii gaudium*, n. 126). Si la liturgia es lugar teológico por excelencia y testimonio de la

misma fe, de la piedad popular se puede afirmar que es también «*lugar teológico* al que debemos prestar atención, particularmente a la hora de pensar la nueva evangelización» (*ibíd*.).

La caridad forma parte del trípode de la vida de la Iglesia junto con la fe y los sacramentos. Mutuamente se interaccionan y autentifican en su condición cristiana. En la Comisión Episcopal para la Pastoral Social y Promoción Humana confluyen diversos organismos de los anteriores Estatutos. La convergencia y la concentración han sido criterios orientadores en la nueva organización estatutaria, que la práctica de la Comisión irá poco a poco integrando. La caridad, el amor cristiano, es seguimiento de Jesús, su imitación con el poder del Espíritu y síntesis de la vida nueva en Cristo (cf. *Rom* 13, 8-10). La caridad es signo distintivo del discípulo de Jesús (cf. *Jn* 13, 34-35; 17, 21) y característica de la comunidad cristiana (cf. *Hch* 2, 42-47). Los hombres padecen desde siempre algunas necesidades y otras emergen como un clamor en situaciones particulares. La caridad cristiana tiene también capacidad inventiva para responder con genuino espíritu evangélico a las necesidades nuevas. El buen samaritano se acerca a toda persona tirada en el camino; aunque tuviera en sus proyectos otras tareas, ceden estas porque alguien de improviso le necesita. La historia es testigo de cuántas iniciativas caritativo-sociales han surgido y tomado cuerpo en la vida de la Iglesia.

- *Criterios de la reforma y cambios concretos*

La reforma de Estatutos, que se ha llevado a cabo y de la que se beneficia la actual Asamblea Plenaria en que ocupan un lugar destacado las elecciones para casi todos los cargos, ha sido guiada por varios criterios que hemos venido percibiendo con mayor claridad. Hemos preferido concentrar evitando la dispersión en numerosos organismos; desde el centro se
ilumina mejor el resto y recibe su proporción en el conjunto. Hemos optado por la simplificación, que no equivale a empobrecimiento, sino a intento de responder a lo fundamental. Con esta renovación de Estatutos sintonizamos más estrechamente con la Reforma de la Curia romana y con sus claves misionera y sinodal. Se pretende agilizar el funcionamiento para que no quedemos como atrapados en cuestiones secundarias; con los cambios introducidos esperamos que se gane en eficacia y en atención a lo principal.

La distinta duración de los mandatos induce obviamente la diferente periodicidad de las elecciones en la Conferencia Episcopal. Como es sabido la duración del secretario general es de cinco años que continúa así después de la renovación de los Estatutos para que no coincidan temporalmente los cambios de presidente y secretario. Hemos pasado de una duración generalizada de tres años a cuatro. La experiencia nos ha ido reiteradamente mostrando que no era oportuna ni una duración larga ni una duración corta. Para el correcto funcionamiento los tiempos cuentan también. La duración larga, y no digamos si repetida por mandatos sucesivos, pue-

de convertirse en rutina y esta en insuficiente empeño. No es oportuno que haya descarga de responsabilidades en las mismas personas ni desproporción entre el tiempo de información y aprendizaje de modo que cuando uno concluya el mandato sea cuando puede estar en mejores condiciones para un trabajo más eficaz. La duración de cuatro años se ha aplicado también a las subcomisiones, que era un deseo muchas veces expresado, para evitar que la misma persona ocupara indefinidamente una responsabilidad.

Me refiero ahora a otro cambio que, respondiendo al sentir compartido de los obispos, se ha asumido y dado cauce. La Asamblea Plenaria es el órgano supremo de la Conferencia Episcopal; ella está capacitada para decidir conjuntamente lo que más convenga en la acción pastoral de las diócesis. Todos los obispos se encuentran como hermanos en el ministerio para intervenir con libertad y para escuchar no solo con atención, sino también con receptividad. La sinodalidad exige también una comunicación entre los participantes con franqueza y humildad; el diálogo es inherente a la sinodalidad, dije arriba y ahora reitero. La experiencia acredita que, cuando en la Asamblea se plantean cuestiones importantes de la acción pastoral, se desencadena entonces una larga lista de solicitudes para intervenir, y todos nos sentimos gratamente inmersos en el cumplimiento de nuestra responsabilidad pastoral. Cuando se someten a consideración de la Asamblea cuestiones mayores se anima el diálogo, se multiplican las intervenciones y se abre la oportunidad de contribuir entre todos a la clarificación de los temas y a su maduración en orden a adoptar las decisiones pertinentes. A estas cuestiones se debe dedicar preferentemente el tiempo disponible sin cederlo a otras que, aunque sean urgentes, pueden dilucidarse adecuadamente en otros organismos de la Conferencia Episcopal. Con acierto se ha introducido la siguiente precisión:

«Otros asuntos, de carácter meramente administrativo o de menor importancia, deberán ser resueltos por la Comisión Permanente o por la Comisión Ejecutiva» (art. 8, 3).

La incorporación de la representatividad territorial ha sido un criterio decisivo de la reforma. Esta aspiración era manifiesta desde hace tiempo. Necesitamos cuidar no solo el ejercicio de las funciones a través de las comisiones episcopales y de los presidentes que las representan en la Comisión Permanente, sino también la comunión eclesial de provincias eclesiásticas, representadas por los metropolitanos. Hasta ahora era una presencia casi residual, es decir, si no había un obispo en la Comisión Permanente de tal provincia eclesiástica se designaba a alguien, preferentemente al arzobispo metropolitano. Con este cambio, y lo que lleva consigo, estarán más presentes las cuestiones pastorales que conciernen de modo particular al conjunto de obispos que forman una provincia, al tiempo que se ofrece la oportunidad para que la comunión y comunicación eclesiales, entre Asamblea Plenaria y provincias eclesiásticas, sean más fluidas y efectivas. Este es el texto de los Estatu-

tos: «Todos los metropolitanos, cualquiera que sea el título por el que pertenecen a la Comisión Permanente, representan en ella a su provincia eclesiástica, y deben hacer llegar las peticiones, deseos e inquietudes de sus sufragáneos, exponiendo las conclusiones a que haya llegado previamente su provincia en los distintos temas» (art. 17, 2).

Según afirman los Estatutos, «la Asamblea tomará sus decisiones por votación secreta» (art. 11, 1). De esta forma se garantiza mejor la libertad de cada votante. Esta libertad, además de respetar cuidadosamente las convicciones personales de los participantes, refleja la responsabilidad ante Dios de cada obispo a quien se ha encomendado el servicio pastoral de su diócesis. Persona y comunidad, personalidad y comunión eclesial deben armonizarse. Por esto, el afecto colegial comporta también la preocupación por todas las Iglesias, y de manera particular por las diócesis que forman parte del territorio de la Conferencia Episcopal.

La presente Asamblea Plenaria se caracteriza por la designación de casi todos los cargos de la Conferencia. Ahora bien, las elecciones no son un reparto del poder, sino una distribución de las colaboraciones para contribuir lo más adecuadamente posible al sentido mismo de la Conferencia Episcopal y la misión que ha recibido en su misma constitución. Las elecciones no son oportunidad de acumular prestigio, sino ocasión para mostrar disponibilidad al servicio. Somos conscientes de que entre todos, con generoso reconocimiento mutuo, llevamos adelante solidariamente las tareas encomendadas. ¡Que seamos buenos administradores de la multiforme gracia de Dios, poniéndola al servicio de los demás! (1 *Pe* 4, 10).

Al concluir estas palabras, con las que termino también el encargo que me otorgaron los obispos para presidir la Conferencia Episcopal, deseo expresar a Vds., señores obispos, mi gratitud por la confianza que me han manifestado. ¡Muchas gracias!

DISCURSO DEL SR. NUNCIO APOSTÓLICO

Eminentísimo Señor Cardenal Presidente,
Eminentísimos Señores Cardenales,
Excelentísimos Señores Arzobispos y Obispos,
Señoras y Señores:

Al comenzar los trabajos de la CXV Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española, me es muy grata esta significativa oportunidad de saludarles como representante del Santo Padre en España. Ya he tenido ocasión de hacerlo personalmente con algunos de los miembros de esta Asamblea, pero ahora puedo dirigirme a todos juntos con sentimientos de gratitud y de comunión eclesial, pues el Nuncio, por su Representación, fomenta los *"vínculos de unidad que existen entre la Se-*

de Apostólica y las Iglesias particulares" aquí representadas. Gracias pues por la acogida, fraterna y calurosa, de cada miembro de este episcopado, signo del afecto que albergan hacia el Sucesor de Pedro, y por las oraciones que, con ocasión de mi incorporación, habéis elevado al Señor con vuestras comunidades. Tendré siempre también los gratos recuerdos del comienzo de misión por parte de Su Majestad el Rey, y las autoridades del Estado.

Con la seguridad de vuestra confianza, siento de verdad esta cercanía de corazón que me posibilita ejercer la función para la que he sido enviado por el Santo Padre a España, y a la que correspondo también con la obligada de mi parte de consejo y colaboración, a favor de la unidad. En mi reciente encuentro con el Santo Padre, el pasado día 7 de febrero, el Papa Francisco, sabiendo ya de la proximidad de estas fechas, afectuoso me ha encargado hacerles llegar un especial saludo en su nombre que, con estas palabras, tengo el honor ahora de transmitirles.

Al tomar contacto con esta Conferencia Episcopal, tengo motivos para felicitarles por tantas cosas. En primer lugar, les felicito estimando el trabajo realizado en la confección de los nuevos Estatutos que ya gozan de la *recognitio* de la Santa Sede con fecha del 3 de diciembre de 2019. Aprecio la labor impulsada bajo las directrices del Santo Padre, buscando con empeño una profunda evangelización que se realiza caminando juntos laicos y pastores. En este sentido, les felicito también por el exitoso Congreso para los Laicos del pasado mes de febrero y que ustedes tienen en programa valorar. Fue para mí un gozo la ocasión de animar a los laicos con las palabras del Papa a no tener *"miedo de patear las calles, de entrar en cada rincón de la sociedad, de llegar hasta los límites de la ciudad, de tocar las heridas de nuestra gente... esta es la Iglesia de Dios, que se arremanga para salir al encuentro del otro... Que el mandato del Señor resuene siempre en ustedes: «Vayan y prediquen el Evangelio»* (Mt 28,19).

Esta *sinodalidad* se prepara desde las instancias de vuestra *colegialidad*. Esta necesita vivirse desde lo que el Papa llama *"la mística del vivir juntos"* (*Evangelii Gaudium*, n. 87), desde la que puede valorarse el ejercicio conjunto del ministerio episcopal en relación con aquellos problemas que, afectando a todas las comunidades diocesanas, necesitan ser abordadas con criterios e iniciativas comunes. En este campo entra la dimensión social de la evangelización, atendiendo a los necesitados y vulnerables (Cf. nº 136-258), y en el logro de una *"cultura del encuentro"* (Cf. nº 220) que el Papa siempre desea entorno a los temas del *pleno desarrollo humano*, del *bien común* y de la *paz social*.

Como bien ha dicho el Sr. Obispo Secretario General, en la sociedad no buscamos privilegios, pero tampoco aceptamos discriminación, y en estos aspectos que tanto importan al bien de todos, siempre cabe el encuentro para dialogar, por parte de esta Conferencia, con el Estado y con todas aquellas instituciones en las que se procura y decide el bien común. La Iglesia, allí donde se encuentra, lo único que

pretende es un espacio que garantice su libertad de exponer y vivir el Evangelio. Esta acción reclama hoy la forma de ejercer coordinadamente el ministerio episcopal con relación a los problemas pastorales que afectan al conjunto de las iglesias particulares de España, *"promoviendo la vida de la Iglesia, fortaleciendo su misión evangelizadora y respondiendo de forma más eficaz al mayor bien que la Iglesia debe procurar a los hombres"* (Estatutos, Cap. I, Art. 1).

Un evento reciente, que no quiero dejar pasar, es el acontecimiento del encuentro, entre los días del 3 al 6 de octubre, de los Presidentes de las Conferencias Episcopales Europeas en Compostela, junto al Sepulcro del Apóstol Santiago, meta de los caminos de una Europa que busca el espíritu que la construyó. Identificando los signos de esperanza que la Iglesia encuentra en el momento presente en Europa, el Papa ha subrayado en su mensaje la realidad *"[d]el compromiso en el campo cultural, especialmente en la educación de los más jóvenes, que son el futuro de Europa.... Y el antídoto más grande para las tendencias de nuestro tiempo, pleno de laceraciones y oposiciones, la caridad intrépida "fruto de la fe en el Señor resucitado"*. Asimismo, el Papa ha llamado al trabajo en la fidelidad "*al Señor y a las propias raíces...por un nuevo humanismo europeo, capaz de dialogar, integrar y de generar, valorizando... la defensa de la vida y de la dignidad humana, la promoción de la familia y el respeto de los derechos fundamentales de la persona. A través de este compromiso, Europa podrá crecer como una familia de pueblos, tierra de paz y de esperanza"*.

Como en ese encuentro en Santiago, también ustedes tendrán un momento en el programa para la atención pastoral ante los abusos de menores y personas vulnerables. Agradezco a las Diócesis y Provincias eclesiásticas que ya han reglado su acción, instituyendo servicios de acuerdo con las normas emanadas por el Santo Padre en el Motu Proprio *"Vos estis lux mundi"* del pasado 7 de mayo de 2019, y animo vivamente a terminar esta sensible actuación en todo el territorio nacional, con ese espíritu con el que el Santo Padre ha dicho – en este caso sobre los esfuerzos en la prevención de los abusos – que se trata de un ***"acto de amor, un acto de amor muy grande****. Sigan adelante"* (Videomensaje al CEPROME, 22/02/2020).

Y, como ustedes ya saben, hace unos días, el 28 de febrero pasado, el Santo Padre ha instituido un Grupo de trabajo operativo (*task force*) para asistir a las Conferencias episcopales, a los Institutos religiosos y a las Sociedades de Vida apostólica en la preparación y actualización de las líneas guía en materia de la protección de los menores y adultos vulnerables.

Ahora, al cerrar mi intervención, cumplo el grato deber de expresar el reconocimiento a la tarea prestada por el Sr. Cardenal Ricardo Blázquez como Presidente de la Conferencia Episcopal Española. Eminencia, usted ha merecido la gran confianza que los Obispos han puesto en usted para ocupar esta grave responsabilidad, una confianza che los hermanos Obispos han mostrado en elegirle tres veces como Presidente. Gracias, Don Ricardo, por su actitud pronta, ecuánime y dialogante en

el cumplimiento de su servicio de representación de la Conferencia Episcopal y de la Iglesia ante las Autoridades civiles y la sociedad en general.

Por último, les aseguro mi oración encomendando al Señor la renovación de cargos de la Conferencia, particularmente la elección de su nuevo Presidente que, según los nuevos estatutos, permanecerá cuatro años al frente de esta Conferencia, tiempo en el que, a la representación que le corresponde, se le une la circunstancia de la puesta en marcha de los pasos de reforma de la Conferencia Episcopal según dichas normas.

Que por intercesión de la Virgen María, Madre de la Iglesia, a quien invocamos con confianza filial, los propósitos y trabajos que ahora inauguran, contribuyan avivir en plenitud el Evangelio como itinerario que da sentido a la existencia, en la familia, en el trabajo y en la sociedad española.

Muchas gracias.

ORIENTACIONES DE LA COMISIÓN EJECUTIVA ANTE EL CORONAVIRUS COVID-19

En tiempos de tribulación el Señor sigue presente y nos acompaña con palabras de ánimo al mismo tiempo que nos envía a cuidar y alentar a quienes nos rodean. Constantemente nos saluda: “paz a vosotros”.

1.- Preocupación y responsabilidad

La emergencia sanitaria que estamos sufriendo con el coronavirus Covid-19, pone en primer plano la preocupación máxima por la gravedad de la situación creada en todos los lugares y actividades, que sigue experimentando un crecimiento exponencial.

Junto a esta razonable preocupación, deseamos indicar las medidas necesarias, algunas de carácter extraordinario, siguiendo los consejos y las decisiones que desde el Gobierno, el ministerio de Sanidad y las comunidades autonómicas se están indicando. Agradecemos la entrega generosa de tantas personas que están ayudando en esta crisis, cada cual desde su responsabilidad.

Como cristianos, queremos vivir estos momentos con toda nuestra responsabilidad ciudadana, con la solidaridad fraterna hacia las personas afectadas, y con la confianza en el Señor que en tiempos de prueba nunca nos deja de su mano, sino que sostiene nuestra esperanza y nos invita a la conversión.

Esta situación global es signo también de los vínculos que nos unen y que fundan la llamada a la solidaridad en el cuidado a las personas más débiles y necesitadas de ayuda, enfermos mayores y solos.

También hemos de disponernos a un nuevo y exigente ejercicio de fraterna solidaridad ante las consecuencias económicas y sociales que se temen como consecuencia de este problema global. Este momento de gran necesidad puede ser, esperamos, ocasión para fortalecer, entre todos, la solidaridad y el trabajo en favor de un objetivo común.

2.- Caridad activa para no exponernos al contagio ni ser cauce del contagio a otros.

Las medidas que hemos de estar dispuestos a poner en práctica han de ayudarnos a no contraer la enfermedad y así no ser la causa de que otros cercanos a nosotros se contagien. Por ello estamos llamados a realizar esfuerzos y renuncias aunque resulten dolorosas. Especialmente los jóvenes están llamados a colaborar y dar testimonio de fraternidad.

Por ello, hacemos un llamamiento a seguir las indicaciones de los responsables de la salud para evitar el avance acelerado de la enfermedad con las medidas higiénicas y evitando contactos que faciliten el contagio. Estas recomendaciones estarán vigentes hasta que lo determinen las autoridades sanitarias y se pueden resumir en:

"Aplicar medidas higiénicas como el lavado de manos frecuente con agua y jabón o con solución hidro alcohólica, taparse al toser con pañuelo desechable inmediatamente o en el pliegue del codo, así como la limpieza de superficies que hubieran podido ser salpicadas con tos o estornudos.

En cualquier caso, se recomienda evitar lugares concurridos en los que no sea posible mantener la distancia de seguridad interpersonal de, al menos, un metro.

Se recomienda salir de casa lo menos posible.

3.- Medidas en relación a la catequesis, actividades formativas y celebración de la Iglesia

Se deben suspender las catequesis presenciales. Es importante animar a continuar la catequesis en familia para lo cual las parroquias han de ofrecer orientaciones y recursos. También se suspenden las charlas, encuentros formativos, actos de devoción, conciertos, conferencias o eventos de carácter similar en templos y dependencias diocesanas.

Mientras dure esta situación de emergencia recomendamos seguir la celebración de la Eucaristía en familia por los medios de comunicación. Debido a su vulnerabilidad, es aconsejable que las personas con enfermedades crónicas, ancianas, debilitadas o con riesgo potencial, y quienes conviven con ellas, se abstengan de acudir a la celebración de la Eucaristía. A todos se nos está recomendando salir de casa lo menos posible.

Las celebraciones habituales de la Eucaristía pueden mantenerse con la sola presencia del sacerdote y un posible pequeño grupo convocado por el celebrante. En caso de celebraciones abiertas al pueblo recomendamos evitar la concentración de personas, siguiendo las instrucciones citadas en el apartado 2. Durante este tiempo cada Obispo puede dispensar del precepto dominical a quienes no participen presencialmente en la Eucaristía por estos motivos.

Con respecto a la celebración de funerales y exequias, se recomienda que participen únicamente los familiares y personas más allegadas manteniendo las mismas prevenciones que en los apartados anteriores. Pospónganse en la medida de lo posible las demás celebraciones. Las procesiones de este tiempo han de suprimirse.

De manera extraordinaria, se recomienda recibir la comunión en la mano. Los celebrantes y quienes distribuyen la comunión y preparan los objetos litúrgicos deben extremar el cuidado en la desinfección de las manos. Debe de omitirse el rito de la paz o expresarse en un gesto que evite el contacto físico.

El sacramento del perdón podría celebrarse en espacios o ámbitos que aseguren la intimidad y la distancia de seguridad recomendada por las autoridades sanitarias. Los presbíteros estamos llamados a ofrecer medios para preparar la celebración en casa, tiempo y espacios adecuados para ofrecer la Misericordia a quien la solicite en este singular tiempo cuaresmal.

4.- Unidos en la oración. Tiempo de creatividad espiritual y pastoral

Más que nunca hemos de abrirnos a contemplar el Misterio desvelado en la Cruz gloriosa de Jesucristo. Las medidas presentes y futuras nos obligan a mantener distancias. Cultivemos la cercanía de la oración. Oremos unos por otros, por quienes están padeciendo la enfermedad, por sus familiares y amigos, por el personal sanitario, así como por quienes trabajan por la contención en la propagación del virus.

Esta situación nos convoca a una creatividad pastoral para ayudarnos unos a otros a vivir la Cuaresma y la Semana Santa de una manera nueva. Los pastores somos especialmente convocados a una nueva entrega y creatividad en la manera de acompañar al Pueblo de Dios. Como ha dicho hoy el Papa Francisco: “Que el Pueblo de Dios se sienta acompañado por los pastores y el consuelo de la Palabra de Dios, los sacramentos y la oración”.

En este itinerario cuaresmal, carente de algunos signos litúrgicos comunitarios y de las expresiones de la devoción popular en la calle, estamos llamados a un camino aún más arraigado en lo que sostiene la vida espiritual: la oración, el ayuno y la caridad. Que los esfuerzos realizados para contener la propagación del coronavirus se acompañen del compromiso de cada fiel para el bien mayor: el cuidado de la vida, la derrota del miedo, el triunfo de la esperanza.

Los templos pueden permanecer abiertos para la oración personal e invocar al Señor los dones de la sabiduría y fortaleza para vivir este momento.

5.- Colaboración y revisión de criterios

Mostramos nuestra disposición a colaborar responsablemente en todo lo necesario para el control de esta pandemia atendiendo a las indicaciones de las autoridades sanitarias, especialmente la concreción del estado de alarma, por lo que estos criterios podrán ser actualizados en la medida en que evolucionen los acontecimientos y surjan nuevas medidas por parte de las Administraciones públicas.

Esta es una circunstancia en la que elevar nuestra mirada al Señor desde la fragilidad de nuestra humana condición recordada el Miércoles de ceniza. En este inesperado desierto que atravesamos, se despertará una mirada a Dios y una mayor acogida y solicitud por los hermanos, especialmente por los enfermos y los más faltos de alegría y confianza.

En la oración de Laudes y Vísperas, así como en las preces de la Santa Misa, se eleven oraciones al Señor y al cuidado de la Santísima Virgen, para que nos sostengan en la esperanza a todos, alivien a los que sufren las consecuencias de este virus, mientras encomendamos al buen Dios a los fallecidos, pidiendo para ellos el eterno descanso.

Hagamos nuestra la oración que el Papa Francisco nos invita a rezar en estos momentos:

"Ayúdanos, Madre del Divino Amor, a conformarnos con la voluntad del Padre y a hacer lo que nos diga Jesús, quien ha tomado sobre sí nuestros sufrimientos y ha cargado nuestros dolores para conducirnos, a través de la cruz, a la alegría de la resurrección. Bajo tu amparo nos acogemos, Santa Madre de Dios. No desoigas nuestras súplicas, que estamos en la prueba, y líbranos de todo peligro, oh Virgen gloriosa y bendita".

Comisión Ejecutiva de la Conferencia Episcopal Española

Madrid, 13 de marzo, viernes de Cuaresma de 2020

NOTA DE LA COMISIÓN EJECUTIVA ANTE EL INICIO DE LA SALIDA DEL CONFINAMIENTO

La Comisión Ejecutiva de la Conferencia Episcopal Española quiere expresar al Pueblo de Dios y a toda la sociedad española:

1. Nos alegra y damos gracias a Dios, de que la enfermedad vaya siendo controlada y pueda iniciarse, aún con reservas y precauciones, la recuperación de las actividades habituales de nuestra vida común. Tras este tiempo de dolor y sufrimiento a causa del fallecimiento de seres queridos y de los graves problemas sanitarios, sociales, económicos y laborales, hemos de afrontar esta situación con esperanza, fomentando la comunión y sintiéndonos llamados a ejercer la caridad personal, política y social.

2. Compartimos el dolor de miles de familias ante los fallecimientos causados por esta pandemia. Hemos orado por su eterno descanso y por el consuelo de familiares y amigos; queremos expresar nuestro deseo de celebrar en las próximas semanas las exequias con quienes lo soliciten en cada parroquia, y, más adelante, en una celebración diocesana para manifestar la esperanza que nos ofrece el Resucitado.

3. Agradecemos de nuevo el trabajo realizado con generosa entrega por tantas personas de los servicios sanitarios y de numerosas actividades que hacen posible la vida cotidiana en nuestra sociedad. De forma especial, reconocemos la disponibilidad y el servicio de los sacerdotes, consagrados y laicos en estas semanas.

4. Continuaremos impulsando con las personas que se ven afectadas por la crisis económica y social, el trabajo de Cáritas y de otras instituciones eclesiales para paliar estas consecuencias de la pandemia. Ofrecemos los principios de la Doctrina Social de la Iglesia y la acción de los católicos en la reconstrucción de la vida social y económica, siguiendo el “plan para resucitar” del papa Francisco.

5. Después de semanas sin expresar comunitariamente nuestra fe en templos y locales parroquiales, queremos recuperar progresivamente la normalidad de la vida eclesial. En esta fase de transición, mantenemos la propuesta de dispensar del precepto de participar en la Misa dominical y sugerimos a personas de riesgo, mayores y enfermos, que consideren la posibilidad de quedarse en casa y sigan las celebraciones por los medios de comunicación. Pedimos a los sacerdotes y colaboradores que hagan un esfuerzo por facilitar la celebración y la oración, cuidando las medidas organizativas e higiénicas. Las personas que acudan a la iglesia para

las celebraciones o para oración personal, deben hacerlo siguiendo las pautas y recomendaciones que unimos a esta nota, siempre a expensas de las normas de las autoridades sanitarias.

6. Instamos a las autoridades de las diversas administraciones públicas, a los partidos políticos y organizaciones empresariales y sindicales, a otras asociaciones e instituciones, así como a todos los ciudadanos, al acuerdo y colaboración en favor del bien común. Todos estamos llamados a ser responsables en la convivencia para evitar en lo posible la expansión de la enfermedad y ayudar a los pobres y a quienes más padezcan las consecuencias de esta pandemia.

7. Nos unimos en la oración común que afianza la fraternidad, suplicamos la gracia del Señor y la luz del Espíritu Santo para discernir lo que Dios nos quiere decir en esta circunstancia; pedimos especialmente por los investigadores a fin de que alcancen un remedio a la pandemia. Nos ponemos bajo la protección materna de la Inmaculada patrona de España.

Madrid, 29 de abril de 2020

MEDIDAS DE PREVENCIÓN PARA LA CELEBRACIÓN DEL CULTO PÚBLICO EN LOS TEMPLOS CATÓLICOS DURANTE LA DESESCALADA DE LAS MEDIDAS RESTRICTIVAS EN TIEMPO DE PANDEMIA

El coronavirus continúa propagándose por España. Dada la grave responsabilidad que supone, para todos, prevenir el contagio de la enfermedad, proponemos estas disposiciones, aconsejando máxima prudencia en su aplicación que cada Diócesis habrá de concretar. Será necesaria una evaluación continuada que permita valorar su puesta en práctica y modificación en las situaciones que sea necesario, teniendo en cuenta lo que la autoridad sanitaria disponga en cada momento.

1. Fases de aplicación

Fase 0: Mantenemos la situación actual. Culto sin pueblo. Atención religiosa personalizada poniendo atención especial a los que han perdido a seres queridos. Preparamos en cada diócesis y parroquias las fases siguientes.

Fase 1: Se permite la asistencia grupal, pero no masiva, a los templos sin superar el tercio del aforo, con eucaristías dominicales y diarias. Quizá con preferencia al acompañamiento de las familias en su duelo.

Fase 2: Restablecimiento de los servicios ordinarios y grupales de la acción pastoral con los criterios organizativos y sanitarios –mitad del aforo, higiene, distancia– y medidas que se refieren a continuación.

Fase 3: Vida pastoral ordinaria que tenga en cuenta las medidas necesarias hasta que haya una solución médica a la enfermedad.

2. Disposiciones de carácter general

a) Ante esta circunstancia, prorrogamos la dispensa del precepto dominical, invitando a la lectura de la Palabra de Dios y a la oración en las casas, pudiendo beneficiarse de la retransmisión a través de los medios de comunicación para quien no pueda acudir al templo. También, se invita las personas mayores, enfermas o en situación de riesgo a que valoren la conveniencia de no salir de sus domicilios.

b) Se establece el aforo máximo de los templos (1/3 en la primera fase y 1/2 en la segunda) y respetar la distancia de seguridad.

c) En las Eucaristías dominicales, allí donde sea necesario y posible, procurar aumentar el número de celebraciones cuando haya mayor afluencia de fieles, a fin de descongestionar los templos.

d) Se recomienda que los fieles hagan uso de mascarilla con carácter general

e) Las pilas de agua bendita continuarán vacías.

f) Las puertas de las iglesias se mantendrán abiertas a la entrada y salida de las celebraciones para no tener que tocar manillas o pomos.

3. A la entrada de la celebración

a) Organizar, con personas responsables, la apertura y cierre las puertas de entrada al templo, la distribución los fieles en el templo, el acceso a la hora de comulgar y la salida de la iglesia al finalizar, respetando la distancia de seguridad

b) Ofrecer gel hidroalcohólico o algún desinfectante similar, a la entrada y salida de la iglesia.

4. A tener en cuenta durante la liturgia

a) Evitar los coros en la parroquia: se recomienda mantener un solo cantor o algunas voces individuales y algún instrumento. No habrá hoja de cantos ni se distribuirán pliegos con las lecturas o cualquier otro objeto o papel.

b) El cestillo de la colecta no se pasará durante el ofertorio, sino que el servicio de orden lo ofrecerá a la salida de la misa, siguiendo los criterios de seguridad se-

ñalados.

c) El cáliz, la patena y los copones, estarán cubiertos con la "palia" durante la plegaria eucarística.

d) El sacerdote celebrante desinfectará sus manos al empezar el canon de la misa, y los demás ministros de la comunión antes de distribuirla.

e) El saludo de la paz, que es facultativo, se podrá sustituir por un gesto evitando el contacto directo.

f) El diálogo individual de la comunión ("El Cuerpo de Cristo". "Amén"), se pronunciará de forma colectiva después de la respuesta "Señor no soy digno...", distribuyéndose la Eucaristía en silencio.

g) En el caso de que el sacerdote fuera mayor, establecer ministros extraordinarios de la Eucaristía para distribuir la comunión.

5. A la salida de la celebración

a) Establecer la salida ordenada de la iglesia evitando agrupaciones de personas en la puerta.

b) Desinfección continua del templo, bancos, objetos litúrgicos, etc.

6. Otras celebraciones

a) La celebración del Sacramento de la reconciliación y los momentos de escucha de los fieles: además de las medidas generales, se ha de escoger un espacio amplio, mantener la distancia social asegurando la confidencialidad. Tanto el fiel como el confesor deberán llevar mascarilla. Al acabar, se aconseja reiterar la higiene de manos y la limpieza de las superficies.

b) Bautismo: Rito breve. En la administración del agua bautismal, hágase desde un recipiente al que no retorne el agua utilizada, evitando cualquier tipo de contacto entre los bautizandos. En las unciones se puede utilizar un algodón o bastoncillo de un solo uso, incinerándose al terminar la celebración.

c) Confirmación: En la crismación se puede utilizar un algodón o bastoncillo, como se ha indicado en el caso del bautismo. Obsérvese la higiene de manos entre cada contacto, cuando haya varios confirmandos.

d) Matrimonio: Los anillos, arras, etc., deberán ser manipulados exclusivamente por los contrayentes. Manténganse la debida prudencia en la firma de los contrayentes y los testigos, así como en la entrega de la documentación correspondiente.

e) Unción de enfermos: Rito breve. En la administración de los óleos puede utilizarse un algodón o bastoncillo como se ha indicado anteriormente.

Los sacerdotes muy mayores o enfermos no deberían administrar este sacramento a personas que están infectadas por coronavirus. En todo caso, obsérvense las indicaciones de protección indicadas por las autoridades sanitarias correspondientes.

f) **Exequias de difuntos:** Los funerales y las exequias seguirán los mismos criterios de la misa dominical. Aunque sea difícil en esos momentos de dolor, insistir en evitar los gestos de afecto que implican contacto personal y la importancia de mantener distancia de seguridad.

7. Visitas a la Iglesia para la oración o adoración del Santísimo

a) Seguir las pautas generales ofrecidas, evitando la concentración y señalando los lugares para la oración y la adoración

b) No permitir visitas turísticas en las fases 1 y 2 de la desescalada.

8. Utilización de dependencias parroquiales para reuniones o sesiones formativas

a) En la segunda fase las reuniones en dependencias parroquiales seguirán las pautas utilizadas para las reuniones culturales previstas por el ministerio de sanidad que consiste en un máximo de 1/3 de aforo en lugares cuyo aforo habitual es de 50 personas, respetando la distancia de seguridad y la utilización de mascarillas.

b) En la tercera fase el aforo pasa a ser de 1/2 en lugares de un aforo habitual de 50 personas y de 1/3 en lugares de un aforo habitual de 80 personas en las mismas condiciones de distancia y utilización de mascarillas.

9. Propuesta de inicio de puesta en marcha de estas medidas

Según las indicaciones recibidas, se comenzará la aplicación de estas medidas desde el lunes 11 de mayo, para que en las celebraciones del domingo 17 de mayo, tengamos una evaluación y una experiencia suficiente de los días anteriores.

MENSAJE DE LA COMISIÓN EPISCOPAL PARA LAS COMUNICACIONES SOCIALES

LOS COMUNICADORES SOIS GARANTES DE ESPERANZA ANTE EL COVID-19

Parecía que no llegaría el maligno coronavirus que azotaba a lejanas zonas de la tierra, pero de pronto los españoles nos vimos confinados en nuestras casas, como sucede en otros países. En medio de esta situación, vosotros comunicadores y periodistas tenéis que narrar el drama mortal de esta pandemia y a la vez los ejemplos esperanzadores de entrega y solidaridad que se dan en abundancia en nuestra sociedad.

Los obispos de la Comisión Episcopal para las Comunicaciones Sociales (CECS), queremos reconocer el luminoso trabajo de los profesionales que están en primera línea de esta guerra, como son los profesionales sanitarios y sus servicios auxiliares, laboratorios y farmacias. Con ellos, todos los que nos facilitan nuestra vida cotidiana, repartidores y distribuidores, comerciantes y supermercados, servicios de limpieza, de transporte, de mantenimiento, funerarias, junto con las ejemplares actuaciones de los militares, guardias civiles y policías.

También es de agradecer el servicio de los sacerdotes, en las capellanías de los hospitales, dando el consuelo en los cementerios, atendiendo desde las parroquias a los que están solos y asistiendo a los más necesitados, unidos a Cáritas. Igualmente, a todos aquellos que contribuyen anónima y solidariamente al bien común, vaya nuestro respeto, admiración y agradecimiento. De manera especial, pedimos y esperamos la pronta recuperación de los profesionales que han caído enfermos y encomendamos a quienes dieron su vida por el bien de todos. Cada uno de ellos hace verdad la petición del Papa Francisco que nos invita a "tomar en serio lo que cuenta, a no perdernos en cosas insignificantes, a redescubrir que la vida no sirve, si no se sirve. Porque la vida se mide desde el amor" (Roma, 6 de abril de 2020).

En estos momentos difíciles, los medios de comunicación nos permiten conocer lo que está ocurriendo con todos sus matices y sus complejidades, ponen en contexto las informaciones y dan respuesta a nuestras preguntas. Además, difunden las indicaciones que señalan las autoridades competentes, que hemos de vivir en este momento como sociedad, y ayudan a desmentir las noticias falsas y los bulos que pueden angustiar o hacer caer en la desesperación o el desorden. Vuestro servicio es esencial para una sociedad que ama la libertad y la verdad.

Queremos destacar el papel de las empresas de comunicación y la labor social que vosotros, periodistas, corresponsales y comunicadores, lleváis a cabo en esta epidemia: acortando las distancias geográficas y sociales, abrís una ventana a la espe-

ranza y al futuro, dais a conocer iniciativas solidarias y ofrecéis a los que están confinados en casa múltiples posibilidades para estar conectados con el mundo y para desarrollar sus cualidades. Sin olvidar, la capacidad de entretener con programas de humor, con el cine o la música, que nos permite salir de una rutina diaria necesariamente estrecha, y nos puede vincular con lo mejor de la humanidad, el arte y la cultura. Sin esta labor de los medios de comunicación, este aislamiento sería muchísimo peor.

En muchas ocasiones, este trabajo no está exento de dificultades técnicas y de preocupaciones personales en el presente, pero también en el temor sobre lo que pueda pasar en el futuro con vuestro puesto de trabajo. El agradecimiento de todos debería traducirse en apoyo social para que los medios puedan continuar llevando a cabo su tarea ahora y en un futuro que se presenta difícil. ¡Recibid todos, nuestra consideración, respeto y aliento!

Nuestra esperanza está en que el coronavirus sea vencido, no solo por el trabajo individual de algunos, sino por el esfuerzo colectivo de cada uno que cumple con su deber, que en el caso de muchos de nosotros es el de quedarnos en casa. Hay que sacar lecciones de lo que esá ocurriendo. Esta situación se puede superar juntos, entre todos, sumando el esfuerzo de cada uno para construir un tiempo nuevo lleno de valores y con un estilo de vida mucho más sencillo y fraterno.

Ha finalizado el tiempo litúrgico de la Cuaresma, pero no ha terminado nuestro confinamiento en las casas, seguimos en “situación cuaresmal”, pero viviendo con sentido Pascual el gozo y la esperanza que surge del acontecimiento clave del cristianismo: Cristo ha muerto y ha resucitado, venciendo el mal, la muerte, el dolor y toda enfermedad. Porque Él es la Esperanza de los vivientes, de los que están cerca y de los lejanos. A todos alcanza con su acción misteriosa y salvadora.

Cuando mueren las esperanzas de los pueblos, desaparecen las culturas. Por ello, a vosotros hombres y mujeres de la comunicación en España os pedimos que no os canséis, en medio de este oscuro panorama. Sed portadores de la verdad y la esperanza en todo aquello que hacéis y comunicáis, para que vuestras noticias y programas alcancen el corazón de la ciudadanía dolorida. Sabed que estáis presente en nuestras oraciones para que el mal de este espantoso virus no os alcance y podías gozar siempre de la “salud del alma y del cuerpo”.

A pesar de lo que está sucediendo tenemos que desearos: ¡Feliz Pascua de Resurrección! Con nuestro afecto y bendición.

+ Mons. Juan del Río. Arzobispo castrense y presidente de la CECS
+ Mons. Salvador Giménez. Obispo de Lleida, + Mons. José Manuel Lorca. Obispo de Cartagena, + Mons. Sebastià Taltavull. Obispo de Mallorca, + Mons. José Ignacio Munilla. Obispo de San Sebastián, + Mons. Antonio Gómez Cantero. Obispo de Albarracín-Teruel, + Mons. Joan Piris. Obispo emérito de Lleida

Iglesia Universal

FRANCISCO

Mensajes

MENSAJE DEL SANTO PADRE FRANCISCO PARA LA LIV JORNADA MUNDIAL DE LAS COMUNICACIONES SOCIALES, 24 de enero de 2020

Para que puedas contar y grabar en la memoria (cf. Ex 10,2)
La vida se hace historia

Quiero dedicar el *Mensaje* de este año al tema de la narración, porque creo que para no perdernos necesitamos respirar la verdad de las buenas historias: historias que construyan, no que destruyan; historias que ayuden a reencontrar las raíces y la fuerza para avanzar juntos. En medio de la confusión de las voces y de los mensajes que nos rodean, necesitamos una narración humana, que nos hable de nosotros y de la belleza que poseemos. Una narración que sepa mirar al mundo y a los acontecimientos con ternura; que cuente que somos parte de un tejido vivo; que revele el entretejido de los hilos con los que estamos unidos unos con otros.

1. Tejer historias

El hombre es un ser narrador. Desde la infancia tenemos hambre de historias como tenemos hambre de alimentos. Ya sean en forma de cuentos, de novelas, de películas, de canciones, de noticias..., las historias influyen en nuestra vida, aunque no seamos conscientes de ello. A menudo decidimos lo que está bien o mal hacer basándonos en los personajes y en las historias que hemos asimilado. Los relatos nos enseñan; plasman nuestras convicciones y nuestros comportamientos; nos pueden ayudar a entender y a decir quiénes somos.

El hombre no es solamente el único ser que necesita vestirse para cubrir su vulnerabilidad (cf. *Gn* 3,21), sino que también es el único ser que necesita "revestirse" de historias para custodiar su propia vida. No tejemos sólo ropas, sino también relatos: de hecho, la capacidad humana de "tejer" implica tanto a los *tejidos* como a los *textos*. Las historias de cada época tienen un "telar" común: la estructura prevé "héroes", también actuales, que para llevar a cabo un sueño se enfrentan a situa-

ciones difíciles, luchan contra el mal empujados por una fuerza que les da valentía, la del amor. Sumergiéndonos en las historias, podemos encontrar motivaciones heroicas para enfrentar los retos de la vida.

El hombre es un ser narrador porque es un ser en realización, que se descubre y se enriquece en las tramas de sus días. Pero, desde el principio, nuestro relato se ve amenazado: en la historia serpentea el mal.

2. No todas las historias son buenas

«El día en que comáis de él, [...] seréis como Dios» (cf. *Gn* 3,5). La tentación de la serpiente introduce en la trama de la historia un nudo difícil de deshacer. "Si posees, te convertirás, alcanzarás...", susurra todavía hoy quien se sirve del llamado *storytelling* con fines instrumentales. Cuántas historias nos narcotizan, convenciéndonos de que necesitamos continuamente tener, poseer, consumir para ser felices. Casi no nos damos cuenta de cómo nos volvemos ávidos de chismes y de habladurías, de cuánta violencia y falsedad consumimos. A menudo, en los telares de la comunicación, en lugar de relatos constructivos, que son un aglutinante de los lazos sociales y del tejido cultural, se fabrican historias destructivas y provocadoras, que desgastan y rompen los hilos frágiles de la convivencia. Recopilando información no contrastada, repitiendo discursos triviales y falsamente persuasivos, hostigando con proclamas de odio, no se teje la historia humana, sino que se despoja al hombre de la dignidad.

Pero mientras que las historias utilizadas con fines instrumentales y de poder tienen una vida breve, una buena historia es capaz de trascender los límites del espacio y del tiempo. A distancia de siglos sigue siendo actual, porque alimenta la vida. En una época en la que la falsificación es cada vez más sofisticada y alcanza niveles exponenciales (el *deepfake*), necesitamos sabiduría para recibir y crear relatos bellos, verdaderos y buenos. Necesitamos valor para rechazar los que son falsos y malvados. Necesitamos paciencia y discernimiento para redescubrir historias que nos ayuden a no perder el hilo entre las muchas laceraciones de hoy; historias que saquen a la luz la verdad de lo que somos, incluso en la heroicidad ignorada de la vida cotidiana.

3. La *Historia de las historias*

La Sagrada Escritura es una *Historia de historias*. ¡Cuántas vivencias, pueblos, personas nos presenta! Nos muestra desde el principio a un Dios que es creador y narrador al mismo tiempo. En efecto, pronuncia su Palabra y las cosas existen (cf. *Gn* 1). A través de su narración Dios llama a las cosas a la vida y, como colofón, crea al hombre y a la mujer como sus interlocutores libres, generadores de historia junto a Él. En un salmo, la criatura le dice al Creador: «Tú has creado mis entrañas, me has *tejido* en el seno materno. Te doy gracias porque son *admirables tus obras* [...], no desconocías mis huesos. Cuando, en lo oculto, me iba formando, y *entrete-*

jiendo en lo profundo de la tierra» (139,13-15). No nacemos realizados, sino que necesitamos constantemente ser "tejidos" y "bordados". La vida nos fue dada para invitarnos a seguir tejiendo esa "obra admirable" que somos.

En este sentido, la Biblia es la gran historia de amor entre Dios y la humanidad. En el centro está Jesús: su historia lleva al cumplimiento el amor de Dios por el hombre y, al mismo tiempo, la historia de amor del hombre por Dios. El hombre será llamado así, de generación en generación, a *contar y a grabar en su memoria* los episodios más significativos de esta *Historia de historias*, los que puedan comunicar el sentido de lo sucedido.

El título de este *Mensaje* está tomado del libro del Éxodo, relato bíblico fundamental, en el que Dios interviene en la historia de su pueblo. De hecho, cuando los hijos de Israel estaban esclavizados clamaron a Dios, Él los escuchó y rememoró: «Dios *se acordó* de su alianza con Abrahán, Isaac y Jacob. Dios se fijó en los hijos de Israel y se les apareció» (*Ex* 2, 24-25). De la memoria de Dios brota la liberación de la opresión, que tiene lugar a través de signos y prodigios. Es entonces cuando el Señor revela a Moisés el sentido de todos estos signos: «*Para que puedas contar [y grabar en la memoria]* de tus hijos y nietos [...] los signos que realicé en medio de ellos. Así sabréis que yo soy el Señor» (*Ex* 10,2). La experiencia del Éxodo nos enseña que el conocimiento de Dios se transmite sobre todo contando, de generación en generación, cómo Él sigue haciéndose presente. El Dios de la vida se comunica contando la vida.

El mismo Jesús hablaba de Dios no con discursos abstractos, sino con parábolas, narraciones breves, tomadas de la vida cotidiana. Aquí la vida se hace historia y luego, para el que la escucha, la historia se hace vida: esa narración entra en la vida de quien la escucha y la transforma.

No es casualidad que también los Evangelios sean relatos. Mientras nos informan sobre Jesús, nos "*performan*"[1] a Jesús, nos conforman a Él: el Evangelio pide al lector que participe en la misma fe para compartir la misma vida. El Evangelio de Juan nos dice que el Narrador por excelencia —el Verbo, la Palabra— se hizo narración: «El Hijo único, que está en el seno del Padre, Él lo ha *contado*» (cf. *Jn* 1,18). He usado el término "contado" porque el original *exeghésato* puede traducirse sea como "revelado" que como "contado". Dios se ha entretejido personalmente en nuestra humanidad, dándonos así una nueva forma de tejer nuestras historias

4. Una historia que se renueva

La historia de Cristo no es patrimonio del pasado, es nuestra historia, siempre actual. Nos muestra que a Dios le importa tanto el hombre, nuestra carne, nuestra historia, hasta el punto de hacerse hombre, carne e historia. También nos dice que no hay historias humanas insignificantes o pequeñas. Después de que Dios se hizo historia, toda historia humana es, de alguna manera, historia divina.

En la historia de cada hombre, el Padre vuelve a ver la historia de su Hijo que bajó a la tierra. Toda historia humana tiene una dignidad que no puede suprimirse. Por lo tanto, la humanidad se merece relatos que estén a su altura, a esa altura vertiginosa y fascinante a la que Jesús la elevó.

Escribía san Pablo: «Sois carta de Cristo [...] escrita no con tinta, sino con el Espíritu de Dios vivo; no en tablas de piedra, sino en las tablas de corazones de carne» (*2 Co* 3,3). El Espíritu Santo, el amor de Dios, escribe en nosotros. Y, al escribir dentro, graba en nosotros el bien, nos lo recuerda. *Re-cordar* significa efectivamente *llevar al corazón*, "escribir" en el corazón. Por obra del Espíritu Santo cada historia, incluso la más olvidada, incluso la que parece estar escrita con los renglones más torcidos, puede volverse inspirada, puede renacer como una obra maestra, convirtiéndose en un apéndice del Evangelio. Como las *Confesiones* de Agustín. Como *El Relato del Peregrino* de Ignacio. Como la *Historia de un alma* de Teresita del Niño Jesús. Como *Los Novios,* como *Los Hermanos Karamazov*. Como tantas innumerables historias que han escenificado admirablemente el encuentro entre la libertad de Dios y la del hombre. Cada uno de nosotros conoce diferentes historias que huelen a Evangelio, que han dado testimonio del Amor que transforma la vida. Estas historias requieren que se las comparta, se las cuente y se las haga vivir en todas las épocas, con todos los lenguajes y por todos los medios.

5. Una historia que nos renueva

En todo gran relato entra en juego el nuestro. Mientras leemos la Escritura, las historias de los santos, y también esos textos que han sabido leer el alma del hombre y sacar a la luz su belleza, el Espíritu Santo es libre de escribir en nuestro corazón, renovando en nosotros la memoria de lo que somos a los ojos de Dios. Cuando rememoramos el amor que nos creó y nos salvó, cuando ponemos amor en nuestras historias diarias, cuando tejemos de misericordia las tramas de nuestros días, entonces pasamos página. Ya no estamos anudados a los recuerdos y a las tristezas, enlazados a una memoria enferma que nos aprisiona el corazón, sino que abriéndonos a los demás, nos abrimos a la visión misma del Narrador. Contarle a Dios nuestra historia nunca es inútil; aunque la crónica de los acontecimientos permanezca inalterada, cambian el sentido y la perspectiva. Contarse al Señor es entrar en su mirada de amor compasivo hacia nosotros y hacia los demás. A Él podemos narrarle las historias que vivimos, llevarle a las personas, confiarle las situaciones. Con Él podemos anudar el tejido de la vida, remendando los rotos y los jirones. ¡Cuánto lo necesitamos todos!

Con la mirada del Narrador —el único que tiene el punto de vista final— nos acercamos luego a los protagonistas, a nuestros hermanos y hermanas, actores a nuestro lado de la historia de hoy. Sí, porque nadie es un extra en el escenario del mundo y la historia de cada uno está abierta a la posibilidad de cambiar. Incluso

cuando contamos el mal podemos aprender a dejar espacio a la redención, podemos reconocer en medio del mal el dinamismo del bien y hacerle sitio.

No se trata, pues, de seguir la lógica del *storytelling*, ni de hacer o hacerse publicidad, sino de rememorar lo que somos a los ojos de Dios, de dar testimonio de lo que el Espíritu escribe en los corazones, de revelar a cada uno que su historia contiene obras maravillosas. Para ello, nos encomendamos a una mujer que tejió la humanidad de Dios en su seno y —dice el Evangelio— entretejió todo lo que le sucedía. La Virgen María lo guardaba todo, meditándolo en su corazón (cf. *Lc* 2,19). Pidamos ayuda a aquella que supo deshacer los nudos de la vida con la fuerza suave del amor:

Oh María, mujer y madre, tú tejiste en tu seno la Palabra divina, tú narraste con tu vida las obras magníficas de Dios. Escucha nuestras historias, guárdalas en tu corazón y haz tuyas esas historias que nadie quiere escuchar. Enséñanos a reconocer el hilo bueno que guía la historia. Mira el cúmulo de nudos en que se ha enredado nuestra vida, paralizando nuestra memoria. Tus manos delicadas pueden deshacer cualquier nudo. Mujer del Espíritu, madre de la confianza, inspíranos también a nosotros. Ayúdanos a construir historias de paz, historias de futuro. Y muéstranos el camino para recorrerlas juntos.

Vaticano, 24 de enero de 2020, fiesta de san Francisco de Sales.

FRANCISCUS

---

[1] Cf. Benedicto XVI, Carta enc. *Spe salvi*, 2: «El mensaje cristiano no era sólo "informativo", sino "performativo". Eso significa que el Evangelio no es solamente una comunicación de cosas que se pueden saber, sino una comunicación que comporta hechos y cambia la vida».

MENSAJE DEL SANTO PADRE FRANCISCO PARA LA XXVIII JORNADA MUNDIAL DEL ENFERMO 11 de febrero de 2020

«*Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré*» *(Mt 11,28)*

Queridos hermanos y hermanas:

1. Las palabras que pronuncia Jesús: «*Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré*» *(Mt* 11,28) indican el camino misterioso de la gracia que se revela a los sencillos y que ofrece alivio a quienes están cansados y fatigados. Estas palabras expresan la solidaridad del Hijo del hombre, Jesucristo, ante una humanidad afligida y que sufre. ¡Cuántas personas padecen en el cuerpo y en el espíritu! Jesús dice a todos que acudan a Él, «*venid a mí*», y les promete alivio y consuelo. «Cuando Jesús dice esto, tiene ante sus ojos a las personas que encuentra todos los días por los caminos de Galilea: mucha gente sencilla, pobres, enfermos, pecadores, marginados... *del peso de la ley del sistema social opresivo*... Esta gente lo ha seguido siempre para escuchar su palabra, ¡una palabra que daba esperanza!» (*Ángelus*, 6 julio 2014).

En la XXVIII Jornada Mundial del Enfermo, Jesús dirige una invitación a los enfermos y a los oprimidos, a los pobres que saben que dependen completamente de Dios y que, heridos por el peso de la prueba, necesitan ser curados. Jesucristo, a quien siente angustia por su propia situación de fragilidad, dolor y debilidad, no impone leyes, sino que ofrece su misericordia, es decir, su persona salvadora. Jesús mira la humanidad herida. Tiene ojos que ven, que se dan cuenta, porque miran profundamente, no corren indiferentes, sino que se detienen y abrazan a todo el hombre, a cada hombre en su condición de salud, sin descartar a nadie, e invita a cada uno a entrar en su vida para experimentar la ternura.

2. ¿Por qué Jesucristo nutre estos sentimientos? Porque él mismo se hizo débil, vivió la experiencia humana del sufrimiento y recibió a su vez consuelo del Padre. Efectivamente, sólo quien vive en primera persona esta experiencia sabrá ser consuelo para otros. Las formas graves de sufrimiento son varias: enfermedades incurables y crónicas, patologías psíquicas, las que necesitan rehabilitación o cuidados paliativos, las diversas discapacidades, las enfermedades de la infancia y de la vejez... En estas circunstancias, a veces se percibe una carencia de humanidad y, por eso, resulta necesario personalizar el modo de acercarse al enfermo, añadiendo al *curar* el *cuidar*, para una recuperación humana integral. Durante la enfermedad, la persona siente que está comprometida no sólo su integridad física, sino también sus dimensiones relacionales, intelectiva, afectiva y espiritual; por eso, además de

los tratamientos espera recibir apoyo, solicitud, atención... en definitiva, amor. Por otra parte, junto al enfermo hay una familia que sufre, y a su vez pide consuelo y cercanía.

3. Queridos hermanos y hermanas enfermos: A causa de la enfermedad, estáis de modo particular entre quienes, "cansados y agobiados", atraen la mirada y el corazón de Jesús. De ahí viene la luz para vuestros momentos de oscuridad, la esperanza para vuestro desconsuelo. Jesús os invita a acudir a Él: «Venid». En Él, efectivamente, encontraréis la fuerza para afrontar las inquietudes y las preguntas que surgen en vosotros, en esta "noche" del cuerpo y del espíritu. Sí, Cristo no nos ha dado recetas, sino que con su pasión, muerte y resurrección nos libera de la opresión del mal.

En esta condición, ciertamente, necesitáis un lugar para restableceros. La Iglesia desea ser cada vez más —y lo mejor que pueda— la "posada" del Buen Samaritano que es Cristo (cf. *Lc* 10,34), es decir, la casa en la que podéis encontrar su gracia, que se expresa en la familiaridad, en la acogida y en el consuelo. En esta casa, podréis encontrar personas que, curadas por la misericordia de Dios en su fragilidad, sabrán ayudaros a llevar la cruz haciendo de las propias heridas claraboyas a través de las cuales se pueda mirar el horizonte más allá de la enfermedad, y recibir luz y aire puro para vuestra vida.

En esta tarea de procurar alivio a los hermanos enfermos se sitúa el servicio de los agentes sanitarios, médicos, enfermeros, personal sanitario y administrativo, auxiliares y voluntarios que actúan con competencia haciendo sentir la presencia de Cristo, que ofrece consuelo y se hace cargo de la persona enferma curando sus heridas. Sin embargo, ellos son también hombres y mujeres con sus fragilidades y sus enfermedades. Para ellos valen especialmente estas palabras: «Una vez recibido el alivio y el consuelo de Cristo, estamos llamados a su vez a convertirnos en descanso y consuelo para los hermanos, con actitud mansa y humilde, a imitación del Maestro» (*Ángelus*, 6 julio2014).

4. Queridos agentes sanitarios: Cada intervención de diagnóstico, preventiva, terapéutica, de investigación, cada tratamiento o rehabilitación se dirige a la persona enferma, donde el sustantivo "persona" siempre está antes del adjetivo "enferma". Por lo tanto, que vuestra acción tenga constantemente presente la dignidad y la vida de la persona, sin ceder a actos que lleven a la eutanasia, al suicidio asistido o a poner fin a la vida, ni siquiera cuando el estado de la enfermedad sea irreversible.

En la experiencia del límite y del posible fracaso de la ciencia médica frente a casos clínicos cada vez más problemáticos y a diagnósticos infaustos, estáis llamados a abriros a la dimensión trascendente, que puede daros el sentido pleno de vuestra profesión. Recordemos que la vida es sagrada y pertenece a Dios, por lo tanto, es inviolable y no se puede disponer de ella (cf. Instr. *Donum vitae*, 5; Carta enc.

Evangelium vitae, 29-53). La vida debe ser acogida, tutelada, respetada y servida desde que surge hasta que termina: lo requieren simultáneamente tanto la razón como la fe en Dios, autor de la vida. En ciertos casos, la objeción de conciencia es para vosotros una elección necesaria para ser coherentes con este "sí" a la vida y a la persona. En cualquier caso, vuestra profesionalidad, animada por la caridad cristiana, será el mejor servicio al verdadero derecho humano, el derecho a la vida. Aunque a veces no podáis curar al enfermo, sí que podéis siempre cuidar de él con gestos y procedimientos que le den alivio y consuelo.

Lamentablemente, en algunos contextos de guerra y de conflicto violento, el personal sanitario y los centros que se ocupan de dar acogida y asistencia a los enfermos están en el punto de mira. En algunas zonas, el poder político también pretende manipular la asistencia médica a su favor, limitando la justa autonomía de la profesión sanitaria. En realidad, atacar a aquellos que se dedican al servicio de los miembros del cuerpo social que sufren no beneficia a nadie.

5. En esta XXVIII Jornada Mundial del Enfermo, pienso en los numerosos hermanos y hermanas que, en todo el mundo, no tienen la posibilidad de acceder a los tratamientos, porque viven en la pobreza. Me dirijo, por lo tanto, a las instituciones sanitarias y a los Gobiernos de todos los países del mundo, a fin de que no desatiendan la justicia social, considerando solamente el aspecto económico. Deseo que, aunando los principios de solidaridad y subsidiariedad, se coopere para que todos tengan acceso a los cuidados adecuados para la salvaguardia y la recuperación de la salud. Agradezco de corazón a los voluntarios que se ponen al servicio de los enfermos, que suplen en muchos casos carencias estructurales y reflejan, con gestos de ternura y de cercanía, la imagen de Cristo Buen Samaritano.

Encomiendo a la Virgen María, Salud de los enfermos, a todas las personas que están llevando el peso de la enfermedad, así como a sus familias y a los agentes sanitarios. A todos, con afecto, les aseguro mi cercanía en la oración y les imparto de corazón la Bendición Apostólica.

Vaticano, 3 de enero de 2020

Memoria del Santísimo Nombre de Jesús

Francisco

MENSAJE DEL SANTO PADRE PARA LA 57ª JORNADA MUNDIAL DE ORACIÓN POR LAS VOCACIONES, 24 de marzo de 2020

Las palabras de la vocación

Queridos hermanos y hermanas:

El 4 de agosto del año pasado, en el 160 aniversario de la muerte del santo Cura de Ars, quise ofrecer una Carta a los sacerdotes, que por la llamada que el Señor les hizo, gastan la vida cada día al servicio del Pueblo de Dios.

En esa ocasión, elegí cuatro palabras clave —*dolor, gratitud, ánimo y alabanza*— para agradecer a los sacerdotes y apoyar su ministerio. Considero que hoy, en esta 57 Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones, esas palabras se pueden retomar y dirigir a todo el Pueblo de Dios, a la luz de un pasaje evangélico que nos cuenta la singular experiencia de Jesús y Pedro durante una noche de tempestad, en el lago de Tiberíades (cf. *Mt* 14,22-33).

Después de la multiplicación de los panes, que había entusiasmado a la multitud, Jesús ordenó a los suyos que subieran a la barca y lo precedieran en la otra orilla, mientras Él despedía a la gente. La imagen de esta travesía en el lago evoca de algún modo el viaje de nuestra existencia. En efecto, la barca de nuestra vida avanza lentamente, siempre inquieta porque busca un feliz desembarco, dispuesta para afrontar los riesgos y las oportunidades del mar, aunque también anhela recibir del timonel un cambio de dirección que la ponga finalmente en el rumbo adecuado. Pero, a veces puede perderse, puede dejarse encandilar por ilusiones en lugar de seguir el faro luminoso que la conduce al puerto seguro, o ser desafiada por los vientos contrarios de las dificultades, de las dudas y de los temores.

También sucede así en el corazón de los discípulos. Ellos, que están llamados a seguir al Maestro de Nazaret, deben decidirse a pasar a la otra orilla, apostando valientemente por abandonar sus propias seguridades e ir tras las huellas del Señor. Esta aventura no es pacífica: llega la noche, sopla el viento contrario, la barca es sacudida por las olas, y el miedo de no lograrlo y de no estar a la altura de la llamada amenaza con hundirlos.

Pero el Evangelio nos dice que, en la aventura de este viaje difícil, no estamos solos. El Señor, casi anticipando la aurora en medio de la noche, caminó sobre las aguas agitadas y alcanzó a los discípulos, invitó a Pedro a ir a su encuentro sobre

las aguas, lo salvó cuando lo vio hundirse y, finalmente, subió a la barca e hizo calmar el viento.

Así pues, la primera palabra de la vocación es *gratitud*. Navegar en la dirección correcta no es una tarea confiada sólo a nuestros propios esfuerzos, ni depende solamente de las rutas que nosotros escojamos. Nuestra realización personal y nuestros proyectos de vida no son el resultado matemático de lo que decidimos dentro de un "yo" aislado; al contrario, son ante todo la respuesta a una llamada que viene de lo alto. Es el Señor quien nos concede en primer lugar la valentía para subirnos a la barca y nos indica la orilla hacia la que debemos dirigirnos. Es Él quien, cuando nos llama, se convierte también en nuestro timonel para acompañarnos, mostrarnos la dirección, impedir que nos quedemos varados en los escollos de la indecisión y hacernos capaces de caminar incluso sobre las aguas agitadas.

Toda vocación nace de la mirada amorosa con la que el Señor vino a nuestro encuentro, quizá justo cuando nuestra barca estaba siendo sacudida en medio de la tempestad. «La vocación, más que una elección nuestra, es respuesta a un llamado gratuito del Señor» (*Carta a los sacerdotes*, 4 agosto 2019); por eso, llegaremos a descubrirla y a abrazarla cuando nuestro corazón se abra a la gratitud y sepa acoger el paso de Dios en nuestra vida.

Cuando los discípulos vieron que Jesús se acercaba caminando sobre las aguas, pensaron que se trataba de un fantasma y tuvieron miedo. Pero enseguida Jesús los tranquilizó con una palabra que siempre debe acompañar nuestra vida y nuestro camino vocacional: «¡Ánimo, soy yo, no tengáis miedo!» (v. 27). Esta es precisamente la segunda palabra que deseo daros: *ánimo*.

Lo que a menudo nos impide caminar, crecer, escoger el camino que el Señor nos señala son los fantasmas que se agitan en nuestro corazón. Cuando estamos llamados a dejar nuestra orilla segura y abrazar un estado de vida —como el matrimonio, el orden sacerdotal, la vida consagrada—, la primera reacción la representa frecuentemente el "fantasma de la incredulidad": No es posible que esta vocación sea para mí; ¿será realmente el camino acertado? ¿El Señor me pide esto justo a mí?

Y, poco a poco, crecen en nosotros todos esos argumentos, justificaciones y cálculos que nos hacen perder el impulso, que nos confunden y nos dejan paralizados en el punto de partida: creemos que nos equivocamos, que no estamos a la altura, que simplemente vimos un fantasma que tenemos que ahuyentar.

El Señor sabe que una opción fundamental de vida —como la de casarse o consagrarse de manera especial a su servicio— requiere *valentía*. Él conoce las preguntas, las dudas y las dificultades que agitan la barca de nuestro corazón, y por eso nos asegura: "No tengas miedo, ¡yo estoy contigo!". La fe en su presencia, que nos viene al encuentro y nos acompaña, aun cuando el mar está agitado, nos libera de

esa acedia que ya tuve la oportunidad de definir como «tristeza dulzona» (*Carta a los sacerdotes*, 4 agosto 2019), es decir, ese desaliento interior que nos bloquea y no nos deja gustar la belleza de la vocación.

En la *Carta a los sacerdotes* hablé también del dolor, pero aquí quisiera traducir de otro modo esta palabra y referirme a la *fatiga*. Toda vocación implica un compromiso. El Señor nos llama porque quiere que seamos como Pedro, capaces de "caminar sobre las aguas", es decir, que tomemos las riendas de nuestra vida para ponerla al servicio del Evangelio, en los modos concretos y cotidianos que Él nos muestra, y especialmente en las distintas formas de vocación laical, presbiteral y de vida consagrada. Pero nosotros somos como el Apóstol: tenemos deseo y empuje, aunque, al mismo tiempo, estamos marcados por debilidades y temores.

Si dejamos que nos abrume la idea de la responsabilidad que nos espera —en la vida matrimonial o en el ministerio sacerdotal— o las adversidades que se presentarán, entonces apartaremos la mirada de Jesús rápidamente y, como Pedro, correremos el riesgo de hundirnos. Al contrario, a pesar de nuestras fragilidades y carencias, la fe nos permite caminar al encuentro del Señor resucitado y también vencer las tempestades. En efecto, Él nos tiende la mano cuando el cansancio o el miedo amenazan con hundirnos, y nos da el impulso necesario para vivir nuestra vocación con alegría y entusiasmo.

Finalmente, cuando Jesús subió a la barca, el viento cesó y las olas se calmaron. Es una hermosa imagen de lo que el Señor obra en nuestra vida y en los tumultos de la historia, de manera especial cuando atravesamos la tempestad: Él ordena que los vientos contrarios cesen y que las fuerzas del mal, del miedo y de la resignación no tengan más poder sobre nosotros.

En la vocación específica que estamos llamados a vivir, estos vientos pueden agotarnos. Pienso en los que asumen tareas importantes en la sociedad civil, en los esposos que —no sin razón— me gusta llamar "los valientes", y especialmente en quienes abrazan la vida consagrada y el sacerdocio. Conozco vuestras fatigas, las soledades que a veces abruman vuestro corazón, el riesgo de la rutina que poco a poco apaga el fuego ardiente de la llamada, el peso de la incertidumbre y de la precariedad de nuestro tiempo, el miedo al futuro. Ánimo, ¡no tengáis miedo! Jesús está a nuestro lado y, si lo reconocemos como el único Señor de nuestra vida, Él nos tiende la mano y nos sujeta para salvarnos.

Y entonces, aun en medio del oleaje, nuestra vida se abre a la *alabanza*. Esta es la última palabra de la vocación, y quiere ser también una invitación a cultivar la actitud interior de la Bienaventurada Virgen María. Ella, agradecida por la mirada que Dios le dirigió, abandonó con fe sus miedos y su turbación, abrazó con valentía la llamada e hizo de su vida un eterno canto de alabanza al Señor.

Queridos hermanos: Particularmente en esta Jornada, como también en la acción pastoral ordinaria de nuestras comunidades, deseo que la Iglesia recorra este camino al servicio de las vocaciones abriendo brechas en el corazón de los fieles, para que cada uno pueda descubrir con gratitud la llamada de Dios en su vida, encontrar la valentía de decirle "sí", vencer la fatiga con la fe en Cristo y, finalmente, ofrecer la propia vida como un cántico de alabanza a Dios, a los hermanos y al mundo entero. Que la Virgen María nos acompañe e interceda por nosotros.

Roma, San Juan de Letrán, 8 de marzo de 2020, II Domingo de Cuaresma.

Francisco

MENSAJE DEL SANTO PADRE FRANCISCO PARA LA XXXV JORNADA MUNDIAL DE LA JUVENTUD

(Domingo de Ramos, 5 de abril de 2020)

"¡Joven, a ti te digo, levántate!" (cf.* Lc *7,14)

Queridos jóvenes:

En octubre de 2018, con el Sínodo de los Obispos sobre el tema: Los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional, la Iglesia comenzó un proceso de reflexión sobre vuestra condición en el mundo actual, sobre vuestra búsqueda de sentido y de un proyecto de vida, sobre vuestra relación con Dios. En enero de 2019, encontré a cientos de miles de coetáneos vuestros de todo el mundo, reunidos en Panamá para la Jornada Mundial de la Juventud. Eventos de este tipo —Sínodo y JMJ— expresan una dimensión esencial de la Iglesia: el "caminar juntos".

En este camino, cada vez que alcanzamos un hito importante, Dios y la misma vida nos desafían a comenzar de nuevo. Vosotros los jóvenes sois expertos en esto. Os gusta viajar, confrontaros con lugares y rostros jamás vistos antes, vivir experiencias nuevas. Por eso, elegí como meta de vuestra próxima peregrinación intercontinental, en el 2022, la ciudad de Lisboa, capital de Portugal. Desde allí, en los siglos XV y XVI, numerosos jóvenes, muchos de ellos misioneros, partieron hacia tierras desconocidas, para compartir también su experiencia de Jesús con otros pueblos y naciones. El tema de la JMJ de Lisboa será: «María se levantó y partió sin demora» (Lc 1,39). En estos dos años precedentes, he pensado en que reflexionemos juntos sobre otros dos textos bíblicos: "¡Joven, a ti te digo, levántate!" (cf. Lc 7,14), en el 2020, y "¡Levántate! ¡Te hago testigo de las cosas que has visto!" (cf. Hch 26,16), en el 2021.

Como podéis comprobar, el verbo común en los tres temas es levantarse. Esta expresión asume también el significado de resurgir, despertarse a la vida. Es un verbo

recurrente en la Exhortación Christus vivit (Vive Cristo), que os he dedicado después del Sínodo de 2018 y que, junto con el Documento final, la Iglesia os ofrece como un faro para iluminar los senderos de vuestra existencia. Espero de todo corazón que el camino que nos llevará a Lisboa concuerde en toda la Iglesia con un fuerte compromiso para aplicar estos dos documentos, orientando la misión de los animadores de la pastoral juvenil.

Pasemos ahora a nuestro tema para este año: ¡Joven, a ti te digo, levántate! (cf. Lc 7,14). Ya cité este versículo del Evangelio en la Christus vivit: «Si has perdido el vigor interior, los sueños, el entusiasmo, la esperanza y la generosidad, ante ti se presenta Jesús como se presentó ante el hijo muerto de la viuda, y con toda su potencia de Resucitado el Señor te exhorta: "Joven, a ti te digo, ¡levántate!" (cf. Lc 7,14)» (n. 20).

Este pasaje nos cuenta cómo Jesús, entrando en la ciudad de Naín, en Galilea, se encontró con un cortejo fúnebre que acompañaba a la sepultura a un joven, hijo único de una madre viuda. Jesús, impresionado por el dolor desgarrador de esa mujer, realizó el milagro de resucitar a su hijo. Pero el milagro llegó después de una secuencia de actitudes y gestos: «Al verla, el Señor se compadeció de ella y le dijo: "No llores". Y acercándose al féretro, lo tocó (los que lo llevaban se pararon)» (Lc 7,13-14). Detengámonos a meditar sobre alguno de estos gestos y palabras del Señor.

Ver el dolor y la muerte

Jesús puso su mirada atenta, no distraída, en ese cortejo fúnebre. En medio de la multitud percibió el rostro de una mujer con un sufrimiento extremo. Su mirada provocó el encuentro, fuente de vida nueva. No hubo necesidad de muchas palabras.

Y mi mirada, ¿cómo es? ¿Miro con ojos atentos, o lo hago como cuando doy un vistazo rápido a las miles de fotos de mi celular o de los perfiles sociales? Cuántas veces hoy nos pasa que somos testigos oculares de muchos eventos, pero nunca los vivimos en directo. A veces, nuestra primera reacción es grabar la escena con el celular, quizás omitiendo mirar a los ojos a las personas involucradas.

A nuestro alrededor, pero a veces también en nuestro interior, encontramos realidades de muerte: física, espiritual, emotiva, social. ¿Nos damos cuenta o simplemente sufrimos las consecuencias de ello? ¿Hay algo que podamos hacer para volver a dar vida?

Pienso en tantas situaciones negativas vividas por vuestros coetáneos. Hay quien, por ejemplo, se juega todo en el hoy, poniendo en peligro su propia vida con experiencias extremas. Otros jóvenes, en cambio, están "muertos" porque han perdido la esperanza. Escuché decir a una joven: "Entre mis amigos veo que se ha perdido el empuje para arriesgar, el valor para levantarse". Por desgracia, también entre los

jóvenes se difunde la depresión, que en algunos casos puede llevar incluso a la tentación de quitarse la vida. Cuántas situaciones en las que reina la apatía, en las que caemos en el abismo de la angustia y del remordimiento. Cuántos jóvenes lloran sin que nadie escuche el grito de su alma. A su alrededor hay tantas veces miradas distraídas, indiferentes, de quien quizás disfruta su propia happy hour manteniéndose a distancia.

Hay quien sobrevive en la superficialidad, creyéndose vivo mientras por dentro está muerto (cf. Ap 3,1). Uno se puede encontrar con veinte años arrastrando su vida por el suelo, sin estar a la altura de la propia dignidad. Todo se reduce a un "dejar pasar la vida" buscando alguna gratificación: un poco de diversión, algunas migajas de atención y de afecto por parte de los demás... Hay también un difuso narcisismo digital, que influye tanto en los jóvenes como en los adultos. Muchos viven así. Algunos de ellos puede que hayan respirado a su alrededor el materialismo de quien sólo piensa en hacer dinero y alcanzar una posición, casi como si fuesen las únicas metas de la vida. Con el tiempo aparecerá inevitablemente un sordo malestar, una apatía, un aburrimiento de la vida cada vez más angustioso.

Las actitudes negativas también pueden ser provocadas por los fracasos personales, cuando algo que nos importaba, para lo que nos habíamos comprometido, no progresa o no alcanza los resultados esperados. Puede suceder en el ámbito escolar, con las aspiraciones deportivas, artísticas... El final de un "sueño" puede hacernos sentir muertos. Pero los fracasos forman parte de la vida de todo ser humano, y en ocasiones pueden revelarse también como una gracia. Muchas veces, lo que pensábamos que nos haría felices resulta ser una ilusión, un ídolo. Los ídolos pretenden todo de nosotros haciéndonos esclavos, pero no dan nada a cambio. Y al final se derrumban, dejando sólo polvo y humo. En este sentido los fracasos, si derriban a los ídolos, son una bendición, aunque nos hagan sufrir.

Podríamos seguir con otras condiciones de muerte física o moral en las que un joven se puede encontrar, como las dependencias, el crimen, la miseria, una enfermedad grave... Pero dejo para vuestra reflexión personal tomar conciencia de lo que ha causado "muerte" en vosotros o en alguien cercano, en el presente o en el pasado. Al mismo tiempo, recordemos que aquel muchacho del Evangelio, que estaba verdaderamente muerto, volvió a la vida porque fue mirado por Alguien que quería que viviera. Esto puede suceder incluso hoy y cada día.

Tener compasión

Con frecuencia, las Sagradas Escrituras expresan el estado de ánimo de quien se deja tocar "hasta las entrañas" por el dolor ajeno. La conmoción de Jesús lo hace partícipe de la realidad del otro. Toma sobre sí la miseria del otro. El dolor de esa madre se convierte en su dolor. La muerte de ese hijo se convierte en su muerte.

En muchas ocasiones los jóvenes demostráis que sabéis con-padecer. Es suficiente ver cuántos de vosotros se entregan con generosidad cuando las circunstancias lo exigen. No hay desastre, terremoto, aluvión que no vea ejércitos de jóvenes voluntarios disponibles para echar una mano. También la gran movilización de jóvenes que quieren defender la creación testimonia vuestra capacidad para oír el grito de la tierra.

Queridos jóvenes: No os dejéis robar esa sensibilidad. Que siempre podáis escuchar el gemido de quien sufre; dejaos conmover por aquellos que lloran y mueren en el mundo actual. «Ciertas realidades de la vida solamente se ven con los ojos limpios por las lágrimas» (Christus vivit, 76). Si sabéis llorar con quien llora, seréis verdaderamente felices. Muchos de vuestros coetáneos carecen de oportunidades, sufren violencia, persecución. Que sus heridas se conviertan en las vuestras, y seréis portadores de esperanza para este mundo. Podréis decir al hermano, a la hermana: "Levántate, no estás solo", y hacer experimentar que Dios Padre nos ama y que Jesús es su mano tendida para levantarnos.

Acercarse y "tocar"

Jesús detiene el cortejo fúnebre. Se acerca, se hace prójimo. La cercanía nos empuja más allá y se hace gesto valiente para que el otro viva. Gesto profético. Es el toque de Jesús, el Viviente, que comunica la vida. Un toque que infunde el Espíritu Santo en el cuerpo muerto del muchacho y reaviva de nuevo sus funciones vitales.

Ese toque penetra en la realidad del desánimo y de la desesperación. Es el toque de la divinidad, que pasa también a través del auténtico amor humano y abre espacios impensables de libertad, dignidad, esperanza, vida nueva y plena. La eficacia de este gesto de Jesús es incalculable. Esto nos recuerda que también un signo de cercanía, sencillo pero concreto, puede suscitar fuerzas de resurrección.

Sí, también vosotros jóvenes podéis acercaros a las realidades de dolor y de muerte que encontráis, podéis tocarlas y generar vida como Jesús. Esto es posible, gracias al Espíritu Santo, si vosotros antes habéis sido tocados por su amor, si vuestro corazón ha sido enternecido por la experiencia de su bondad hacia vosotros. Entonces, si sentís dentro la conmovedora ternura de Dios por cada criatura viviente, especialmente por el hermano hambriento, sediento, enfermo, desnudo, encarcelado, entonces podréis acercaros como Él, tocar como Él, y transmitir su vida a vuestros amigos que están muertos por dentro, que sufren o han perdido la fe y la esperanza.

"¡Joven, a ti te digo, levántate!"

El Evangelio no dice el nombre del muchacho que Jesús resucitó en Naín. Esto es una invitación al lector para que se identifique con él. Jesús te habla a ti, a mí, a cada uno de nosotros, y nos dice: «¡Levántate!». Sabemos bien que también nosotros cristianos caemos y nos debemos levantar continuamente. Sólo quien no ca-

mina no cae, pero tampoco avanza. Por eso es necesario acoger la ayuda de Cristo y hacer un acto de fe en Dios. El primer paso es aceptar levantarse. La nueva vida que Él nos dará será buena y digna de ser vivida, porque estará sostenida por Alguien que también nos acompañará en el futuro, sin dejarnos nunca, ayudándonos a gastar nuestra existencia de manera digna y fecunda.

Es realmente una nueva creación, un nuevo nacimiento. No es un condicionamiento psicológico. Probablemente, en los momentos de dificultad, muchos de vosotros habréis sentido repetir las palabras "mágicas" que hoy están de moda y deberían solucionarlo todo: "Debes creer en ti mismo", "tienes que encontrar fuerza en tu interior", "debes tomar conciencia de tu energía positiva"... Pero todas estas son simples palabras y para quien está verdaderamente "muerto por dentro" no funcionan. La palabra de Cristo es de otro espesor, es infinitamente superior. Es una palabra divina y creadora, que sola puede devolver la vida allí donde se había extinguido.

La nueva vida "de resucitados"

El joven, dice el Evangelio, «empezó a hablar» (Lc 7,15). La primera reacción de una persona que ha sido tocada y restituida a la vida por Cristo es expresarse, manifestar sin miedo y sin complejos lo que tiene dentro, su personalidad, sus deseos, sus necesidades, sus sueños. Tal vez nunca antes lo había hecho, convencida de que nadie iba a poder entenderla.

Hablar significa también entrar en relación con los demás. Cuando estamos "muertos" nos encerramos en nosotros mismos, las relaciones se interrumpen, o se convierten en superficiales, falsas, hipócritas. Cuando Jesús vuelve a darnos vida, nos "restituye" a los demás (cf. v. 15).

Hoy a menudo hay "conexión" pero no comunicación. El uso de los dispositivos electrónicos, si no es equilibrado, puede hacernos permanecer pegados a una pantalla. Con este mensaje quisiera lanzar, junto a vosotros, los jóvenes, el desafío de un giro cultural, a partir de este "levántate" de Jesús. En una cultura que quiere a los jóvenes aislados y replegados en mundos virtuales, hagamos circular esta palabra de Jesús: "Levántate". Es una invitación a abrirse a una realidad que va mucho más allá de lo virtual. Esto no significa despreciar la tecnología, sino utilizarla como un medio y no como un fin. "Levántate" significa también "sueña", "arriesga", "comprométete para cambiar el mundo", enciende de nuevo tus deseos, contempla el cielo, las estrellas, el mundo a tu alrededor. "Levántate y sé lo que eres". Gracias a este mensaje, muchos rostros apagados de jóvenes que están a nuestro alrededor se animarán y serán más hermosos que cualquier realidad virtual.

Porque si tú das la vida, alguno la acoge. Una joven dijo: "Si ves algo bonito, te levantas del sofá y decides hacerlo tú también". Lo que es hermoso suscita pasión. Y si un joven se apasiona por algo, o mejor, por Alguien, finalmente se levanta y co-

mienza a hacer cosas grandes; de muerto que estaba, puede convertirse en testigo de Cristo y dar la vida por Él.

Queridos jóvenes: ¿Cuáles son vuestras pasiones y vuestros sueños? Hacedlos surgir y, a través de ellos, proponed al mundo, a la Iglesia, a los otros jóvenes, algo hermoso en el campo espiritual, artístico, social. Os lo repito en mi lengua materna: ¡hagan lío! Haced escuchar vuestra voz. De otro joven escuché: "Si Jesús hubiese sido uno que no se implica, que va sólo a lo suyo, el hijo de la viuda no habría resucitado".

La resurrección del muchacho lo reúne con su madre. En esta madre podemos ver a María, nuestra Madre, a quien encomendamos a todos los jóvenes del mundo. En ella podemos reconocer también a la Iglesia, que quiere acoger con ternura a cada joven, sin excepción. Pidamos, pues, a María por la Iglesia, para que sea siempre madre de sus hijos que permanecen en la muerte, y que llora e invoca para que vuelvan a la vida. Por cada uno de sus hijos que muere, muere también la Iglesia, y por cada hijo que resurge, también ella resurge.

Bendigo vuestro camino. Y vosotros, por favor, no os olvidéis de rezar por mí.

Roma, San Juan de Letrán, 11 de febrero de 2020, Memoria de la Bienaventurada Virgen María de Lourdes.

Francisco

MENSAJE DEL PAPA EN LA JORNADA MUNDIAL DE LA ENFERMERIA
12 mayo 2020

Queridos hermanos y hermanas:

Celebramos hoy el Día Internacional de la Enfermería, en el contexto del Año Internacional del Personal de Enfermería y Partería convocado por la Organización Mundial de la Salud. En este mismo día también recordamos el bicentenario del nacimiento de Florence Nightingale, con quien dio inicio la enfermería moderna.

En este momento histórico, marcado por la emergencia sanitaria mundial a causa de la pandemia del virus Covid-19, hemos redescubierto la importancia del rol del personal de enfermería, como también el de partería. Diariamente presenciamos el testimonio de valentía y sacrificio de los agentes sanitarios, en particular de las enfermeras y enfermeros, quienes con profesionalidad, sacrificio, responsabilidad y

amor por los demás ayudan a las personas afectadas por el virus, incluso poniendo en riesgo la propia salud. Prueba de ello es el hecho de que, desgraciadamente, un elevado número de agentes sanitarios han muerto al cumplir fielmente con su servicio. Rezo por ellos —el Señor conoce el nombre de cada uno— y por todas las víctimas de esta epidemia. Que el Señor resucitado les conceda la luz eterna y a sus familias el consuelo de la fe.

El personal de enfermería siempre ha desempeñado un papel central en la asistencia sanitaria. Todos los días experimentan, con la cercanía a los enfermos, el trauma que causa el sufrimiento en la vida de una persona. Son hombres y mujeres que han dicho "sí" a una vocación particular: la de ser buenos samaritanos que se hacen cargo de la vida y de las heridas de los demás. Custodios y servidores de la vida que, mientras administran las terapias necesarias, infunden ánimo, esperanza y confianza.[1]

Queridas enfermeras y queridos enfermeros: La responsabilidad moral guía vuestra profesionalidad, que no se reduce al conocimiento científico-técnico, sino que está constantemente iluminada por la relación humana y humanizadora con el paciente. «Al cuidar a mujeres y hombres, niños y ancianos, en todas las etapas de su vida, desde el nacimiento hasta la muerte, participáis en una escucha continua, encaminada a comprender cuáles son las necesidades de ese enfermo, en la etapa que está atravesando. De hecho, frente a la singularidad de cada situación, nunca es suficiente seguir una fórmula, sino que se requiere un continuo —¡y fatigoso!— esfuerzo de discernimiento y atención a cada persona».[2]

Vosotros —y también pienso en las parteras— estáis al lado de las personas en los momentos cruciales de su existencia, nacimiento y muerte, enfermedad y recuperación, para ayudarlas a superar las situaciones más traumáticas. A veces estáis junto a ellos cuando fallecen, dándoles consuelo y alivio en los últimos momentos. Por esta entrega vuestra, formáis parte de los "santos de la puerta de al lado".[3] Sois la imagen de la Iglesia, "hospital de campaña", que continúa llevando a cabo la misión de Jesucristo, que se acercó y curó a las personas que sufrían todo tipo de males y se arrodilló para lavar los pies de sus discípulos. ¡Gracias por vuestro servicio a la humanidad!

En tantos países, la pandemia también ha evidenciado muchas deficiencias en la atención sanitaria. Por esto, me dirijo a los jefes de las naciones de todo el mundo, para que inviertan en sanidad, como bien común primario, fortaleciendo las estructuras y designando más personal de enfermería, para garantizar a todos un servicio de atención adecuado y respetuoso de la dignidad de cada persona. Es importante reconocer efectivamente el papel esencial que desempeña esta profesión para la atención al paciente, para la actividad de emergencia territorial, la prevención de enfermedades, la promoción de la salud, la asistencia en el sector familiar, comunitario y escolar.

Los enfermeros y enfermeras, así como las comadronas, tienen derecho y merecen estar más valorizados e involucrados en los procesos que afectan a la salud de las personas y de la comunidad. Se ha demostrado que invertir en ellos favorece los resultados en términos de atención y salud en general. Por lo tanto, es preciso potenciar su perfil profesional proporcionando herramientas científicas, humanas, psicológicas y espirituales para su adecuada formación; así como mejorar sus condiciones de trabajo y garantizar sus derechos para que puedan llevar a cabo su servicio con plena dignidad.

En este sentido, las asociaciones de agentes de la sanidad tienen un papel importante, pues, además de ofrecer una estructura orgánica, acompañan a cada uno de sus miembros, haciéndolos sentir parte de un cuerpo unitario y no se sientan perdidos y solos frente a los desafíos éticos, económicos y humanos, que conlleva la profesión.

De modo particular, las comadronas, que asisten a las mujeres embarazadas y las ayudan a dar a luz a sus hijos, os digo: vuestro trabajo es uno de los más nobles que existen, dedicado directamente al servicio de la vida y de la maternidad. En la Biblia, los nombres de las dos parteras heroicas, Sifrá y Puá, se inmortalizan al comienzo del libro del Éxodo (cf. 1,15-21). También hoy el Padre celestial os mira con gratitud.

Queridos enfermeros, queridas enfermeras y personal de obstetricia, que este aniversario coloque la dignidad de vuestro trabajo en el centro, en beneficio de la salud de toda la sociedad. A vosotros, a vuestras familias y a todos los que atendéis, aseguro mi oración e imparto cordialmente la bendición apostólica.

Roma, San Juan de Letrán, 12 de mayo de 2020.

FRANCISCO

---

[1] Cf. *Nueva Carta a los Agentes sanitarios*, nn. 1-8.
[2] *Discurso a los miembros de la Federación de Colegios profesionales de enfermeros*, 3 marzo 2018.
[3] Cf. *Homilía*, 9 abril 2020.
[00608-ES.01] [Texto original: Italiano]

Homilías

SANTA MISA EN LA SOLEMNIDAD DE LA EPIFANÍA DEL SEÑOR
CAPILLA PAPAL

HOMILÍA DEL SANTO PADRE FRANCISCO

Basílica Vaticana

Lunes, 6 de enero de 2020

En el Evangelio (*Mt* 2,1-12) hemos escuchado que los Magos comienzan manifestando sus intenciones: «Hemos visto salir su estrella y venimos a adorarlo» (v. 2). La adoración es la finalidad de su viaje, el objetivo de su camino. De hecho, cuando llegaron a Belén, «vieron al niño con María, su madre, y cayendo de rodillas lo adoraron» (v. 11). Si perdemos el sentido de la *adoración*, perdemos el sentido de movimiento de la vida cristiana, que es un camino hacia el Señor, no hacia nosotros. Es el riesgo del que nos advierte el Evangelio, presentando, junto a los Reyes Magos, unos personajes que no logran adorar.

En primer lugar, está el rey Herodes, que usa el verbo adorar, pero de manera engañosa. De hecho, le pide a los Reyes Magos que le informen sobre el lugar donde estaba el Niño «para ir —dice— yo también a adorarlo» (v. 8). En realidad, Herodes sólo se adoraba a sí mismo y, por lo tanto, quería deshacerse del Niño con mentiras. ¿Qué nos enseña esto? Que el hombre, cuando no adora a *Dios*, está orientado a adorar su *yo*. E incluso la vida cristiana, sin adorar al Señor, puede convertirse en una forma educada de alabarse a uno mismo y el talento que se tiene: cristianos que no saben adorar, que no saben rezar adorando. Es un riesgo grave: servirnos de Dios en lugar de servir a Dios. Cuántas veces hemos cambiado los intereses del Evangelio por los nuestros, cuántas veces hemos cubierto de religiosidad lo que era cómodo para nosotros, cuántas veces hemos confundido el poder según Dios, que es servir a los demás, con el poder según el mundo, que es servirse a sí mismo.

Además de Herodes, hay otras personas en el Evangelio que no logran adorar: son los jefes de los sacerdotes y los escribas del pueblo. Ellos indican a Herodes con extrema precisión dónde nacería el Mesías: en Belén de Judea (cf. v. 5). Conocen las profecías y las citan exactamente. Saben a dónde ir —grandes teólogos, grandes—, pero no van. También de esto podemos aprender una lección. En la vida cristiana no es suficiente saber: sin salir de uno mismo, sin encontrar, sin adorar, no se conoce a Dios. La teología y la eficiencia pastoral valen poco o nada si no se doblan las rodillas; si no se hace como los Magos, que no sólo fueron sabios organizadores de un viaje, sino que caminaron y adoraron. Cuando uno adora, se da cuenta de

que la fe no se reduce a un conjunto de hermosas doctrinas, sino que es la relación con una Persona viva a quien amar. Conocemos el rostro de Jesús estando cara a cara con Él. Al adorar, descubrimos que la vida cristiana es una historia de amor con Dios, donde las buenas ideas no son suficientes, sino que se necesita ponerlo en primer lugar, como lo hace un enamorado con la persona que ama. Así debe ser la Iglesia, una adoradora enamorada de Jesús, su esposo.

Al inicio del año redescubrimos la adoración como una exigencia de fe. Si sabemos arrodillarnos ante Jesús, venceremos la tentación de ir cada uno por su camino. De hecho, adorar es hacer un éxodo de la esclavitud más grande, la de uno mismo. Adorar es poner al Señor en el centro para no estar más centrados en nosotros mismos. Es poner cada cosa en su lugar, dejando el primer puesto a Dios. Adorar es poner los planes de Dios antes que mi tiempo, que mis derechos, que mis espacios. Es aceptar la enseñanza de la Escritura: «Al Señor, tu Dios, adorarás» (*Mt* 4,10). Tu Dios: adorar es experimentar que, con Dios, nos pertenecemos recíprocamente. Es darle del "tú" en la intimidad, es presentarle la vida y permitirle entrar en nuestras vidas. Es hacer descender su consuelo al mundo. Adorar es descubrir que para rezar basta con decir: «¡Señor mío y Dios mío!» (*Jn* 20,28), y dejarnos llenar de su ternura.

Adorar es encontrarse con Jesús sin la lista de peticiones, pero con la única solicitud de estar con Él. Es descubrir que la alegría y la paz crecen con la alabanza y la acción de gracias. Cuando adoramos, permitimos que Jesús nos sane y nos cambie. Al adorar, le damos al Señor la oportunidad de transformarnos con su amor, de iluminar nuestra oscuridad, de darnos fuerza en la debilidad y valentía en las pruebas. Adorar es ir a lo esencial: es la forma de desintoxicarse de muchas cosas inútiles, de adicciones que adormecen el corazón y aturden la mente. De hecho, al adorar uno aprende a rechazar lo que no debe ser adorado: el dios del dinero, el dios del consumo, el dios del placer, el dios del éxito, nuestro yo erigido en dios. Adorar es hacerse pequeño en presencia del Altísimo, descubrir ante Él que la grandeza de la vida no consiste en tener, sino en amar. Adorar es redescubrirnos hermanos y hermanas frente al misterio del amor que supera toda distancia: es obtener el bien de la fuente, es encontrar en el Dios cercano la valentía para aproximarnos a los demás. Adorar es saber guardar silencio ante la Palabra divina, para aprender a decir palabras que no duelen, sino que consuelan.

La adoración es un gesto de amor que cambia la vida. Es actuar como los Magos: es traer oro al Señor, para decirle que nada es más precioso que Él; es ofrecerle incienso, para decirle que sólo con Él puede elevarse nuestra vida; es presentarle mirra, con la que se ungían los cuerpos heridos y destrozados, para pedirle a Jesús que socorra a nuestro prójimo que está marginado y sufriendo, porque allí está Él. Por lo general, sabemos cómo orar —le pedimos, le agradecemos al Señor—, pero la Iglesia debe ir aún más allá con la oración de adoración, debemos crecer en la

adoración. Es una sabiduría que debemos aprender todos los días. Rezar adorando: la oración de adoración.

Queridos hermanos y hermanas, hoy cada uno de nosotros puede preguntarse: "¿Soy un adorador cristiano?". Muchos cristianos que oran no saben adorar. Hagámonos esta pregunta. ¿Encontramos momentos para la adoración en nuestros días y creamos espacios para la adoración en nuestras comunidades? Depende de nosotros, como Iglesia, poner en práctica las palabras que rezamos hoy en el Salmo: «Señor, que todos los pueblos te adoren». Al adorar, nosotros también descubriremos, como los Magos, el significado de nuestro camino. Y, como los Magos, experimentaremos una «inmensa alegría» (*Mt* 2,10).

FIESTA DEL BAUTISMO DEL SEÑOR
CELEBRACIÓN DE LA SANTA MISA Y BAUTISMO DE ALGUNOS NIÑOS

HOMILÍA DEL SANTO PADRE FRANCISCO

Capilla Sixtina
Domingo, 12 de enero de 2020

Como Jesús, que fue a hacerse bautizar, así hacéis vosotros con vuestros hijos.

Jesús responde a Juan: "Hágase toda justicia" (cf. *Mt* 3,15). Bautizar a un hijo es un acto de justicia para él. ¿Y por qué? Porque nosotros con el Bautismo le damos un tesoro, nosotros con el Bautismo le damos en prenda el *Espíritu Santo*. El niño sale [del Bautismo] con la fuerza del Espíritu en su interior: el Espíritu que lo defenderá, que lo ayudará, durante toda su vida. Por eso es tan importante bautizarlos cuando son pequeños, para que crezcan con la fuerza del Espíritu Santo.

Este es el mensaje que quisiera daros hoy. Vosotros traéis hoy a vuestros hijos, [para que tengan] el Espíritu Santo dentro de ellos. Y cuidad de que crezcan con la luz, con la fuerza del Espíritu Santo, a través de la catequesis, la ayuda, la enseñanza, los ejemplos que les daréis en casa... Este es el mensaje.

No quisiera deciros nada más importante. Sólo una advertencia. Los niños no están acostumbrados a venir a la Sixtina, ¡es la primera vez! Tampoco están acostumbrados a estar en un ambiente algo caluroso. Y no están acostumbrados a vestirse así para una fiesta tan hermosa como la de hoy. Se sentirán un poco incómodos en algún momento. Y uno empezará a llorar... —¡El concierto no ha empezado todavía!— pero empezará uno, luego otro... No os asustéis, dejad que los niños lloren y griten. A lo mejor si tu niño llora y se queja, quizás sea porque tiene demasiado calor: quitadle algo; o porque tiene hambre: dale de mamar, aquí, sí, siempre en paz. Es algo que dije también el año pasado: tienen una dimensión "coral": es suficiente que uno dé la primera nota y empiezan todos y habrá un concierto. No os asustéis.

Es un sermón muy bonito el de un niño que llora en una iglesia. Haced que esté cómodo y sigamos adelante.

No lo olvidéis: vosotros lleváis el Espíritu Santo a los niños.

DOMINGO DE LA PALABRA DE DIOS

HOMILÍA DEL SANTO PADRE FRANCISCO

Basílica de San Pedro

III Domingo del Tiempo Ordinario, 26 de enero de 2020

«Jesús comenzó a predicar» (*Mt* 4,17). Así, el evangelista Mateo introdujo el ministerio de Jesús: Él, que es *la* Palabra de Dios, vino a hablarnos con sus palabras y con su vida. En este primer domingo de la Palabra de Dios vamos a los orígenes de su predicación, a las fuentes de la Palabra de vida. Hoy nos ayuda el Evangelio (*Mt* 4, 12-23), que nos dice *cómo*, *dónde* y *a quién* Jesús comenzó a predicar.

1. ¿*Cómo* comenzó? Con una frase muy simple: «Convertíos, porque está cerca el reino de los cielos» (v. 17). Esta es la base de todos sus discursos: Nos dice que el reino de los cielos está cerca. ¿Qué significa? Por reino de los cielos se entiende el reino de Dios, es decir su forma de reinar, de estar ante nosotros. Ahora, Jesús nos dice que el reino de los cielos *está cerca*, que Dios está cerca. Aquí está la novedad, el primer mensaje: Dios no está lejos, el que habita los cielos descendió a la tierra, se hizo hombre. Eliminó las barreras, canceló las distancias. No lo merecíamos: Él vino a nosotros, vino a nuestro encuentro. Y esta cercanía de Dios con su pueblo es una costumbre suya, desde el principio, incluso desde el Antiguo Testamento. Le dijo al pueblo: "Piensa: ¿Dónde hay una nación tan grande que tenga unos dioses tan cercanos como yo lo estoy contigo?" (cf. *Dt* 4,7). Y esta cercanía se hizo carne en Jesús.

Es un mensaje de alegría: Dios vino a visitarnos en persona, haciéndose hombre. No tomó nuestra condición humana por un sentido de responsabilidad, no, sino por amor. Por amor asumió nuestra humanidad, porque se asume lo que se ama. Y Dios asumió nuestra humanidad porque nos ama y libremente quiere darnos esa salvación que nosotros solos no podemos darnos. Él desea estar con nosotros, darnos la belleza de vivir, la paz del corazón, la alegría de ser perdonados y de sentirnos amados.

Entonces entendemos la invitación directa de Jesús: "Convertíos", es decir, "cambia tu vida". Cambia tu vida porque ha comenzado una nueva forma de vivir: ha terminado el tiempo de vivir para ti mismo; ha comenzado el tiempo de vivir con Dios y para Dios, con los demás y para los demás, con amor y por amor. Jesús también

te repite hoy: "¡Ánimo, estoy cerca de ti, hazme espacio y tu vida cambiará!". Jesús llama a la puerta. Es por eso que el Señor te da su Palabra, para que puedas aceptarla como la carta de amor que escribió para ti, para hacerte sentir que está a tu lado. Su Palabra nos consuela y nos anima. Al mismo tiempo, provoca la conversión, nos sacude, nos libera de la parálisis del egoísmo. Porque su Palabra tiene este poder: cambia la vida, hace pasar de la oscuridad a la luz. Esta es la fuerza de su Palabra.

2. Si vemos *dónde* Jesús comenzó a predicar, descubrimos que comenzó precisamente en las regiones que entonces se consideraban "oscuras". La primera lectura y el Evangelio, de hecho, nos hablan de aquellos que estaban «en tierra y sombras de muerte»: son los habitantes del «territorio de Zabulón y Neftalí, camino del mar, al otro lado del Jordán, Galilea de los gentiles» (*Mt* 4,15-16; cf. *Is* 8,23-9,1). Galilea de los gentiles: la región donde Jesús inició a predicar se llamaba así porque estaba habitada por diferentes personas y era una verdadera mezcla de pueblos, idiomas y culturas. De hecho, estaba la vía del mar, que representaba una encrucijada. Allí vivían pescadores, comerciantes y extranjeros: ciertamente no era el lugar donde se encontraba la pureza religiosa del pueblo elegido. Sin embargo, Jesús comenzó desde allí: no desde el atrio del templo en Jerusalén, sino desde el lado opuesto del país, desde la Galilea de los gentiles, desde un lugar fronterizo. Comenzó desde una periferia.

De esto podemos sacar un mensaje: la Palabra que salva no va en busca de lugares preservados, esterilizados y seguros. Viene en nuestras complejidades, en nuestra oscuridad. Hoy, como entonces, Dios desea visitar aquellos lugares donde creemos que no llega. Cuántas veces preferimos cerrar la puerta, ocultando nuestras confusiones, nuestras opacidades y dobleces. Las sellamos dentro de nosotros mientras vamos al Señor con algunas oraciones formales, teniendo cuidado de que su verdad no nos sacuda por dentro. Y esta es una hipocresía escondida. Pero Jesús —dice el Evangelio hoy— «recorría *toda* Galilea [...], proclamando el Evangelio del reino y curando toda enfermedad» (v. 23). Atravesó *toda* aquella región multifacética y compleja. Del mismo modo, no tiene miedo de explorar nuestros corazones, nuestros lugares más ásperos y difíciles. Él sabe que sólo su perdón nos cura, sólo su presencia nos transforma, sólo su Palabra nos renueva. A Él, que ha recorrido la vía del mar, abramos nuestros caminos más tortuosos —aquellos que tenemos dentro y que no deseamos ver, o escondemos—; dejemos que su Palabra entre en nosotros, que es «viva y eficaz, tajante [...] y juzga los deseos e intenciones del corazón» (*Hb* 4,12).

3. Finalmente, *¿a quién* comenzó Jesús a hablar? El Evangelio dice que «paseando junto al mar de Galilea vio a dos hermanos [...] que estaban echando la red en el mar, pues eran pescadores. Les dijo: "Venid en pos de mí y os haré pescadores de hombres"» (*Mt* 4,18-19). Los primeros destinatarios de la llamada fueron pescado-

res; no personas cuidadosamente seleccionadas en base a sus habilidades, ni hombres piadosos que estaban en el templo rezando, sino personas comunes y corrientes que trabajaban.

Evidenciamos lo que Jesús les dijo: *os haré pescadores de hombres*. Habla a los pescadores y usa un lenguaje comprensible para ellos. Los atrae a partir de su propia vida. Los llama donde están y como son, para involucrarlos en su misma misión. «Inmediatamente dejaron las redes y lo siguieron» (v. 20). ¿Por qué *inmediatamente*? Sencillamente porque se sintieron atraídos. No fueron rápidos y dispuestos porque habían recibido una orden, sino porque habían sido atraídos por el amor. Los buenos compromisos no son suficientes para seguir a Jesús, sino que es necesario escuchar su llamada todos los días. Sólo Él, que nos conoce y nos ama hasta el final, nos hace salir al mar de la vida. Como lo hizo con aquellos discípulos que lo escucharon.

Por eso necesitamos su Palabra: en medio de tantas palabras diarias, necesitamos escuchar esa Palabra que no nos habla de cosas, sino que nos habla de vida.

Queridos hermanos y hermanas: Hagamos espacio dentro de nosotros a la Palabra de Dios. Leamos algún versículo de la Biblia cada día. Comencemos por el Evangelio; mantengámoslo abierto en casa, en la mesita de noche, llevémoslo en nuestro bolsillo o en el bolso, veámoslo en la pantalla del teléfono, dejemos que nos inspire diariamente. Descubriremos que Dios está cerca de nosotros, que ilumina nuestra oscuridad y que nos guía con amor a lo largo de nuestra vida.

FIESTA DE LA PRESENTACIÓN DEL SEÑOR
XXIV JORNADA MUNDIAL DE LA VIDA CONSAGRADA

SANTA MISA PARA LOS CONSAGRADOS

HOMILÍA DEL SANTO PADRE FRANCISCO

Basílica Vaticana
Sábado, 1 de febrero de 2020

«Mis ojos han visto a tu Salvador» (*Lc* 2,30). Son las palabras de Simeón, que el Evangelio presenta como un hombre sencillo: un «hombre justo y piadoso», dice el texto (v. 25). Pero entre todos los hombres que aquel día estaban en el templo, sólo él vio en Jesús al Salvador. ¿Qué es lo que vio? Un niño, simplemente un niño pequeño y frágil. Pero allí vio la salvación, porque el Espíritu Santo le hizo reconocer en aquel tierno recién nacido «al Mesías del Señor» (v. 26). Tomándolo entre sus brazos percibió, en la fe, que en Él Dios llevaba a cumplimiento sus promesas. Y entonces, Simeón podía irse en paz: había visto la gracia que vale más que la vida (cf. *Sal* 63,4), y no esperaba nada más.

También vosotros, queridos hermanos y hermanas consagrados, sois hombres y mujeres sencillos que habéis visto el tesoro que vale más que todas las riquezas del mundo. Por eso habéis dejado cosas preciosas, como los bienes, como formar una familia. ¿Por qué lo habéis hecho? Porque os habéis enamorado de Jesús, habéis visto todo en Él y, cautivados por su mirada, habéis dejado lo demás. La vida consagrada es esta *visión*. Es ver lo que es importante en la vida. Es acoger el don del Señor con los brazos abiertos, como hizo Simeón. Eso es lo que ven los ojos de los consagrados: la gracia de Dios que se derrama en sus manos. El consagrado es aquel que cada día se mira y dice: "Todo es don, todo es gracia". Queridos hermanos y hermanas: No hemos merecido la vida religiosa, es un don de amor que hemos recibido.

Mis ojos han visto a tu Salvador. Son las palabras que repetimos cada noche en Completas. Con ellas concluimos la jornada diciendo: "Señor, *mi* Salvador eres *Tú*, mis manos no están vacías, sino llenas de tu gracia". El punto de partida es *saber ver la gracia*. Mirar hacia atrás, releer la propia historia y ver el don fiel de Dios: no sólo en los grandes momentos de la vida, sino también en las fragilidades, en las debilidades, en las miserias. El tentador, el diablo insiste precisamente en nuestras miserias, en nuestras manos vacías: "En tantos años no mejoraste, no hiciste lo que podías, no te dejaron hacer aquello para lo que valías, no fuiste siempre fiel, no fuiste capaz..." y así sucesivamente. Cada uno de nosotros conoce bien esta historia, estas palabras. Nosotros vemos que eso, en parte, es verdad, y vamos detrás de pensamientos y sentimientos que nos desorientan. Y corremos el riesgo de perder la brújula, que es la gratuidad de Dios. Porque Dios siempre nos ama y se nos da, incluso en nuestras miserias. San Jerónimo daba tantas cosas al Señor y el Señor le pedía cada vez más. Él le ha dicho: "Pero, Señor, ya te he dado todo, todo, ¿qué me falta?" —"tus pecados, tus miserias, dame tus miserias". Cuando tenemos la mirada fija en Él, nos abrimos al perdón que nos renueva y somos confirmados por su fidelidad. Hoy podemos preguntarnos: "Yo, ¿hacia quién oriento mi mirada: hacia el Señor o hacia mí mismo?". Quien sabe ver ante todo la gracia de Dios descubre el antídoto contra la desconfianza y la mirada mundana.

Porque sobre la vida religiosa se cierne esta tentación: tener una mirada mundana. Es la mirada que no ve más la gracia de Dios como protagonista de la vida y va en busca de cualquier sucedáneo: un poco de éxito, un consuelo afectivo, hacer finalmente lo que quiero. Pero la vida consagrada, cuando no gira más en torno a la gracia de Dios, se repliega en el yo. Pierde impulso, se acomoda, se estanca. Y sabemos qué sucede: se reclaman los propios espacios y los propios derechos, uno se deja arrastrar por habladurías y malicias, se irrita por cada pequeña cosa que no funciona y se entonan las letanías del lamento —las quejas, "el padre quejas", "la hermana quejas"—: sobre los hermanos, las hermanas, la comunidad, la Iglesia, la sociedad. No se ve más al Señor en cada cosa, sino sólo al mundo con sus dinámicas, y el corazón se entumece. Así uno se vuelve rutinario y pragmático, mientras

dentro aumentan la tristeza y la desconfianza, que acaban en resignación. Esto es a lo que lleva la mirada mundana. La gran Teresa decía a sus monjas: "ay de la monja que repite 'me han hecho una injusticia', ay".

Para tener la mirada justa sobre la vida, pidamos saber ver la gracia que Dios nos da a nosotros, como Simeón. El Evangelio repite tres veces que él tenía familiaridad con el Espíritu Santo, que estaba con él, lo inspiraba, lo movía (cf. vv. 25-27). Tenía familiaridad con el Espíritu Santo, con el amor de Dios. La vida consagrada, si se conserva en el amor del Señor, ve la belleza. Ve que la pobreza no es un esfuerzo titánico, sino una libertad superior, que nos regala a Dios y a los demás como las verdaderas riquezas. Ve que la castidad no es una esterilidad austera, sino el camino para amar sin poseer. Ve que la obediencia no es disciplina, sino la victoria sobre nuestra anarquía, al estilo de Jesús. En una de las zonas que sufrieron el terremoto en Italia —hablando de pobreza y de vida comunitaria— un monasterio benedictino había quedado completamente destruido y otro monasterio invitó a las monjas a trasladarse al suyo. Pero se quedaron poco tiempo allí: no eran felices, pensaban en el lugar que habían dejado, en la gente de allí. Y al final decidieron< volverse y hacer el monasterio en dos caravanas. En vez de estar en un gran monasterio, cómodas, estaban como las pulgas, allí, todas juntas, pero felices en la pobreza. Esto sucedió este último año. Una cosa hermosa.

Mis ojos han visto a tu Salvador. Simeón ve a Jesús pequeño, humilde, que ha venido para servir y no para ser servido, y se define a sí mismo como *siervo*. Dice, en efecto: «Ahora, Señor, puedes dejar a tu *siervo* irse en paz» (v. 29). Quien tiene la mirada en Jesús aprende a vivir para servir. No espera que comiencen los demás, sino que sale a buscar al prójimo, como Simeón que buscaba a Jesús en el templo. En la vida consagrada, ¿dónde se encuentra al prójimo? Esta es la pregunta: ¿Dónde se encuentra el prójimo? En primer lugar, en la propia comunidad. Hay que pedir la gracia de *saber buscar a Jesús en los hermanos y en las hermanas* que hemos recibido. Es allí donde se comienza a poner en práctica la caridad: en el lugar donde vives, acogiendo a los hermanos y hermanas con sus propias pobrezas, como Simeón acogió a Jesús sencillo y pobre. Hoy, muchos ven en los demás sólo obstáculos y complicaciones. Se necesitan miradas que busquen al prójimo, que acerquen al que está lejos. Los religiosos y las religiosas, hombres y mujeres que viven para imitar a Jesús, están llamados a introducir en el mundo su misma mirada, la mirada de la compasión, la mirada que va en busca de los alejados; que no condena, sino que anima, libera, consuela, la mirada de la compasión. Es ese estribillo del Evangelio, que hablando de Jesús repite frecuentemente: "se compadeció". Es Jesús que se inclina hacia cada uno de nosotros.

Mis ojos han visto a tu Salvador. Los ojos de Simeón han visto la salvación porque la aguardaban (cf. v. 25). Eran ojos que aguardaban, que esperaban. Buscaban la luz y vieron la luz de las naciones (cf. v. 32). Eran ojos envejecidos, pero encendidos de

esperanza. La mirada de los consagrados no puede ser más que una mirada de esperanza. *Saber esperar*. Mirando alrededor, es fácil perder la esperanza: las cosas que no van, la disminución de las vocaciones... Otra vez se cierne la tentación de la mirada mundana, que anula la esperanza. Pero miremos al Evangelio y veamos a Simeón y Ana: eran ancianos, estaban solos y, sin embargo, no habían perdido la esperanza, porque estaban en contacto con el Señor. Ana «no se apartaba del templo, sirviendo a Dios con ayunos y oraciones noche y día» (v. 37). Este es el secreto: no apartarse del Señor, fuente de la esperanza. Si no miramos cada día al Señor, si no lo adoramos, nos volvemos ciegos. Adorar al Señor.

Queridos hermanos y hermanas: Demos gracias a Dios por el don de la vida consagrada y pidamos una mirada nueva, que sabe *ver la gracia*, que sabe *buscar al prójimo*, que sabe *esperar*. Entonces, también nuestros ojos verán al Salvador.

SANTA MISA, BENDICIÓN E IMPOSICIÓN DE LA CENIZA

HOMILÍA DEL SANTO PADRE FRANCISCO

Basílica de Santa Sabina
Miércoles, 26 de febrero de 2020

Comenzamos la Cuaresma recibiendo las cenizas: "Recuerda que eres polvo y al polvo volverás" (cf. *Gn* 3,19). El polvo en la cabeza nos devuelve a la tierra, nos recuerda que procedemos de la tierra y que volveremos a la tierra. Es decir, somos débiles, frágiles, mortales. Respecto al correr de los siglos y los milenios, estamos de paso; ante la inmensidad de las galaxias y del espacio, somos diminutos. Somos polvo en el universo. Pero somos el *polvo amado por Dios*. Al Señor le complació recoger nuestro polvo en sus manos e infundirle su aliento de vida (cf. *Gn* 2,7). Así que somos polvo precioso, destinado a vivir para siempre. Somos la tierra sobre la que Dios ha vertido su cielo, el polvo que contiene sus sueños. Somos la esperanza de Dios, su tesoro, su gloria.

La ceniza nos recuerda así el trayecto de nuestra existencia: *del polvo a la vida*. Somos polvo, tierra, arcilla, pero si nos dejamos moldear por las manos de Dios, nos convertimos en una maravilla. Y aún así, especialmente en las dificultades y la soledad, solamente vemos nuestro polvo. Pero el Señor nos anima: lo poco que somos tiene un valor infinito a sus ojos. Ánimo, nacimos para ser amados, nacimos para ser hijos de Dios.

Queridos hermanos y hermanas: Al comienzo de la Cuaresma, necesitamos caer en la cuenta de esto. Porque la Cuaresma no es el tiempo para cargar con moralismos innecesarios a las personas, sino para reconocer que nuestras pobres cenizas son

amadas por Dios. Es un tiempo de gracia, para acoger la mirada amorosa de Dios sobre nosotros y, sintiéndonos mirados así, *cambiar de vida*. Estamos en el mundo para caminar de las cenizas a la vida. Entonces, no pulvericemos la esperanza, no incineremos el sueño que Dios tiene sobre nosotros. No caigamos en la resignación. Y te preguntas: "¿Cómo puedo confiar? El mundo va mal, el miedo se extiende, hay mucha crueldad y la sociedad se está descristianizando...". Pero, ¿no crees que Dios puede transformar nuestro polvo en gloria?

La ceniza que nos imponen en nuestras cabezas sacude los pensamientos que tenemos en la mente. Nos recuerda que nosotros, hijos de Dios, no podemos vivir para ir tras el polvo que se desvanece. Una pregunta puede descender de nuestra cabeza al corazón: "Yo, ¿para qué vivo?". Si vivo para las cosas del mundo que pasan, vuelvo al polvo, niego lo que Dios ha hecho en mí. Si vivo sólo para traer algo de dinero a casa y divertirme, para buscar algo de prestigio, para hacer un poco de carrera, vivo del polvo. Si juzgo mal la vida sólo porque no me toman suficientemente en consideración o no recibo de los demás lo que creo merecer, sigo mirando el polvo.

No estamos en el mundo para esto. Valemos mucho más, vivimos para mucho más: para realizar el sueño de Dios, para amar. La ceniza se posa sobre nuestras cabezas para que el fuego del amor se encienda en los corazones. Porque somos ciudadanos del cielo y el amor a Dios y al prójimo es el pasaporte al cielo, es nuestro pasaporte. Los bienes terrenos que poseemos no nos servirán, son polvo que se desvanece, pero el amor que damos —en la familia, en el trabajo, en la Iglesia, en el mundo— nos salvará, permanecerá para siempre.

La ceniza que recibimos nos recuerda un segundo camino, el opuesto, el que va *de la vida al polvo*. Miramos a nuestro alrededor y vemos polvo de muerte. Vidas reducidas a cenizas. Ruinas, destrucción, guerra. Vidas de niños inocentes no acogidos, vidas de pobres rechazados, vidas de ancianos descartados. Seguimos destruyéndonos, volviéndonos de nuevo al polvo. ¡Y cuánto polvo hay en nuestras relaciones! Miremos en nuestra casa, en nuestras familias: cuántos litigios, cuánta incapacidad para calmar los conflictos. ¡Qué difícil es disculparse, perdonar, comenzar de nuevo, mientras que reclamamos con tanta facilidad nuestros espacios y nuestros derechos! Hay tanto polvo que ensucia el amor y desfigura la vida. Incluso en la Iglesia, la casa de Dios, hemos dejado que se deposite tanto polvo, el polvo de la mundanidad.

Y mirémonos dentro, en el corazón: ¡cuántas veces sofocamos el fuego de Dios con las cenizas de la hipocresía! *La hipocresía* es la inmundicia que hoy en el Evangelio Jesús nos pide que eliminemos. De hecho, el Señor no dice sólo hacer obras de caridad, orar y ayunar, sino cumplir todo esto sin simulación, sin doblez, sin hipocresía (cf. *Mt* 6,2.5.16). Sin embargo, cuántas veces hacemos algo sólo para ser estimados, para aparentar, para alimentar nuestro ego. Cuántas veces nos decimos cris-

tianos y en nuestro corazón cedemos sin problemas a las pasiones que nos esclavizan. Cuántas veces predicamos una cosa y hacemos otra. Cuántas veces aparentamos ser buenos por fuera y guardamos rencores por dentro. Cuánta doblez tenemos en nuestro corazón... Es polvo que ensucia, ceniza que sofoca el fuego del amor.

Necesitamos limpiar el polvo que se deposita en el corazón. ¿Cómo hacerlo? Nos ayuda la sincera llamada de san Pablo en la segunda lectura: "¡Dejaos reconciliar con Dios!". Pablo no lo sugiere, lo pide: «En nombre de Cristo os pedimos que os reconciliéis con Dios» (*2 Co* 5,20). Nosotros habríamos dicho: "¡Reconciliaos con Dios!". Pero no, usa el pasivo: *Dejaos reconciliar*. Porque la santidad no es asunto nuestro, sino es gracia. Porque nosotros solos no somos capaces de eliminar el polvo que ensucia nuestros corazones. Porque sólo Jesús, que conoce y ama nuestro corazón, puede sanarlo. La Cuaresma es tiempo de curación.

Entonces, ¿qué debemos hacer? En el camino hacia la Pascua podemos dar dos pasos: el primero, *del polvo a la vida*, de nuestra frágil humanidad a la humanidad de Jesús, que nos sana. Podemos ponernos delante del Crucifijo, quedarnos allí, mirar y repetir: "Jesús, tú me amas, transfórmame... Jesús, tú me amas, transfórmame...". Y después de haber acogido su amor, después de haber llorado ante este amor, se da el segundo paso, para no volver a caer *de la vida al polvo*. Se va a recibir el perdón de Dios, en la confesión, porque allí el fuego del amor de Dios consume las cenizas de nuestro pecado. El abrazo del Padre en la confesión nos renueva por dentro, limpia nuestro corazón. Dejémonos reconciliar para vivir como hijos amados, como pecadores perdonados, como enfermos sanados, como caminantes acompañados. Dejémonos amar para amar. Dejémonos levantar para caminar hacia la meta, la Pascua. Tendremos la alegría de descubrir que Dios nos resucita de nuestras cenizas.

CELEBRACIÓN DEL DOMINGO DE RAMOS
Y DE LA PASIÓN DEL SEÑOR

HOMILÍA DEL SANTO PADRE FRANCiSCO

Baslica de San Pedro
XXXV Jornada Mundial de la Juventud
Domingo, 5 de abril de 2020

Jesús «se despojó de sí mismo tomando la condición de *esclavo*» (*Flp* 2,7). Con estas palabras del apóstol Pablo, dejémonos introducir en los días santos, donde la Palabra de Dios, como un estribillo, nos muestra a Jesús como *siervo*: el siervo que lava los pies a los discípulos el Jueves santo; el siervo que sufre y que triunfa el

Viernes santo (cf. *Is* 52,13); y mañana, Isaías profetiza sobre Él: «Mirad a mi Siervo, a quien sostengo» (*Is* 42,1). Dios nos salvó *sirviéndonos*. Normalmente pensamos que somos nosotros los que servimos a Dios. No, es Él quien nos sirvió gratuitamente, porque nos amó primero. Es difícil amar sin ser amados, y es aún más difícil servir si no dejamos que Dios nos sirva.

Pero, una pregunta: ¿Cómo nos sirvió el Señor? Dando su vida por nosotros. Él nos ama, puesto que pagó por nosotros un gran precio. Santa Ángela de Foligno aseguró haber escuchado de Jesús estas palabras: «No te he amado en broma». Su amor lo llevó a sacrificarse por nosotros, a cargar sobre sí todo nuestro mal. Esto nos deja con la boca abierta: Dios nos salvó dejando que nuestro mal se ensañase con Él. Sin defenderse, sólo con la humildad, la paciencia y la obediencia del siervo, simplemente con la fuerza del amor. Y el Padre *sostuvo* el servicio de Jesús, no destruyó el mal que se abatía sobre Él, sino que lo sostuvo en su sufrimiento, para que sólo el bien venciera nuestro mal, para que fuese superado completamente por el amor. Hasta el final.

El Señor nos sirvió hasta el punto de experimentar las situaciones más dolorosas de quien ama: *la traición y el abandono*.

La traición. Jesús sufrió la traición del discípulo que lo vendió y del discípulo que lo negó. Fue traicionado por la gente que lo aclamaba y que después gritó: «Sea crucificado» (*Mt* 27,22). Fue traicionado por la institución religiosa que lo condenó injustamente y por la institución política que se lavó las manos. Pensemos en las traiciones pequeñas o grandes que hemos sufrido en la vida. Es terrible cuando se descubre que la confianza depositada ha sido defraudada. Nace tal desilusión en lo profundo del corazón que parece que la vida ya no tuviera sentido. Esto sucede porque nacimos para amar y ser amados, y lo más doloroso es la traición de quién nos prometió ser fiel y estar a nuestro lado. No podemos ni siquiera imaginar cuán doloroso haya sido para Dios, que *es* amor.

Examinémonos interiormente. Si somos sinceros con nosotros mismos, nos daremos cuenta de nuestra infidelidad. Cuánta falsedad, hipocresía y doblez. Cuántas buenas intenciones traicionadas. Cuántas promesas no mantenidas. Cuántos propósitos desvanecidos. El Señor conoce nuestro corazón mejor que nosotros mismos, sabe que somos muy débiles e inconstantes, que caemos muchas veces, que nos cuesta levantarnos de nuevo y que nos resulta muy difícil curar ciertas heridas. ¿Y qué hizo para venir a nuestro encuentro, para servirnos? Lo que había dicho por medio del profeta: «Curaré su deslealtad, los amaré generosamente» (*Os* 14,5). Nos curó cargando sobre sí nuestra infidelidad, borrando nuestra traición. Para que nosotros, en vez de desanimarnos por el miedo al fracaso, seamos capaces de levantar la mirada hacia el Crucificado, recibir su abrazo y decir: "Mira, mi infidelidad está ahí, Tú la cargaste, Jesús. Me abres tus brazos, me sirves con tu amor, continúas sosteniéndome... Por eso, ¡sigo adelante!".

El abandono. En el Evangelio de hoy, Jesús en la cruz dice una frase, sólo una: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» (*Mt* 27,46). Es una frase dura. Jesús sufrió el abandono de los suyos, que habían huido. Pero le quedaba el Padre. Ahora, en el abismo de la soledad, por primera vez lo llama con el nombre genérico de "Dios". Y le grita «con voz potente» el "*¿por qué?*", el porqué más lacerante: "¿Por qué, también Tú, me has abandonado?". En realidad, son las palabras de un salmo (cf. 22,2) que nos dicen que Jesús llevó a la oración incluso la desolación extrema, pero el hecho es que en verdad la experimentó. Comprobó el abandono más grande, que los Evangelios testimonian recogiendo sus palabras originales.

¿Y todo esto para qué? Una vez más por nosotros, para *servirnos*. Para que cuando nos sintamos entre la espada y la pared, cuando nos encontremos en un callejón sin salida, sin luz y sin escapatoria, cuando parezca que ni siquiera Dios responde, recordemos que no estamos solos. Jesús experimentó el abandono total, la situación más ajena a Él, para ser solidario con nosotros en todo. Lo hizo por mí, por ti, por todos nosotros, lo ha hecho para decirnos: "No temas, no estás solo. Experimenté toda tu desolación para estar siempre a tu lado". He aquí hasta dónde Jesús fue capaz de servirnos: descendiendo hasta el abismo de nuestros sufrimientos más atroces, hasta la traición y el abandono. Hoy, en el drama de la pandemia, ante tantas certezas que se desmoronan, frente a tantas expectativas traicionadas, con el sentimiento de abandono que nos oprime el corazón, Jesús nos dice a cada uno: "Ánimo, abre el corazón a mi amor. Sentirás el consuelo de Dios, que te sostiene".

Queridos hermanos y hermanas: ¿Qué podemos hacer ante Dios que nos sirvió hasta experimentar la traición y el abandono? Podemos no traicionar aquello para lo que hemos sido creados, no abandonar lo que de verdad importa. Estamos en el mundo para amarlo a Él y a los demás. El resto pasa, el amor permanece. El drama que estamos atravesando en este tiempo nos obliga a tomar en serio lo que cuenta, a no perdernos en cosas insignificantes, a redescubrir que *la vida no sirve, si no se sirve*. Porque la vida se mide desde el amor. De este modo, en casa, en estos días santos pongámonos ante el Crucificado —mirad, mirad al Crucificado—, que es la medida del amor que Dios nos tiene. Y, ante Dios que nos sirve hasta dar la vida, pidamos, mirando al Crucificado, la gracia de *vivir para servir*. Procuremos contactar al que sufre, al que está solo y necesitado. No pensemos tanto en lo que nos falta, sino en el bien que podemos hacer.

Mirad a mi Siervo, a quien sostengo. El Padre, que sostuvo a Jesús en la Pasión, también a nosotros nos anima en el servicio. Es cierto que puede costarnos amar, rezar, perdonar, cuidar a los demás, tanto en la familia como en la sociedad; puede parecer un *vía crucis*. Pero el camino del servicio es el que triunfa, el que nos salvó y nos salva, nos salva la vida. Quisiera decirlo de modo particular a los jóvenes, en esta Jornada que desde hace 35 años está dedicada a ellos. Queridos amigos: Mirad a los verdaderos héroes que salen a la luz en estos días. No son los que tienen fama,

dinero y éxito, sino son los que se dan a sí mismos para servir a los demás. Sentíos llamados a jugaros la vida. No tengáis miedo de gastarla por Dios y por los demás: ¡La ganaréis! Porque la vida es un don que se recibe entregándose. Y porque la alegría más grande es decir, sin condiciones, sí al amor. Es decir, sin condiciones, sí al amor, como hizo Jesús por nosotros.

SANTA MISA IN COENA DOMINI

HOMILÍA DEL SANTO PADRE FRANCISCO

Baslica de San Petro

Jueves Santo, 9 de abril de 2020

La Eucaristía, el servicio, la unción.

La realidad que vivimos hoy en esta celebración: el Señor que quiere permanecer con nosotros en la *Eucaristía*. Y nosotros nos convertimos siempre en sagrarios del Señor; llevamos al Señor con nosotros, hasta el punto de que Él mismo nos dice que si no comemos su cuerpo y bebemos su sangre, no entraremos en el Reino de los Cielos. Este es el misterio del pan y del vino, del Señor con nosotros, en nosotros, dentro de nosotros.

El servicio. Ese gesto que es una condición para entrar en el Reino de los Cielos. Servir, sí, a todos. Pero el Señor, en aquel intercambio de palabras que tuvo con Pedro (cf. *Jn* 13,6-9), le hizo comprender que para entrar en el Reino de los Cielos debemos dejar que el Señor nos sirva, que el Siervo de Dios sea siervo de nosotros. Y esto es difícil de entender. Si no dejo que el Señor sea mi siervo, que el Señor me lave, me haga crecer, me perdone, no entraré en el Reino de los Cielos.

Y el *sacerdocio*. Hoy quisiera estar cerca de los sacerdotes, de todos los sacerdotes, desde el recién ordenado hasta el Papa. Todos somos sacerdotes: los obispos, todos... Somos *ungidos*, ungidos por el Señor; ungidos para celebrar la Eucaristía, ungidos para servir.

Hoy no hemos tenido la Misa Crismal —espero que podamos tenerla antes de Pentecostés, de lo contrario tendremos que posponerla hasta el año que viene—, sin embargo, no puedo dejar pasar esta Misa sin recordar a los sacerdotes. Sacerdotes que ofrecen su vida por el Señor, sacerdotes que son servidores. En estos días, más de sesenta han muerto aquí, en Italia, atendiendo a los enfermos en los hospitales, juntamente con médicos, enfermeros, enfermeras... Son "los santos de la puerta de al lado", sacerdotes que dieron su vida sirviendo. Y pienso en los que están lejos. Hoy recibí una carta de un sacerdote franciscano, capellán de una prisión lejana, que cuenta cómo vive esta Semana Santa con los prisioneros. Sacerdotes que van lejos para llevar el Evangelio y morir allí. Un obispo me dijo que lo primero que hacía cuando llegaba a un lugar de misión, era ir al cementerio, a la tumba de los sacerdotes que murieron allí, jóvenes, por la peste y enfermedades de aquel lugar: no

estaban preparados, no tenían los anticuerpos. Nadie sabe sus nombres: sacerdotes anónimos. Los curas de los pueblos, que son párrocos en cuatro, cinco, siete pueblos de montaña; van de uno a otro, y conocen a la gente... Una vez, uno de ellos me dijo que sabía el nombre de todas las personas de los pueblos. "¿En serio?", le dije. Y él me dijo: "¡Y también el nombre de los perros!". Conocen a todos. La cercanía sacerdotal. Sacerdotes buenos, sacerdotes valientes.

Hoy os llevo en mi corazón y os llevo al altar. Sacerdotes calumniados. Muchas veces sucede hoy, que no pueden salir a la calle porque les dicen cosas feas, con motivo del drama que hemos vivido con el descubrimiento de las malas acciones de sacerdotes. Algunos me dijeron que no podían salir de la casa con el *clergyman* porque los insultaban; y ellos seguían. Sacerdotes pecadores, que junto con los obispos y el Papa pecador no se olvidan de pedir perdón y aprenden a perdonar, porque saben que necesitan pedir perdón y perdonar. Todos somos pecadores. Sacerdotes que sufren crisis, que no saben qué hacer, se encuentran en la oscuridad...

Hoy todos vosotros, hermanos sacerdotes, estáis conmigo en el altar, vosotros, consagrados. Sólo os digo esto: no sed tercos como Pedro. Dejaos lavar los pies. El Señor es vuestro siervo, está cerca de vosotros para fortaleceros, para lavaros los pies.

Y así, con esta conciencia de la necesidad de ser lavado, ¡sed grandes perdonadores! ¡Perdonad! Corazón de gran generosidad en el perdón. Es la medida con la que seremos medidos. Como has perdonado, serás perdonado: la misma medida. No tened miedo de perdonar. A veces hay dudas... Mirad a Cristo, mirad al Crucificado. Allí está el perdón para todos. Sed valientes, incluso arriesgando en el perdón para consolar. Y si no podéis dar el perdón sacramental en ese momento, al menos dad el consuelo de un hermano que acompaña y deja la puerta abierta para que [esa persona] regrese.

Doy gracias a Dios por la gracia del sacerdocio, todos nosotros agradecemos. Doy gracias a Dios por vosotros, sacerdotes. ¡Jesús os ama! Sólo os pide que os dejéis lavar los pies.

VIGILIA PASCUAL EN LA NOCHE SANTA

HOMILÍA DEL SANTO PADRE FRANCISCO

Basílica Vaticana

Sábado Santo, 11 de abril de 2020

«Pasado el sábado» (*Mt* 28,1) las mujeres fueron al sepulcro. Así comenzaba el evangelio de esta Vigilia santa, con el sábado. Es el día del Triduo pascual que más descuidamos, ansiosos por pasar de la cruz del viernes al *aleluya* del domingo. Sin

embargo, este año percibimos más que nunca el sábado santo, el día del gran silencio. Nos vemos reflejados en los sentimientos de las mujeres durante aquel día. Como nosotros, tenían en los ojos el drama del sufrimiento, de una tragedia inesperada que se les vino encima demasiado rápido. Vieron la muerte y tenían la muerte en el corazón. Al dolor se unía el miedo, ¿tendrían también ellas el mismo fin que el Maestro? Y después, la inquietud por el futuro, quedaba todo por reconstruir. La memoria herida, la esperanza sofocada. Para ellas, como para nosotros, era la hora más oscura.

Pero en esta situación las mujeres no se quedaron paralizadas, no cedieron a las fuerzas oscuras de la lamentación y del remordimiento, no se encerraron en el pesimismo, no huyeron de la realidad. Realizaron algo sencillo y extraordinario: prepararon en sus casas los perfumes para el cuerpo de Jesús. No renunciaron al amor: la misericordia iluminó la oscuridad del corazón. La Virgen, en el sábado, día que le sería dedicado, rezaba y esperaba. En el desafío del dolor, confiaba en el Señor. Sin saberlo, esas mujeres preparaban en la oscuridad de aquel sábado el amanecer del «primer día de la semana», día que cambiaría la historia. Jesús, como semilla en la tierra, estaba por hacer germinar en el mundo una vida nueva; y las mujeres, con la oración y el amor, ayudaban a que floreciera la esperanza. Cuántas personas, en los días tristes que vivimos, han hecho y hacen como aquellas mujeres: esparcen semillas de esperanza. Con pequeños gestos de atención, de afecto, de oración.

Al amanecer, las mujeres fueron al sepulcro. Allí, el ángel les dijo: «Vosotras, *no temáis* [...]. No está aquí: ¡ha resucitado!» (vv. 5-6). Ante una tumba escucharon palabras de vida... Y después encontraron a Jesús, el autor de la esperanza, que confirmó el anuncio y les dijo: «No temáis» (v. 10). *No temáis, no tengáis miedo*: *He aquí el anuncio de la esperanza*. Que es también para nosotros, hoy. Hoy. Son las palabras que Dios nos repite en la noche que estamos atravesando.

En esta noche conquistamos un derecho fundamental, que no nos será arrebatado: *el derecho a la esperanza*; es una esperanza nueva, viva, que viene de Dios. No es un mero optimismo, no es una palmadita en la espalda o unas palabras de ánimo de circunstancia, con una sonrisa pasajera. No. Es un don del Cielo, que no podíamos alcanzar por nosotros mismos: *Todo irá bien*, decimos constantemente estas semanas, aferrándonos a la belleza de nuestra humanidad y haciendo salir del corazón palabras de ánimo. Pero, con el pasar de los días y el crecer de los temores, hasta la esperanza más intrépida puede evaporarse. La esperanza de Jesús es distinta, infunde en el corazón la certeza de que Dios conduce todo hacia el bien, porque incluso hace salir de la tumba la vida.

El sepulcro es el lugar donde quien entra no sale. Pero Jesús salió por nosotros, resucitó por nosotros, para llevar vida donde había muerte, para comenzar una nue-

va historia que había sido clausurada, tapándola con una piedra. Él, que quitó la roca de la entrada de la tumba, puede remover las piedras que sellan el corazón. Por eso, no cedamos a la resignación, no depositemos la esperanza bajo una piedra. Podemos y debemos esperar, porque Dios es fiel, no nos ha dejado solos, nos ha visitado y ha venido en cada situación: en el dolor, en la angustia y en la muerte. Su luz iluminó la oscuridad del sepulcro, y hoy quiere llegar a los rincones más oscuros de la vida. Hermana, hermano, aunque en el corazón hayas sepultado la esperanza, no te rindas: Dios es más grande. La oscuridad y la muerte no tienen la última palabra. Ánimo, con Dios nada está perdido.

Ánimo: es una palabra que, en el Evangelio, está siempre en labios de Jesús. Una sola vez la pronuncian otros, para decir a un necesitado: «Ánimo, levántate, que [Jesús] te llama» (*Mc* 10,49). Es Él, el Resucitado, el que nos levanta a nosotros que estamos necesitados. Si en el camino eres débil y frágil, si caes, no temas, Dios te tiende la mano y te dice: «Ánimo". Pero tú podrías decir, como don Abundio: «El valor no se lo puede otorgar uno mismo» (A. Manzoni, *Los Novios (I Promessi Sposi)*, XXV). No te lo puedes dar, pero lo puedes recibir como don. Basta abrir el corazón en la oración, basta levantar un poco esa piedra puesta en la entrada de tu corazón para dejar entrar la luz de Jesús. Basta invitarlo: "Ven, Jesús, en medio de mis miedos, y dime también: *Ánimo*". Contigo, Señor, seremos probados, pero no turbados. Y, a pesar de la tristeza que podamos albergar, sentiremos que debemos esperar, porque contigo la cruz florece en resurrección, porque Tú estás con nosotros en la oscuridad de nuestras noches, eres certeza en nuestras incertidumbres, Palabra en nuestros silencios, y nada podrá nunca robarnos el amor que nos tienes.

Este es el anuncio pascual; un anuncio de esperanza que tiene una segunda parte: *el envío*. «Id a comunicar a mis hermanos que vayan a Galilea» (*Mt* 28,10), dice Jesús. «Va por delante de vosotros a Galilea» (v. 7), dice el ángel. El Señor nos precede, nos precede siempre. Es hermoso saber que camina delante de nosotros, que visitó nuestra vida y nuestra muerte para precedernos en Galilea; es decir, el lugar que para Él y para sus discípulos evocaba la vida cotidiana, la familia, el trabajo. Jesús desea que llevemos la esperanza allí, a la vida de cada día. Pero para los discípulos, Galilea era también el lugar de los recuerdos, sobre todo de la primera llamada. Volver a Galilea es acordarnos de que hemos sido amados y llamados por Dios. Cada uno de nosotros tiene su propia Galilea. Necesitamos retomar el camino, recordando que nacemos y renacemos de una llamada de amor gratuita, allí, en mi Galilea. Este es el punto de partida siempre, sobre todo en las crisis y en los tiempos de prueba. Con la memoria de mi Galilea.

Pero hay más. Galilea era la región más alejada de Jerusalén, el lugar donde se encontraban en ese momento. Y no sólo geográficamente: Galilea era el sitio más distante de la sacralidad de la Ciudad santa. Era una zona poblada por gentes distintas

que practicaban varios cultos, era la «Galilea de los gentiles» (*Mt* 4,15). Jesús los envió allí, les pidió que comenzaran de nuevo desde allí. ¿Qué nos dice esto? Que el anuncio de la esperanza no se tiene que confinar en nuestros recintos sagrados, sino que hay que llevarlo a todos. Porque todos necesitan ser reconfortados y, si no lo hacemos nosotros, que hemos palpado con nuestras manos «el Verbo de la vida» (*1 Jn* 1,1), ¿quién lo hará? Qué hermoso es ser cristianos que consuelan, que llevan las cargas de los demás, que animan, que son mensajeros de vida en tiempos de muerte. Llevemos el canto de la vida a cada Galilea, a cada región de esa humanidad a la que pertenecemos y que nos pertenece, porque todos somos hermanos y hermanas. Acallemos los gritos de muerte, que terminen las guerras. Que se acabe la producción y el comercio de armas, porque necesitamos pan y no fusiles. Que cesen los abortos, que matan la vida inocente. Que se abra el corazón del que tiene, para llenar las manos vacías del que carece de lo necesario.

Al final, las mujeres «abrazaron los pies» de Jesús (*Mt* 28,9), aquellos pies que habían hecho un largo camino para venir a nuestro encuentro, incluso entrando y saliendo del sepulcro. Abrazaron los pies que pisaron la muerte y abrieron el camino de la esperanza. Nosotros, peregrinos en busca de esperanza, hoy nos aferramos a Ti, Jesús Resucitado. Le damos la espalda a la muerte y te abrimos el corazón a Ti, que eres la Vida.

SANTA MISA DE LA DIVINA MISERICORDIA
HOMILÍA DEL SANTO PADRE FRANCISCO

Iglesia de Santo Spirito in Sassia
II Domingo de Pascua, 19 de abril de 2020

El domingo pasado celebramos la resurrección del Maestro, y hoy asistimos a la resurrección del discípulo. Había transcurrido una semana, una semana que los discípulos, aun habiendo visto al Resucitado, vivieron con temor, con «las puertas cerradas» (*Jn* 20,26), y ni siquiera lograron convencer de la resurrección a Tomás, el único ausente. ¿Qué hizo Jesús ante esa incredulidad temerosa? Regresó, se puso en el mismo lugar, «en medio» de los discípulos, y repitió el mismo saludo: «Paz a vosotros» (*Jn* 20,19.26). Volvió a empezar desde el principio. La resurrección del discípulo comenzó en ese momento, en esa *misericordia fiel y paciente*, en ese descubrimiento de que Dios no se cansa de tendernos la mano para levantarnos de nuestras caídas. Él quiere que lo veamos así, no como un patrón con quien tenemos que ajustar cuentas, sino como nuestro Papá, que nos levanta siempre. En la vida avanzamos a tientas, como un niño que empieza a caminar, pero se cae; da

pocos pasos y vuelve a caerse; cae y se cae una y otra vez, y el papá lo levanta de nuevo. La mano que siempre nos levanta es la misericordia. Dios sabe que sin misericordia nos quedamos tirados en el suelo, que para caminar necesitamos que vuelvan a ponernos en pie.

Y tú puedes objetar: "¡Pero yo sigo siempre cayendo!". El Señor lo sabe y siempre está dispuesto a levantarnos. Él no quiere que pensemos continuamente en nuestras caídas, sino que lo miremos a Él, que en nuestras caídas ve a hijos a los que tiene que levantar y en nuestras miserias ve a hijos a los que tiene que amar con misericordia. Hoy, en esta iglesia que se ha convertido en santuario de la misericordia en Roma, en el Domingo que veinte años atrás san Juan Pablo II dedicó a la Divina Misericordia, acojamos con confianza este mensaje. Jesús le dijo a santa Faustina: «Yo soy el amor y la misericordia misma; no existe miseria que pueda medirse con mi misericordia» (*Diario*, 14 septiembre 1937). En otra ocasión, la santa le dijo a Jesús, con satisfacción, que le había ofrecido toda su vida, todo lo que tenía. Pero la respuesta de Jesús la desconcertó: «Hija mía, no me has ofrecido lo que es realmente tuyo». ¿Qué cosa había retenido para sí aquella santa religiosa? Jesús le dijo amablemente: «Hija, dame *tu miseria*» (10 octubre 1937). También nosotros podemos preguntarnos: "¿Le he entregado mi miseria al Señor? ¿Le he mostrado mis caídas para que me levante?". ¿O hay algo que todavía me guardo dentro? Un pecado, un remordimiento del pasado, una herida en mi interior, un rencor hacia alguien, una idea sobre una persona determinada... El Señor espera que le presentemos nuestras miserias, para hacernos descubrir su misericordia.

Volvamos a los discípulos. Habían abandonado al Señor durante la Pasión y se sentían culpables. Pero Jesús, cuando fue a encontrarse con ellos, no les dio largos sermones. Sabía que estaban heridos por dentro, y les mostró sus propias llagas. Tomás pudo tocarlas y descubrió lo que Jesús había sufrido por él, que lo había abandonado. En esas heridas tocó con sus propias manos la cercanía amorosa de Dios. Tomás, que había llegado tarde, cuando abrazó la misericordia superó a los otros discípulos; no creyó sólo en su resurrección, sino también en el amor infinito de Dios. E hizo la confesión de fe más sencilla y hermosa: «¡Señor mío y Dios mío!» (v. 28). Así se realiza la resurrección del discípulo, cuando su humanidad frágil y herida entra en la de Jesús. Allí se disipan las dudas, allí Dios se convierte en *mi Dios*, allí volvemos a aceptarnos a nosotros mismos y a amar la propia vida.

Queridos hermanos y hermanas: En la prueba que estamos atravesando, también nosotros, como Tomás, con nuestros temores y nuestras dudas, nos reconocemos frágiles. Necesitamos al Señor, que ve en nosotros, más allá de nuestra fragilidad, una belleza perdurable. Con Él descubrimos que somos valiosos en nuestra debilidad, nos damos cuenta de que somos como cristales hermosísimos, frágiles y preciosos al mismo tiempo. Y si, como el cristal, somos transparentes ante Él, su luz, la luz de la misericordia brilla en nosotros y, por medio nuestro, en el mundo. Ese

es el motivo para alegrarse, como nos dijo la Carta de Pedro, «alegraos de ello, aunque ahora sea preciso padecer un poco en pruebas diversas» (*1 P* 1,6).

En esta fiesta de la Divina Misericordia el anuncio más hermoso se da a través del discípulo que llegó más tarde. Sólo él faltaba, Tomás, pero el Señor lo esperó. La misericordia no abandona a quien se queda atrás. Ahora, mientras pensamos en una lenta y ardua recuperación de la pandemia, se insinúa justamente este peligro: olvidar al que se quedó atrás. El riesgo es que nos golpee un virus todavía peor, el del *egoísmo indiferente*, que se transmite al pensar que la vida mejora si me va mejor a mí, que todo irá bien si me va bien a mí. Se parte de esa idea y se sigue hasta llegar a seleccionar a las personas, descartar a los pobres e inmolar en el altar del progreso al que se queda atrás. Pero esta pandemia nos recuerda que no hay diferencias ni fronteras entre los que sufren: todos somos frágiles, iguales y valiosos. Que lo que está pasando nos sacuda por dentro. Es tiempo de eliminar las desigualdades, de *reparar la injusticia* que mina de raíz la salud de toda la humanidad. Aprendamos de la primera comunidad cristiana, que se describe en el libro de los Hechos de los Apóstoles. Había recibido misericordia y vivía con misericordia: «Los creyentes vivían todos unidos y tenían todo en común; vendían posesiones y bienes y los repartían entre todos, según la necesidad de cada uno» (*Hch* 2,44-45). No es ideología, es cristianismo.

En esa comunidad, después de la resurrección de Jesús, sólo uno se había quedado atrás y los otros lo esperaron. Actualmente parece lo contrario: una pequeña parte de la humanidad avanzó, mientras la mayoría se quedó atrás. Y cada uno podría decir: "Son problemas complejos, no me toca a mí ocuparme de los necesitados, son otros los que tienen que hacerse cargo". Santa Faustina, después de haberse encontrado con Jesús, escribió: «En un alma que sufre debemos ver a Jesús crucificado y no un parásito y una carga... [Señor], nos ofreces la oportunidad de ejercitarnos en las obras de misericordia y nosotros nos ejercitamos en los juicios» (*Diario*, 6 septiembre 1937). Pero un día, ella misma le presentó sus quejas a Jesús, porque: ser misericordiosos implica pasar por ingenuos. Le dijo: «Señor, a menudo abusan de mi bondad», y Jesús le respondió: «No importa, hija mía, no te fijes en eso, tú sé siempre misericordiosa con todos» (24 diciembre 1937). Con todos, no pensemos sólo en nuestros intereses, en intereses particulares. Aprovechemos esta prueba como una oportunidad para preparar el mañana de todos, sin descartar a ninguno: de todos. Porque sin una visión de conjunto nadie tendrá futuro.

Hoy, el amor desarmado y desarmante de Jesús resucita el corazón del discípulo. Que también nosotros, como el apóstol Tomás, acojamos la misericordia, salvación del mundo, y seamos misericordiosos con el que es más débil. Sólo así reconstruiremos un mundo nuevo.